

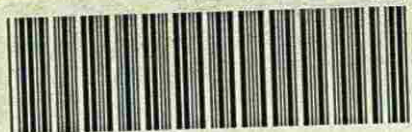
MAUPASSANT

MISS
HARRIV

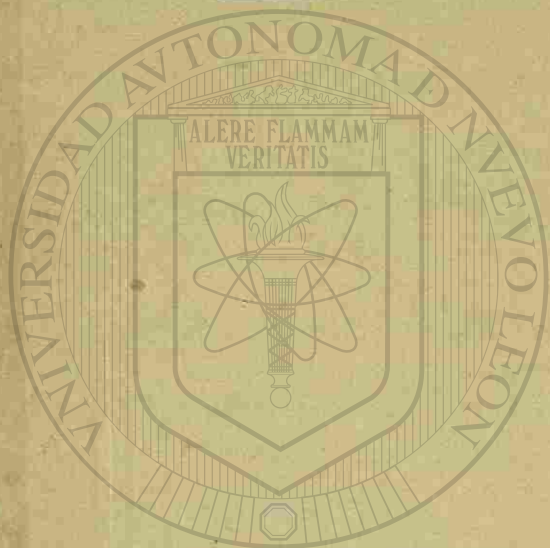
PQ2349

M5

S6



1020026651

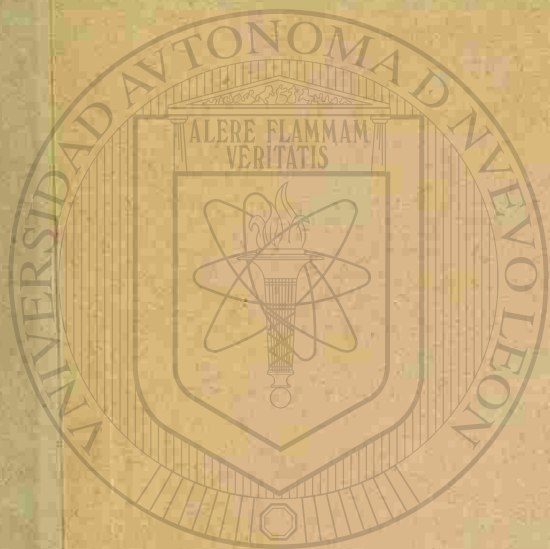


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MISS HARRIET
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas _____
Núm. Autor M4521m
Núm. Aq. 30515
Procedencia LE
Precio _____
Fecha _____
Clasific. 69
Catálogo _____

GUY DE MAUPASSANT

MISS HARRIET

Traducción de AUGUSTO RIERA

OBRAS
DE
GUY DE MAUPASSANT

Tomos

<i>El buen mozo.</i>	2
<i>La señorita Perla.</i>	1
<i>La criada de la granja.</i>	1
<i>Berta.</i>	1
<i>Bajo el sol de Africa.</i>	1
<i>El testamento.</i>	1
<i>La loca.</i>	1
<i>El abandonado.</i>	1
<i>Miss Harriet.</i>	1
<i>Inútil belleza.</i>	1
<i>El suicidio del cura.</i>	1



85899

BARCELONA

Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES

Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

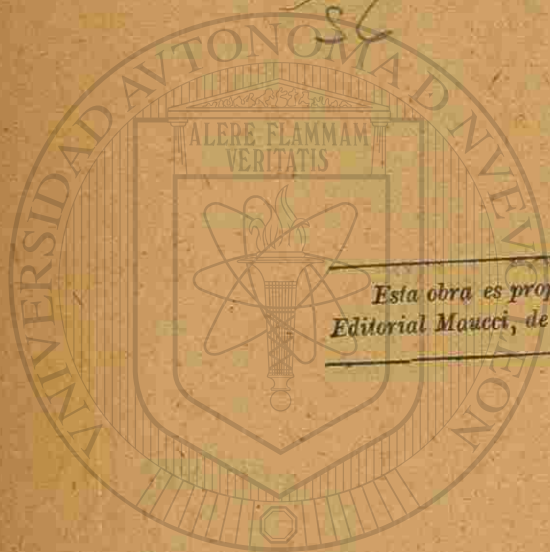
1905

30515

843
M.

PA 2349
M 58

SL



*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*

MISS HARRIET

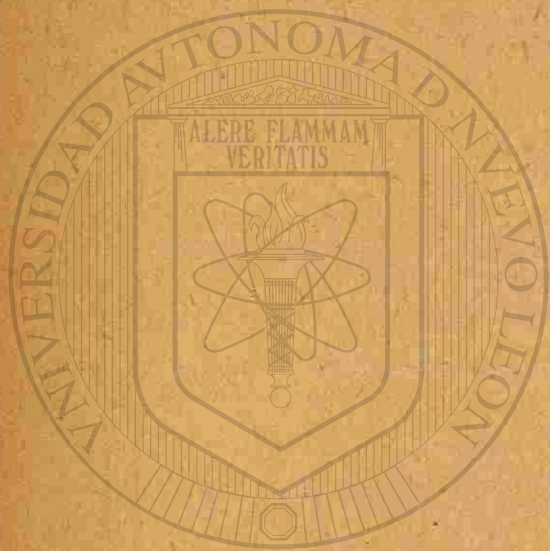
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



MISS HARRIET

A la señora...

Ibamos siete en el break, cuatro mujeres y tres hombres, uno de los cuales iba en el pescante al lado del cochero y subíamos, al paso, la larga cuesta en zig-zag.

Habíamos salido de Etretat al amanecer, para ir á visitar las ruinas de Tancarville, y aun estábamos medio dormidos, á pesar del aire fresco de la mañana. Las mujeres, sobre todo, poco acostumbradas á aquellos madrugones de cazador, entornaban los párpados, inclinaban la cabeza ó bostezaban, insensibles al espectáculo maravilloso de la aurora.

Era en otoño. A los dos lados del camino se extendían rastrojos sin fin, que recordaban el aspecto

de una cara mal afeitada. La tierra cubierta de bruma parecía echar humo. Las alondras cantaban volando y otros pájaros piaban entre los arbustos.

El sol salió por fin enfrente de nosotros, de rojo color; y á medida que subía, cada vez más claro, la campiña parecía despertar, desperezarse, sonreír y quitarse, como una niña que salta de la cama, su camisa de blancos vapores.

El conde de Etraille, que iba en el pescante, gritó: «¡Mirad qué liebre!» y señalaba con la mano, á la izquierda, un campo de trébol. Corría el animal casi oculto por la hierba, de la que sólo sobresalían las largas orejas; luego corrió á través de un campo labrado, se detuvo otra vez, inquieta, oliendo el riesgo, indecisa acerca de la dirección que tomaría, echó á correr dando grandes saltos con las patas de atrás, y desapareció en un gran cuadro de remolachas. Todos los hombres siguieron con la mirada la carrera de la liebre.

Renato Lemanoir dijo:

—Estamos poco galantes esta mañana.

Y mirando á su vecina la baronesita de Seren-nes, que luchaba contra el sueño, añadió á media voz:

—Piensa usted en su marido, baronesa. Tranqui-

licese, no volverá hasta el sábado; aun faltan cuatro días.

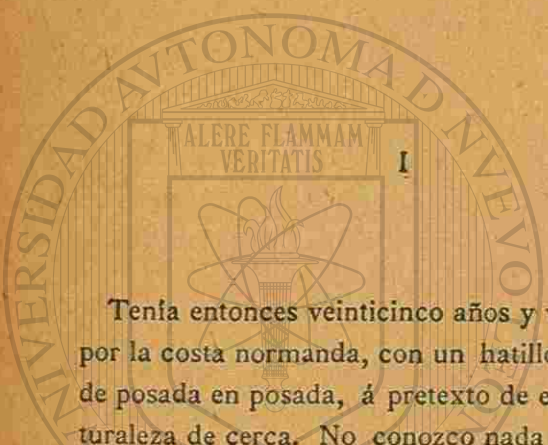
Ella contestó con sonrisa indolente: «¡Qué tonto es usted!»

Y venciendo el sueño repuso:

—Ea, díganos algo para hacernos reír. Usted, señor Chenal, que tiene fama de haber hecho más conquistas que el duque de Richelieu, cuéntenos alguna anécdota amorosa, sea cual fuere, con tal que no sea inventada.

León Chenal, un pintor que había sido muy guapo, muy robusto, muy presumido y muy querido, se alisó su barba blanca y sonrió; luego, al cabo de un instante, se puso serio.

—No es una anécdota divertida, señoras; voy á contarles el amor más lamentable de mi existencia. Deseo á mis amigos que no inspiren ninguno parecido.



Tenía entonces veinticinco años y vagabundeaba por la costa normanda, con un hatillo á la espalda, de posada en posada, á pretexto de estudiar la naturaleza de cerca. No conozco nada tan agradable como esa vida errante. Se siente uno libre, sin trabas de ninguna especie, sin quebraderos de cabeza, sin pensar siquiera en el mañana. Se toma el camino que se quiere, sin otro guía que el capricho, sin otro consejero que el placer de los ojos. Se detiene uno porque un riachuelo le agrada, porque las patatas fritas de un mesonero huelen bien. A veces determina vuestra elección el perfume de una flor, otras la mirada cándida de una moza. No hay que despreciar las ternuras rústicas. Esas muchachas tienen alma y sentidos, labios frescos y mejillas tur-

gentes; y su beso violento y rudo es sabroso como la fruta silvestre. El amor es bueno siempre, venga de donde viniere. Un corazón que late cuando aparecéis, unos ojos que lloran cuando os marcháis son cosas tan raras, buenas y preciosas que no hay que despreciarlas nunca.

Recuerdo citas en barrancos floridos, detrás del establo donde duermen las vacas, en la paja de los graneros que guardan aún el calor del día. Recuerdo una tela gris sobre carnes elásticas y rudas y siento la nostalgia de cándidas y francas caricias, más delicadas en su sincera brutalidad que los sutiles placeres gozados con mujeres encantadoras y distinguidas.

Pero lo que seduce más que nada en esas expediciones aventureras, son la campiña, los bosques, las salidas de sol, los crepúsculos, los efectos de luna. Para los pintores una expedición así es como un viaje de bodas con la tierra. Uno está solo con ella en esa cita prolongada y tranquila. Se tiende en un prado entre margaritas y amapolas y con los ojos abiertos, bajo una clara lluvia de sol, se mira el campanario de la aldehuela que da mediodía.

Se sienta junto á una fuente que brota al pie de un roble, entre matas de hierbas delicadas, altas,

llenas de vida. Se arrodilla, se inclina, se bebe el agua fría y transparente que os moja el bigote, se bebe con placer físico, como si se besaran los labios del manantial. A veces, cuando á lo largo de esos arroyuelos se advierte un remanso, se baña uno y se siente en la piel, de pies á cabeza, una caricia helada y deliciosa, el estremecimiento de la corriente viva y ligera.

En la cima de la colina se siente uno alegre, melancólico á orillas de los estanques, exaltado cuando el sol se anega en un mar de nubes sangrientas y lanza á los ríos rojos reflejos. Por la noche, á la luz de la luna que pasa como escondiéndose, se recuerdan mil cosas extrañas que no se os ocurrirían á la ardorosa luz del día.

Errando, pues, por este mismo país, llegué una tarde á la aldea de Benouville, en el acantilado, entre Ypor y Etretat. Venía de Fecamp siguiendo la costa, alta y recta como una muralla, con sus salientes de rocas gredosas cortadas á pico. Desde la mañana andaba por el musgo corto, fino y flexible como una alfombra que crece al borde del abismo, á impulsos del viento salobre. Y cantando á voz en cuello, andando á grandes zancadas, mirando á veces el vuelo de las gaviotas que pasean la blancura

de sus alas por el espacio azul, á veces, en el mar, la vela parda de una barca pescadora, había pasado un dichoso día de libertad.

Me indicaron una casa de campo donde admitían viajeros, una especie de mesón que se levantaba en el centro de un patio normando rodeado de una doble fila de hayas.

Dejando la costa me acerqué al villorrio y me presenté á la tía Lecacheur.

Era una vieja aldeana arrugada, severa, que parecía recibir á los viajeros como á regañadientes, con desconfianza.

Era en mayo; los manzanos floridos cubrían el patio de una techumbre de flores perfumadas, que sembraban sin cesar sus rosados pétalos sobre las personas y entre la hierba.

—¿Tiene usted habitación para mí, señora Lecacheur?—pregunté.

Admirada de que supiera su nombre, contestó:
—No sé; todo está alquilado. Veremos.

Al cabo de cinco minutos estábamos de acuerdo y dejaba mi hatillo en el suelo de una habitación rústica, amueblada con una cama, dos sillas, una mesa y una palangana. Daba á la cocina, grande, ahumada, donde los huéspedes comían con las gentes de la quinta y con la patrona, que era viuda.

Me lavé las manos y salí. La vieja guisaba un pollo para comer, en el hogar del que pendía una cadena llena de hollín.

—¿Tiene usted huéspedes actualmente?

—Sí, una señora; una inglesa entrada en años. Ocupa el otro cuarto.

Mediante veinticinco céntimos diarios de aumento, obtuve el derecho de comer en el patio cuando hiciera buen tiempo.

Pusieron mi cubierto delante de la entrada y empecé á devorar los flacos miembros del pollo normando, á beber sidra y á comer pan blanco, nada tierno pero excelente.

De pronto la barrera de madera que cerraba el camino se abrió y una persona muy rara entró en la casa. Era muy alta, muy flaca, tan apretada en su chal escocés á cuadros encarnados, que se la hubiese creído privada de brazos á no ser por una larga mano que sostenía una sombrilla blanca de turista. Su cara de momia, encuadrada por unos rizos de pelos grises que se movían á cada paso, me hizo pensar, no sé por qué, en un arenque con ricillos. Pasó rápidamente por delante de mí, bajando los ojos y desapareció.

Aquella singular aparición me alegró; sin duda

era la inglesa entrada en años de quien me hablara la patrona.

No la volví á ver aquel día. Al día siguiente, mientras tomaba apuntes de un rincón de ese valle encantador, que ya conocen ustedes y que llega hasta Etretat, al levantar de pronto los ojos, vi algo extraño plantado en la cresta de la colina; dijérase un mástil empavesado. Era ella. Al verme, desapareció.

Volví á casa al mediodía para almorzar y me senté en la mesa común, á fin de trabar conocimiento con aquella vieja original. Pero no contestó á mi cortesía y se mostró insensible á mis atenciones. Le vertía agua con obstinación, le pasaba las fuentes con premura. Un ligero movimiento de cabeza, casi imperceptible, y una palabra en inglés, murmurada tan bajo que no la entendía, era sus gracias.

Cesé de cuidarme de ella aun cuando en ella pensara.

Al cabo de tres días sabía de ella cuanto sabía la hostelera.

Se llamaba miss Harriet. Buscando una aldehuela para pasar el verano, se detuvo en Benouville seis semanas antes y no parecía dispuesta á marcharse. No hablaba jamás en la mesa y comía aprisa, le-

yendo un librito de propaganda protestante. A todo el mundo daba libritos de aquellos. El mismo cura había recibido cuatro, que le entregó un muchacho mediante diez céntimos de comisión. A veces, sin que viniera á cuento, decía á la patrona: «Amo al Señor más que á todas las cosas; le admiro en su creación, le adoro en la naturaleza, reina en mi corazón». Y entregaba á la aldeana asombrada uno de sus tomos destinados á convertir el universo.

En la aldea no era simpática. El maestro declaró que era atea y una especie de reprobación pesaba sobre ella. El cura, consultado por la señora Lecacheur, contestó: «Es una hereje, pero Dios no quiere la muerte del pecador y la tengo por una persona de gran moralidad.»

Aquellas palabras: «atea—hereje,» cuyo sentido preciso no comprendían, hacían vacilar á los más benévolo. Se pretendía, además, que la inglesa era rica, y había pasado la vida viajando por todos los países del mundo, porque su familia la rechazaba. ¿Por qué la rechazaba su familia? Por su impiedad, naturalmente.

Era una de esas fanáticas, una de esas puritanas que Inglaterra engendra; una de esas viejas y buenas solteronas que pasan por todas las mesas redon-

das de Europa, echan á perder Italia, emponzoñan Suiza, hacen inhabitables las encantadas costas del Mediterráneo y llevan á todas partes sus raras manías, sus costumbres de vestales petrificadas, sus atavíos indescritibles y cierto olor de caucho que hace creer que por la noche se encierran en un estuche.

Cuando veía una en una fonda, huía como los pájaros cuando ven un espantajo.

Pero aquella me parecía tan singular que no me disgustaba.

La señora Lecacheur, hostil por instinto á todo lo que no fuera aldeano, experimentaba en su inteligencia limitada una especie de odio por los andares estáticos de la solterona. Había encontrado una palabra para calificarla, una palabra despreciativa sin duda que acudió á sus labios por no sé qué trabajo misterioso y confuso de su espíritu. Decía: «Es una demoniaca.» Y aquel mote aplicado á aquel sér austero y sentimental, me parecía soberanamente cómico. Yo también la llamaba «la demoniaca,» sintiendo un placer especial en pronunciar en voz alta aquellas sílabas al verla.

Preguntaba á la señora Lecacheur:

—¿Qué hace hoy nuestra demoniaca?

Miss Harriet—2

La campesina contestaba con expresión escandalizada:

—¿Creerá usted, caballero, que ha recogido un sapo al que han pisado una pata y lo ha llevado á su cuarto y metido en la palangana y lo cura como si fuera una persona? ¡Es una abominación!

Otra vez, paseándose por la orilla del mar, compró un pez que acababan de pescar por el solo gusto de tirarlo de nuevo al mar. Y el pescador, aun cuando bien pagado, la injurió como si acabara de quitarle el dinero que llevaba en el bolsillo. Al cabo de un mes aun no podía hablar de aquello sin llenarla de ultrajes. ¡Oh, sí! indudablemente miss Harriet era una demoniaca; la señora Lecacheur tuvo una inspiración bautizándola con semejante nombre.

El mozo de cuadra, al que llamaban Sapeur, porque en otro tiempo sirviera en Africa, tenía una opinión distinta. Decía: «Es una veterana pasada de moda.»

¡Si lo hubiese sabido la pobre miss!

La criadita, Celeste, no la servía de buena gana, sin que pudiera averiguar por qué. Quizá únicamente porque era de otra raza y tenía otra lengua y otra religión. ¡Era al fin una demoniacal!

Pasaba los días en el campo, adorando á Dios en

la naturaleza. Un día la hallé de rodillas en un jaral. Habiendo visto algo encarnado entre las ramas, apartélas y miss Harriet se levantó despavorida, avergonzada de haber sido sorprendida en tal guisa, fijando en mí una mirada como la de los mochuelos sorprendidos en pleno día.

A veces, cuando trabajaba entre peñascos la veía de pronto en lo alto del acantilado, como una señal de semáforo. Miraba apasionadamente el ancho mar y el cielo resplandeciente. A veces la veía en lo hondo de un valle, andando aprisa, con su paso elástico de inglesa, y me dirigía hacia ella no sé por qué, quizá para ver su rostro de iluminada, su rostro flaco, indecible, contento con alegría interna y profunda.

A menudo también la hallaba junto á una granja bajo la sombra de un manzano, con un librito bíblico abierto sobre las rodillas y la mirada vagorosa.

No sentía ganas de marcharme de aquel país, pues me encantaban sus panoramas. Estaba muy bien en aquella quinta, alejado del mundo y cerca de la tierra, de la buena, sana y bella y verde tierra que un día abonaremos con nuestro propio cuerpo. Si he de ser franco me retenía también cierta curiosidad en

III 27 III

casa la señora Lecacheur. Deseaba conocer algo más aquella extraña miss Harriet y saber lo que pasa en las almas solitarias de las viejas inglesas errantes.



II

Trabamos conocimiento de un modo raro. Acababa un estudio que me parecía bueno y que lo era. Se vendió en diez mil francos, quince años después. Era de lo más sencillo que imaginarse pueda y no encajaba en los moldes académicos. Todo el lado derecho de mi lienzo representaba una roca, una enorme roca, áspera, rugosa, cubierta de algas pardas, amarillas y encarnadas iluminada por el sol. La luz, sin que se viera el astro, caía á chorros en la piedra y la doraba. Era un primer término fulgurante, inflamado, soberbio.

A la izquierda el mar; pero no el mar azul, pizarroso, sino el mar de jaspe, verdoso, lechoso y duro bajo el cielo sombrío.

Estaba tan contento de mi trabajo que bailaba al volver al mesón. Hubiese deseado que todos lo admiraran en seguida. Recuerdo que lo enseñé á una vaca que estaba tendida junto á un sendero, gritándole:

—Mira esto, vieja mía; no verás muchos así.

Al llegar á la casa llamé en seguida á la señora Lecacheur, gritando á voz en cuello:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Salga usted, patrona, y míreme esto!

La aldeana llegó y miró mi obra con su mirada estúpida que nada distinguía, sin saber siquiera si aquello representaba un buey ó una casa.

Miss Harriet entraba en el momento preciso en que enseñaba mi estudio á la patrona. La demoniaca tuvo que verlo, pues lo coloqué de manera que no pudiese escapar á sus miradas. Se detuvo en seco, admirada, estupefacta. Parece que era su peñasco, aquel á que se encaramaba para entregarse á sus ensueños.

Murmuró un «¡Aoh!» británico tan acentuado y halagador, que me volví hacia ella sonriendo y le dije:

—Es mi último estudio, señorita.

Y ella murmuró extasiada, cómica y enternecedora:

—¡Oh, señor! Usted comprender la naturaleza de un modo palpitante.

Me ruboricé, á fe mía, más conmovido por aquella alabanza que si la formulara una reina. Estaba seducido, conquistado, vencido. Palabra de honor: ¡la hubiera dado un beso! Me senté á su lado en la mesa como de costumbre. Por primera vez me habló, continuando en voz alta su pensamiento:

—¡Oh! ¡Gustarme tanto la naturaleza!

Le ofrecí pan, agua, vino. Aceptaba con una sonrisilla de momia. Empecé á hablar de paisajes.

Después de la comida, habiéndonos levantado juntos, atravesamos el patio, y atraído sin duda por el incendio formidable que el sol poniente producía en el mar, abrí la barrera que conducía al acantilado y hétenos ahí andando uno al lado de otro, contentos á fuer de personas que acaban de penetrarse y comprenderse.

Era una tarde tibia, una de esas tardes de bienestar en que la carne y el espíritu se sienten dichosos. Todo es encanto y goce. El aire tibio, perfumado, cargado de olores de hierbas y de algas, acaricia el olfato con su aroma silvestre, acaricia el paladar con su sabor marino, acaricia el alma con su suavidad penetrante. Caminábamos por la orilla

del abismo, sobre el ancho mar que rodaba sus olas á cien metros bajo nuestros pies. Y absorbíamos, con la boca entreabierta y el pecho dilatado, aquel soplo fresco que había acariciado el vasto Océano y que tocaba nuestra piel, húmedo y salado por el largo beso de las olas.

Envuelta en su chal á cuadros, la expresión inspirada, enseñando los dientes, la inglesa miraba como el sol se hundía en el mar. Ante nosotros, á lo lejos, un buque de alto bordo dibujaba su perfil, y un vapor, más cerca, pasaba dejando detrás de él una humareda que atravesaba todo el horizonte.

El globo rojo bajaba de continuo, lentamente. Pronto tocó al agua detrás del navío inmóvil que apareció, como en un cuadro de fuego, en el centro del astro deslumbrador. Se hundía poco á poco, tragado por el Océano. Se le veía sumergirse, disminuir, desaparecer. Se acabó. Unicamente el buque mostraba su perfil recortado sobre el fondo dorado del lejano cielo.

Miss Harriet contemplaba con mirada apasionada la muerte deslumbradora del día. De fijo como sentía un deseo inmoderado de estrechar el cielo, el mar, el horizonte entero.

Murmuró:

—¡Aohl Me gustaría... me gustaría... me gustaría...

Vi brillar una lágrima en sus ojos y añadió:

—Quisiera ser una pequeña pájaro para volarme al firmamento.

Y permanecía en pie como la había visto á menudo plantada en el acantilado tan roja como su chal de púrpura. Ganas me daban de hacer un estudio de ella en mi álbum. Dijérase que era la caricatura del éxtasis.

Me volví para no sonreír.

Luego le hablé de pintura como pudiera hacerlo á un camarada, explicándole los tonos y matices en la gerga del oficio. Me escuchaba atentamente comprendiéndome y tratando de adivinar el sentido de mis palabras para penetrar en mi pensamiento. De cuando en cuando decía:

—Yo comprendido, yo comprendido. Ha sido muy palpitante.

Entramos otra vez en la casa.

Al día siguiente, al verme, vino hacía mí y me tendió la mano. Así nos hicimos amigos. Era una buena mujer cuya alma parecía tener resortes, dando de pronto un brinco hacia las regiones del entusiasmo. Estaba algo tocada como todas las sol-

teronas de cincuenta años. Parecía confitada en su inocencia, pero guardaba en el corazón chispas de exaltación y de juventud. Amaba la naturaleza y los animales con amor exaltado, fermentado como una bebida demasiado rancia, con el amor sensual que no diera á los hombres.

Si veía á una perra dar de mamar á sus cachorros, á una yegua corriendo por un prado mordisqueando á su potrillo, ó un nido de pajarillos piando con el pico abierto, la cabeza enorme y pelechando, sentía una emoción exagerada que la hacía palpar.

Desde que conocí á miss Harriet quiero y compadezco á esos pobres seres solitarios errantes y tristes que se ven en las mesas redondas, esos pobres seres ridículos de aspecto lamentable.

Pronto advertí que quería decirme algo, pero no se atrevía, y á mí me hacía gracia su timidez. Cuando por la mañana me marchaba con la caja de colores á la espalda, me acompañaba hasta el extremo de la aldea sin decir una palabra, visiblemente ansiosa, y buscando palabras para expresarse. Luego se alejaba bruscamente y se iba aprisa á paso largo.

Por fin un día se decidió

—Quisiera verle á usted cuando pinta. ¿Quiere usted? Tengo curiosidad por verlo.

Y se ruborizaba como si hubiera pronunciado algo muy atrevido.

La llevé al fondo del Petit-Val, donde empezaba un gran boceto.

Miss Harriet permaneció detrás de mí siguiendo todos mis ademanes con atención concentrada.

Luego, de pronto, temiendo quizá molestarme, me dijo «gracias» y se fué.

Al cabo de pocos días se hizo más familiar, y me acompañaba todos los días con visible gusto. Llevaba la silla de tijera no permitiendo que se la llevara yo, y se sentaba á mi lado. Permanecía allí horas y horas, inmóvil y muda siguiendo todos los movimientos de mi pincel. Cuando obtenía, por medio de un golpe de color hábilmente dado, un efecto verdadero ó inesperado, lanzaba como á pesar suyo una exclamación de asombro, de admiración y de alegría. Tenía como un sentimiento de respeto para mis lienzos, de respeto casi religioso por aquella reproducción humana de una parte de la obra divina. Mis estudios le parecían algo así como cuadros de santidad, y á veces me hablaba de Dios, tratando de convertirme.

Precisa confesar que tenía una idea algo rara de su Dios, que era una especie de filósofo de aldea, sin grandes recursos ni gran poder, pues se le imaginaba siempre desolado por las injusticias cometidas á su vista como si no hubiera estado en su mano el remediarlas.

Estaba en muy buenos términos con él y hasta parecía confidente de sus secretos y de sus contradicciones. Decía: «Dios lo quiere» ó «Dios no lo quiere,» como un sargento diría á un quinto: «El coronel lo manda.»

Deploraba en el fondo de su corazón mi ignorancia de las celestes intenciones que procuraba revelarme, y todos los días encontraba en mis bolsillos, en el sombrero, cuando lo dejaba en el suelo, en mi caja de colores, en mis zapatos lustrados, cuando los dejaba junto á la puerta, esos libritos piadosos que sin duda recibía directamente del Paraíso.

La trataba como una antigua amiga; con cordial franqueza. Pero pronto advertí que su modo de ser había cambiado algo. Me fijé poco en ello los primeros días.

Cuando trabajaba, bien en el fondo del valle, bien en un camino hondo, de pronto la veía aparecer, andando con su paso rápido y seco. Se senta-

ba bruscamente, acalorada, como si hubiera corrido ó como si la agitara una emoción profunda. Estaba muy colorada, con aquel color rojo de los ingleses que no tiene ningún otro pueblo de la tierra, y luego, de súbito, palidecía y parecía que fuera á desmayarse.

Poco á poco, sin embargo, recobraba su aspecto habitual, y hablaba. Luego, á lo mejor, no acababa una frase, se levantaba y se alejaba de un modo tan rápido y extraño, que alguna vez pensé en si habría hecho algo que pudiera disgustarla ó herirla.

Pensé por fin que aquellas rarezas debían serle peculiares y que al principio las había modificado en honor mío.

Cuando volvía á la casa de campo, después de largas horas de marcha por la costa azotada por el viento, sus largos cabellos en tirabuzones pendían lacios como si se les hubiera roto el resorte. Otras veces llegaba á la mesa sin componer, despeinada por su hermana la brisa. ®

Después subía á su cuarto para arreglarse su tocado, y cuando le decía con galantería familiar que siempre la escandalizaba: «Hoy está usted hermosa como un astro, miss Harriet,» la sangre le subía á

las mejillas, sangre de joven, sangre de quince años.

Al cabo de algunos días se mostró esquiva del todo y cesó de ir á verme pintar. Cuando le hablaba me contestaba bien con indiferencia afectada, bien con sorda irritación. Pensé que aquello era una crisis y que pasaría; pero no pasó. A veces demostraba impaciencia, nerviosidad. No la veía más que á la hora de las comidas, y apenas hablábamos. Pensé que la había ofendido sin querer, y la pregunté una tarde:

—¿Por qué se muestra usted tan reservada conmigo, miss Harriet? ¿La he ofendido en algo? Lo siento mucho.

Contestóme con acento de cólera muy chocantes

—Siempre me he mostrado de igual manera con usted. No es verdad, no es verdad.

Y corrió á encerrarse á su cuarto.

Algunas veces me miraba de un modo extraño. Desde entonces he pensado muchas veces que los condenados á muerte deben mirar de aquel modo cuando les anuncian su último día. Había en sus ojos algo así como un destello de locura, de una locura mística y violenta; una fiebre, un deseo exasperado, impaciente é impotente de lo irrealizado y

de lo irrealizable! Y me parecía que se libraba también en ella un combate en el cual su corazón luchaba contra una fuerza desconocida que trataba de domar y quizá también otra cosa... ¿Qué sé yo? ¿qué sé yo?

Un primer rayo de sol, deslizándose entre las ramas, hendía aquella niebla de aurora, la iluminaba con un reflejo rosado detrás de los rústicos amantes y hacía resaltar sus sombras vagas entre una claridad argentada. A fe mía que estaba bien, muy bien.

Trabajaba en la cuesta que lleva al vallecito de Etretat. Aquel día por suerte, podía estudiar la flotante niebla que quería reproducir.

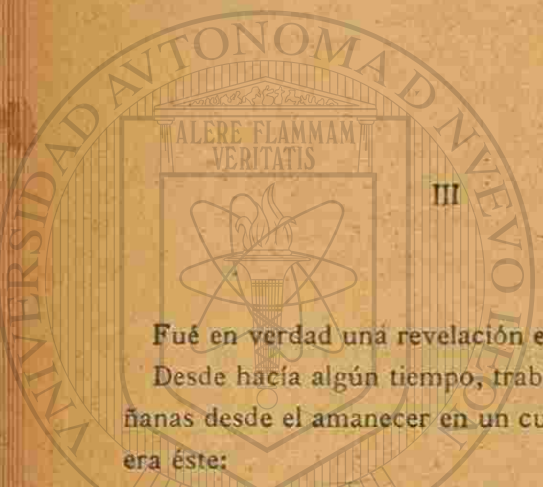
Algo se irguió ante mí como un fantasma: era miss Harriet. Al verme quiso huir; pero la llamé gritando:

—Venga usted, señorita, venga; tengo un cuadro para usted.

Se acercó como á regañadientes. Le alargué mi boceto. Nada dijo, pero lo miró largo rato, y después, de pronto, se echó á llorar. Lloraba con espasmos nerviosos como aquellos que han luchado mucho con las lágrimas, y que no pudiendo más, lloran, pero resistiéndose todavía. Me puse en pie conmovido yo mismo á la vista de aquel pesar que no comprendía y le cogí las manos con un movimiento de afección brusca, un verdadero movimiento de francés, que obra antes de pensar.

Dejó unos instantes sus manos entre las mías y

Miss Harriet—3



Fué en verdad una revelación extraña.

Desde hacía algún tiempo, trabajaba por las mañanas desde el amanecer en un cuadro cuyo asunto era éste:

Una cañada angosta, encajonada, dominada por dos taludes de breñas y árboles se extendía á lo lejos perdida, anegada en aquel vapor lechoso, en aquella guata que flota á veces sobre los valles al amanecer.

En el fondo de aquella bruma espesa y transparente, se veía venir, ó por mejor decir, se adivinaba una pareja humana, un mozo y una muchacha, abrazados, enlazados, ella con la cabeza levantada hacia él, él inclinado hacia ella, con los labios casi juntos.

las sentí estremecerse como si se retorcieran todos sus nervios. Luego, las retiró con viveza, ó por mejor decir, las arrancó.

Había reconocido aquel estremecimiento por haberlo sentido ya y era imposible que me engañara. ¡Ahl el estremecimiento de una mujer, ya tenga quince ya cincuenta años, bien pertenezca al pueblo bien á las clases elevadas, va tan derecho al corazón que no vacilo jamás en comprenderlo.

Todo su pobre sér había temblado, vibrado, desfallecido. Lo sabía. Se fué sin decir una palabra, dejándome sorprendido como ante un milagro y desolado como si hubiera cometido un crimen.

No fuí á almorzar aquel día. Di una vuelta por el acantilado sintiendo tantas ganas de reír como de llorar, pues la aventura me parecía cómica y lastimosa, sintiéndome ridículo y juzgándola desdichada á más no poder á ella.

Me pregunté lo que debía hacer. Juzgué que lo más oportuno era marchar, y tomé en seguida mi resolución. Después de pasear hasta la hora de la comida, algo triste, algo soñador, volví cuando ponían la sopa en la mesa.

Nos sentamos como de costumbre. Miss Harriet comía gravemente sin mirar á nadie y sin levantar

la vista. Tenía su expresión y su aspecto habituales.

Al acabar de comer, volviéndome hacia la patrona, dije:

—¿Sabe usted, señora Lecacheur, que voy á irme pronto?

La buena mujer, sorprendida y apenada, exclamó con su voz gangosa:

—¿De veras, caballero? ¡Cuánto lo siento! ¡Estábamos tan acostumbrados á su presencia!

Yo miraba de soslayo á miss Harriet. Su rostro no reveló la menor emoción; pero Celeste, la criada, me miraba. Era una mocetona de dieciocho años, coloradota, fresca, fuerte como un caballo, y, cosa rara, muy limpia. A veces la besuqueaba por los rincones por costumbre y no por otra cosa.

Acabó la comida.

Me fuí á fumar una pipa bajo los manzanos, andando de un extremo á otro del patio. Todas las reflexiones que había hecho durante el día, el extraño descubrimiento de la mañana, aquel amor grotesco y apasionado hacia mí, los recuerdos despertados acerca de aquella revelación, recuerdos encantadores, quizá también aquella mirada de la muchacha al anunciar mi partida, todo aquello

mezclado, combinado, me producía cierto buen humor, algo así como un escozor de besos en los labios, y un raro ardor en las venas, aquel ardor que nos impulsa á cometer mil tonterías.

Anohecia, y las sombras se espesaban bajo los árboles. Vi á Celeste que iba á cerrar el gallinero al otro lado de la empalizada. Me lancé hacia ella con paso tan ligero, que no oyó nada, y en el instante de levantarse, después de bajar la puertecita por donde entran y salen las gallinas, la cogí con furia entre mis brazos, besando repetidas veces su cara moquetuda y fresca. Luchaba riendo, acostumbrada ya á tales acometidas.

¿Por qué la solté vivamente? ¿Por qué me volví estremecido? ¿Cómo sentí que había alguien á mi espalda?

Era miss Harriet que volvía y nos había visto, permaneciendo inmóvil como en presencia de un espectro. Luego desapareció entre las tinieblas.

Volví avergonzado, turbado, más desesperado de haber sido sorprendido por ella de aquel modo, que si me hallara cometiendo un acto criminal.

Dormí mal, nervioso con exceso, abrumado por tristes pensamientos. Me pareció oír llorar. Me engañaba sin duda. También muchas veces me pare-

ció que andaban por casa, y que abrían la puerta exterior.

De madrugada me venció la fatiga y me dormí. Me desperté tarde y no aparecí hasta la hora del almuerzo, confuso todavía, no sabiendo qué continente adoptar.

Miss Harriet no estaba ni compareció. La patrona entró en su cuarto. La inglesa había salido. Debí salir al amanecer, como otras veces, para ver la aurora.

Nadie lo extrañó y comimos en silencio.

Hacía calor, mucho calor; un día de esos en que no se siente un soplo de aire. Habían puesto la mesa bajo un manzano, y de cuando en cuando, Sa-peur iba á llenar á la bodega el jarro de sidra, pues bebíamos como sedientos. Celeste traía las fuentes de la cocina; un guisado de carnero con patatas, un conejo salteado y una ensalada. Luego nos presentó un plato de cerezas, las primeras de la estación.

Queriendo lavarlas y refrescarlas rogué á la muchacha que sacara un cubo de agua bien fresca.

Volvió al cabo de cinco minutos declarando que el pozo estaba seco. Después de soltar toda la cuerda el cubo había tocado al fondo y subió vacía. La tía Lecacheur quiso cerciorarse por sí misma y fué

á mirar por el brocal. Al volver dijo que en el fondo se veía algo raro. Sin duda algún vecino había echado haces de paja, queriendo fastidiar.

Quise mirar á mi vez, pensando que vería mejor que los demás, y me incliné. Distinguí vagamente un objeto blanco, sin acertar á decir qué era. Entonces pensé en hacer bajar un farol al extremo de una cuerda. La amarillenta claridad bailaba iluminando los muros de piedra y bajando poco á poco. Los cuatro estábamos inclinados sobre el agujero, pues Celeste y Sapeur habían acudido. El farol se detuvo sobre una masa confusa, blanca y negra, extraña, incomprendible. Sapeur exclamó:

—Es un caballo. Distingo un casco. Habrá caído esta noche escapando de sus pastos.

De pronto me estremecí de pies á cabeza. Acababa de reconocer un pie y una pierna levantada en alto. El resto del cuerpo y la otra pierna estaban bajo el agua.

Balbuocé en voz baja y temblando con tanta fuerza, que el farol bailaba sobre el zapato.

—Lo que hay ahí dentro es una... es una mujer... miss Harriet.

Sapeur no hizo ni un gesto, otras cosas peores viera en Africa.

La tía Lecacheur y Celeste lanzaron agudos chillidos y huyeron corriendo.

Fué preciso sacar á la difunta. Até sólidamente al criado con una cuerda y le bajé con lentitud, por medio de la polea, mirando como se hundía en la sombra. Bajaba una linterna y otra cuerda. Su voz, que parecía venir del centro de la tierra, exclamó: «¡Basta!» Vi que buscaba algo en el agua, la otra pierna. Ató las dos juntas y gritó: «¡Tire usted!»

Le subí, pero tenía los brazos como rotos, flácidos los músculos y temía verme obligado á soltar la cuerda. Cuando la cabeza de Sapeur apareció á la altura del brocal, le pregunté: «¿Qué hay?» como si esperara que me diera noticias de la que yacía en el fondo.

Subimos los dos sobre el brocal, y frente á frente, inclinados hacia la abertura, empezamos á izar el cuerpo.

La tía Lecacheur y Celeste nos miraban desde lejos, ocultas detrás de un paredón. Cuando vieron salir del agujero los zapatos negros y las medias blancas de la ahogada, desaparecieron.

Sapeur cogió los tobillos y sacó á la infeliz y casta mujer en la postura más inmodesta que es dable imaginar. Tenía la cara en un estado horrible, ne-

gra, sangrienta, y sus largos cabellos grises, desatados, lacios para siempre, colgaban goteantes y fan-
gosos. Sapeur pronunció en tono despreciativo:

—¡Voto va, qué flaca estabal

La llevamos á su cuarto, y como las mujeres no comparecían, procedí al arreglo del cadáver.

Lavé su triste rostro descompuesto. Bajo mi dedo se abrió uno de los ojos y me miró con aquella mirada pálida, fría, terrible de los cadáveres, mirada que parece venir de otro mundo. Arreglé lo mejor que supe sus cabellos y con mis manos inhábiles la peiné de un modo singular. Después le quité las ropas empapadas en agua y descubrí un poco, con vergüenza, como si hubiera cometido una profanación, sus hombros y su pecho y sus brazos, tan delgados como unos palos.

Luego fui á buscar flores, amapolas, margaritas, centauros y hierba fresca y perfumada, con la que cubrí su lecho mortuorio.

Después, como era yo el único que estaba junto á ella, tuve que proceder á las formalidades que impone la costumbre. Una carta hallada en su bolsillo, escrita poco antes de morir, pedía que se la enterrase en el cementerio de la aldea donde pasara sus últimos días. Un pensamiento horroroso se

apoderó de mí. Pensé que por mi causa quería ser enterrada en tal sitio.

A la tarde vinieron las comadres para ver á la difunta; pero no dejé que entraran, quería estar solo y velé toda la noche.

A la luz de los cirios miraba aquella miserable mujer, desconocida para todos, que fué á morir tan lejos, de un modo tan lastimoso. ¿Tenía en alguna parte amigos, parientes? ¿De dónde venía, sola, errante, como un perro arrojado de su casa? ¿Qué secreto de dolor y de desesperación se encerraba en aquel cuerpo desmadejado, en aquel cuerpo que llevó como una tara vergonzosa durante toda su existencia, envoltura ridícula que alejó de ella toda afección, todo amor?

¡Cuán desdichados algunos seres! Sentía pesar sobre aquella criatura la eterna injusticia de la implacable naturaleza. Todo había acabado para ella quizás sin que jamás hubiese sentido, tenido la esperanza de ser amada una vez siquiera, esa esperanza que sostiene á los más desdichados. ¿Por qué se ocultaba de aquel modo y huía de todo? ¿Por qué amaba con ternura tan apasionada y vehemente todas las cosas y todos los seres vivientes excepto los hombres?

30515

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMPICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MANTUA DE GUERRA LEON
MANTUA DE GUERRA LEON
MANTUA DE GUERRA LEON
MANTUA DE GUERRA LEON
MANTUA DE GUERRA LEON

Comprendí que creyera en Dios y que esperara en otra parte la compensación de su miseria. Ahora iba á descomponerse y á convertirse en planta á su vez. Florecería al sol, la comerían las vacas, la picotearían los pájaros y, carne de las reses, volvería á ser carne humana. Pero lo que se llama alma se había extinguido en el fondo del pozo. Ya no padecía. Había cambiado su vida por otras vidas que haría nacer.

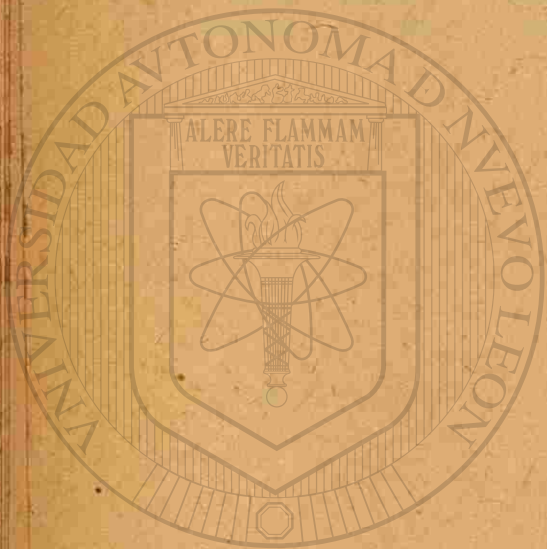
Pasaban las horas en aquella contemplación silenciosa. Una claridad pálida anunció la aurora; después un rayo rojo llegó hasta la cama, puso una barra de fuego en la colcha y en las manos. Era la hora que tanto le gustaba. Los pájaros, despiertos, cantaban en los árboles.

Abrí de par en par la ventana, aparté las cortinas para que nos viera todo el firmamento, é inclinándome sobre el cadáver helado tomé entre mis manos la desfigurada cabeza, y luego, lentamente, sin terror y sin asco, dejé un beso, un largo beso sobre aquellos labios que no fueran jamás besados.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

León Chenal calló. Las mujeres lloraban. En el pescante, el conde de Etraille se sonaba de conti-

nuo. Únicamente el cochero dormitaba. Los caballos, al ver que no les hostigaban, acortaron el paso, tiraban sin ganas. Y el break apenas adelantaba, habiéndose vuelto pesado de pronto; como si estuviese cargado de tristeza.

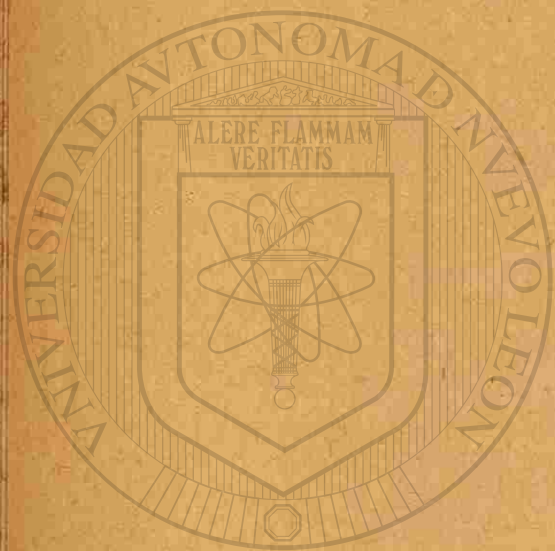


LA TIA SAUVAGE
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





La tía Sauvage

I

A Jorge Pouchet.

Hacia por lo menos quince años que no había estado en Virelogne. Volví un otoño para cazar con mi amigo Serval que reedificara por fin la quinta que le quemaron los prusianos.

Gustábame mucho aquel país. Hay en el mundo rincones que parecen tener un encanto sensual para los ojos. Se les quiere con amor físico. Aquellos á quienes la tierra enamora, guardamos tiernos recuerdos de ciertas fuentes, de ciertos bosques y estanques y colinas vistos repetidas veces y que nos han conmovido como los acontecimientos dicho-

— sos. Algunas veces el pensamiento recuerda un rincón de bosque, un lugar de las márgenes de un río, un prado esmaltado de flores, aun cuando se vieran una sola vez, en un fausto día, y que se graban en la imaginación como la imagen de esas mujeres vistas una mañana de primavera, vestidas con un traje claro y transparente, que dejan en el alma y en la carne un deseo inolvidable, no cumplido, la sensación de la dicha que pasa al alcance de nuestra mano.

De Virelogne me gustaba toda la campiña, sembrada de bosquesillos y surcada por riachuelos que corrían como venas por el suelo llevando la sangre á la tierra. En ellos se pescaban cangrejos, truchas y anguilas. ¡Dicha inefable! En algunos puntos era posible bañarse y entre la hierba alta de las márgenes se cazaba la becada.

— Andaba yo ligero como una cabra viendo como husmeaban mis dos perros. Serval, á unos cien metros á la derecha, escudriñaba un campo de alfalfa. Al llegar á los matorrales que sirven de límite al bosque de Saudres vi una cabaña arruinada.

De súbito la recordé tal como la viera por última vez en 1869, limpia, cubierta por una parra, y con unas gallinas que picoteaban cerca de la puerta.

¿Hay algo más triste que el esqueleto de una casa, escueto, de pie, siniestro?

Recordé que una buena mujer me había dado á beber un vaso de vino en aquella casita, un día en que estaba muy cansado y que Serval me explicara entonces la historia de sus habitantes. A su padre, empedernido cazador furtivo, le mataron los gendarmes. Su hijo, un mozo alto y amojamado, pasaba también por un gran destructor de caza. Le llamaban los Sauvage.

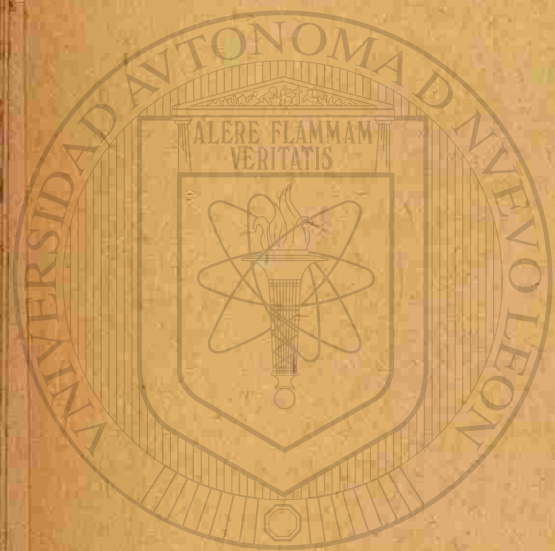
¿Era un apellido ó un mote?

Llamé á Serval. Llegó dando grandes zancadas, como de costumbre.

Le pregunté:

— ¿Qué ha sido de esas gentes?

Y me contó lo que sigue.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Cuando estalló la guerra el hijo de la Sauvage, que tenía treinta y tres años, se alistó, dejando sola á su madre. Nadie compadecía con exceso á la vieja porque se decía que tenía dinero.

Quedó, pues, sola en aquella casa aislada, lejos del pueblo, junto al bosque. Pero no tenía miedo porque era de la misma raza que su marido é hijo, alta y flaca, seria y ruda para los bromistas. Bien es verdad que las campesinas rien poco. Eso queda para los hombres. Tienen el alma triste y dolorida á causa de su existencia sombría y monótona. El labriego ríe ruidosamente en la taberna; pero su compañera tiene siempre una fisonomía seria y severa. Los músculos de su cara no han aprendido los movimientos de la risa.

La tía Sauvage continuó su existencia ordinaria en su cabaña, que muy pronto cubrieron las nieves. Cada semana acudía al pueblo para comprar pan y carne y después tornaba á su zahurda. Como se hablaba de lobos, salía con el fusil al hombro, el fusil de su hijo, comido por la herrumbre y con la culata gastada por el roce de la mano; y tenía la tía Sauvage un aspecto extraño, andando á grandes zancadas, un poco encorvada, por sobre la nieve, con el cañón del arma que sobresalía junto á la negra cofia que le apretaba la cabeza y aprisionaba sus cabellos blancos, que nadie viera nunca.

Un día llegaron los prusianos, á quienes se alojó según la fortuna de los vecinos. A la vieja, que tenía fama de rica, le tocaron cuatro.

Eran cuatro mocetones de tez blanca y barba rubia, con los ojos azules, que aun estaban rollizos á pesar de las fatigas soportadas, y buenos muchachos aun cuando estuvieran en país conquistado. Se mostraron deferentes con aquella mujer vieja y sola y procuraban ahorrarla fatigas y gastos. Por la mañana se les veía en torno del pozo, en mangas de camisa, lavándose, á pesar de la nieve, su blanca piel de hombres del Norte, mientras la tía Sauvage andaba de aquí para allá, preparando la sopa.

Luego limpiaban la cocina, fregaban los suelos, partían leña, pelaban patatas, lavaban la ropa blanca y hacían todas las faenas de la casa como cuatro buenos hijos en torno de su madre.

Pero la vieja pensaba en el suyo, en el mocetón alto y nervioso, de nariz aguileña, de ojos pardos y negro y espeso bigote. Todos los días preguntaba á los soldados instalados en su hogar:

—¿Saben ustedes dónde está el regimiento veintitrés de marcha? Allí tengo á mi hijo.

Ellos contestaban: «No, no lo sabemos.» Y comprendiendo su pesar y sus inquietudes, pues ellos también tenían madres que les esperaban, la colmaban de atenciones. Ella, por su parte, quería á sus cuatro enemigos, porque los labriegos no tienen odios patrióticos, que se reservan para las clases superiores. Los humildes, los que pagan más porque son pobres y sobre quienes recaen todas las nuevas cargas; aquellos á quienes se mata en masa, que son la verdadera carne de cañón y que sufren más cruelmente las miserias de la guerra, porque son los más débiles y los menos resistentes, no comprenden poco ni mucho los ardores belicosos, el pundonor y las pretendidas combinaciones políticas que agotan en seis meses á dos naciones, así á la vencedora como á la vencida.

En la comarca, hablando de la tía Sauvage y de los cuatro alemanes, decían:

—Esos sí que han hallado una ganga.

Una mañana, mientras la vieja estaba sola en la casa, vió venir desde lejos, á través de la llanura, un hombre que se dirigía hacia su vivienda. Pronto le reconoció: era el cartero. Le entregó un papel doblado, y, después de ponerse los espejuelos que le servían para coser, leyó:

«Señora Sauvage: la presente sirve para darle una mala noticia. Su hijo Víctor fué muerto ayer por una granada que casi le partió en dos. Yo estaba á su lado y hablábamos de usted, diciéndome él que la avisara si le ocurría una desgracia.

»Le he cogido el reloj para dárselo á usted cuando acabe la guerra.

»La saludo respetuosamente.

»CESÁREO RIVOT,

»Soldado de 2.^a clase del 23.º de marcha»

La carta estaba fechada de tres semanas antes. La vieja permanecía inmóvil, tan sobrecogida y absorta que aun no padecía. Pensaba: «Bueno, ya

han matado á Víctor.» Luego, poco á poco, asomáronle las lágrimas á los ojos y el dolor penetró en su corazón. Las ideas se le presentaban una á una dolorosas, desconsoladoras. ¡Ya no podría besar más á su hijo, jamás! Los gendarmes habían matado al padre, los prusianos al hijo... Una bala le partió en dos mitades. Parecíale que veía el cuadro, un cuadro horrible: la cabeza caía con los ojos dilatados, mordisqueando la boca su negro bigote como hacía al encolerizarse.

¿Qué habían hecho de su cuerpo luego? ¡Si por lo menos le hubiesen devuelto á su hijo, como le devolvieron su esposo con un balazo en mitad de la frente!

Oyó ruido de voces. Eran los prusianos que volvían de la aldea. Ocultó la carta en el bolsillo y les recibió con su aspecto acostumbrado, pues tuvo tiempo de enjugarse los ojos.

Los cuatro llegaban muy contentos, riendo, pues traían un hermoso conejo, robado sin duda, y hacían señas á la vieja de que iban á comer algo bueno.

Ella empezó en seguida los preparativos para el almuerzo; pero cuando fué preciso matar al conejo, le faltó ánimo para ello. ¡No era el primero, sin embargo! Un soldado lo desnucó de un puñetazo.

Una vez muerto el animal hizo salir el cuerpo sangriento de la piel; pero la vista de la sangre que tocaba, que le enrojecía las manos, de la sangre tibia que sentía enfriar, coagularse, la hacía estremecer de pies á cabeza; y de continuo veía á su hijo partido por mitad del cuerpo y sangriento también como aquel animal aun palpitante.

Se sentó á la mesa con los prusianos, pero no pudo probar bocado. Ellos se zamparon el conejo sin cuidarse de la vieja. Esta les miraba de soslayo, madurando un proyecto, con tan impasible rostro que nada advirtieron.

De pronto dijo:

—Hace ya un mes que estáis conmigo y no sé si quiera cómo os llamáis.

Comprendieron con trabajo lo que deseaba y le dijeron sus nombres. Aquello no le bastaba; se los hizo escribir en un papel con la dirección de sus familias y calándose de nuevo los anteojos miró aquella escritura rara, después dobló el papel y lo guardó en el bolsillo junto á la carta que le notificaba la muerte de su hijo.

Cuando acabó la comida, dijo á los soldados:

—Voy á trabajar para vosotros.

Y subió grandes brazadas de heno al granero donde dormían.

Aquello les extrañó; pero al decirles que así tendrían menos frío, la ayudaron. Amontonaban el heno hasta la techumbre de paja y formaron un cuarto cuadrado con paredes de hierba, caliente y perfumado, donde dormirían tan á gusto.

A la hora de la comida les extrañó que la tía Sauvage no comiera tampoco. Ella dijo que sentía calambres y después encendió un buen fuego para calentarse mientras los alemanes subían á su habitación por la escalera de que se servían todas las noches.

Cuando la trampa se hubo cerrado, la vieja quitó la escalera, luego abrió sin ruido la puerta exterior y volvió á buscar haces de paja con los que llenó la cocina. Iba descalza por la nieve, tan despacito que no hacía ni chispa de ruido. De cuando en cuando escuchaba los ronquidos sonoros y desiguales de los soldados dormidos.

Cuando juzgó suficientes los preparativos echó al fuego uno de los haces y cuando ardió lo esparció sobre los otros. Luego salió y miró.

Una claridad deslumbradora iluminó en algunos segundos el interior de la cabaña, después se convirtió aquel resplandor en una hoguera gigantesca, en un horno espantoso, cuya luz brotaba por la

ventana proyectando un rayo deslumbrador en la nieve.

Luego se oyó un alto clamor que partía de la cabaña, gritos desgarradores, llamamientos desesperados de angustia y espanto. Luego, hundiéndose la trampa, un torbellino de llamas se lanzó al granero, rompió la techumbre de paja, subió al cielo como la llama de una antorcha desmesurada y toda la cabaña ardió.

Dentro sólo se oía el crepitar del incendio, el crujir de las paredes, el caer de las vigas. De pronto se hundió la techumbre y el esqueleto de la vivienda lanzó al aire, entre una nube de humo, un penacho de chispas.

La campiña, nevada, relucía como una sábana de plata teñida de rojo.

A lo lejos las campanas tocaron á fuego.

La vieja Sauvage estaba de pie, ante su casa destruida, empuñando el fusil, el fusil de su hijo, por temor á que escapara alguno de los soldados.

Cuando vió que todo había terminado, lanzó el arma á la hoguera. Sonó una detonación.

Llegaban gentes, labriegos, prusianos.

Hallaron á la vieja sentada en un tronco de árbol, tranquila y satisfecha.

Un oficial alemán que hablaba el francés como un hijo de Francia, le preguntó:

—¿Dónde están sus alojados?

Alargó su brazo descarnado hacia la hoguera que se extinguía y respondió con voz recia:

—¡Ahí dentro!

Todos la rodeaban. El prusiano preguntó:

—¿Cómo ha prendido el fuego?

Ella contestó:

—Yo lo he pegado.

No la creían; pensaban que el impensado desastre la enloqueciera. Como todos la rodeaban y escuchaban explicó de cabo á rabo el drama, sin olvidar un detalle, desde que recibiera la carta hasta el postrer grito de los hombres abrasados dentro de su casa. No olvidó nada de lo que hiciera y sintiera.

Cuando acabó sacó del bolsillo los dos papeles, y para distinguirlos á la luz de las últimas llamaradas se puso los anteojos y dijo mostrando uno: «Este es la muerte de Víctor»; y añadió enseñando el otro y designando el montón de humeantes ruinas con un movimiento de cabeza: «Este es para que escriban á sus casas.» Y alargó tranquilamente el papel al oficial que la sujetaba por los hombros, y añadió:

—Escriba usted cómo ha ocurrido y dirá usted á sus padres que yo soy quién lo ha hecho. ¡Victoria Simón, la Sauvage! No lo olvide.

El oficial daba órdenes en alemán. La cogieron, la echaron contra las paredes aun calientes de su casa. Luego doce hombres se alinearon vivamente ante ella, á veinte metros. No se movía. Había comprendido; esperaba.

Resonó una orden seguida de una detonación. Un disparo retrasado resonó aislado.

La vieja no se desplomó. Cayó despacio como si le hubiesen segado las piernas.

El oficial se le acercó. Estaba casi partida en dos mitades y oprimía aun la carta en la mano ensangrentada.

Mi amigo Serval añadió:

—Por represalias los alemanes destruyeron mi quinta.

Yo pensaba en las madres de los cuatro buenos muchachos que perecieron abrasados allí dentro, y en el heroísmo atroz de aquella otra madre fusilada junto á la pared.

Y recogí una piedrecilla, aun ennegrecida por la acción del fuego.

UNA NOCHE

—Escriba usted cómo ha ocurrido y dirá usted á sus padres que yo soy quién lo ha hecho. ¡Victoria Simón, la Sauvage! No lo olvide.

El oficial daba órdenes en alemán. La cogieron, la echaron contra las paredes aun calientes de su casa. Luego doce hombres se alinearon vivamente ante ella, á veinte metros. No se movía. Había comprendido; esperaba.

Resonó una orden seguida de una detonación. Un disparo retrasado resonó aislado.

La vieja no se desplomó. Cayó despacio como si le hubiesen segado las piernas.

El oficial se le acercó. Estaba casi partida en dos mitades y oprimía aun la carta en la mano ensangrentada.

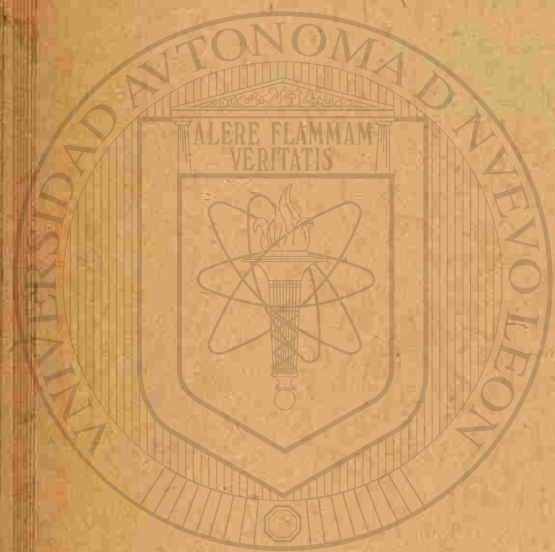
Mi amigo Serval añadió:

—Por represalias los alemanes destruyeron mi quinta.

Yo pensaba en las madres de los cuatro buenos muchachos que perecieron abrasados allí dentro, y en el heroísmo atroz de aquella otra madre fusilada junto á la pared.

Y recogí una piedrecilla, aun ennegrecida por la acción del fuego.

UNA NOCHE



UNA NOCHE

El *Kleber* había echado anclas y yo miraba con entusiasmo el admirable golfo de Bougie que se extendía ante nosotros. Los bosques kabilas cubrían las altas montañas; las arenas amarillas formaban, á lo lejos, una orilla de oro al mar, y el sol caía á torrentes de fuego sobre las casas blancas de la pequeña ciudad.

La brisa cálida, la brisa de Africa, traía á mi corazón alegre el olor del desierto, el olor del gran continente misterioso, donde pocas veces penetran los hombres del Norte. Desde tres meses antes, erraba por las orillas de ese mundo enorme y desconocido, por las riberas de esa patria fantástica del avestruz, del camello, del león, del hipopótamo, del gorila, del elefante y del negro. Había visto al ára-

be galopar como una bandera que flota, vuela y pasa, había dormido bajo la parda tienda, en la frágil morada de los hijos del desierto. Estaba embriagado de luz, de fantasía y de espacio.

Ahora, después de esta última excursión, era necesario partir, volver á Francia, ir á París, la ciudad, de la charla inútil, de las preocupaciones y cuidados vulgares y de los innumerables apretones de mano. Y me era forzoso despedirme de esas comarcas amadas, tan nuevas, apenas vistas y tan echadas de menos.

Una flota de barquillas rodeaba el vapor. Salté á una de ellas, que tripulaba un negro, y pronto estuve en el muelle, cerca de la puerta mora, cuya ruina gris, á la entrada de la ciudad kabila, parecía un escudo de nobleza antigua.

Mientras estaba de pie en el puerto, junto á mi maleta, mirando estupefacto aquella costa maravillosa, ante aquel circo de montañas bañadas por las olas azules, más hermoso que el de Nápoles, tan bello como los de Ajaccio y Porto en Córcega, una mano pesada se apoyó en mi hombro.

Me volví y vi un hombre alto con sombrero de paja, una gran barba, un traje de franela blanca, de pie á mi lado, que me miraba con sus ojos azules.

—¿No es usted mi antiguo compañero de colegio?—me preguntó.

—Es posible. ¿Cómo se llama usted?

—Tremoulin.

—¡Caramba! Eramos grandes amigos.

—Chico, yo te he reconocido en seguida.

Me parecía tan contento, tan alegre, tan dichoso de verme, que por un impulso de amigable egoísmo, estreché con fuerza ambas manos de aquel antiguo camarada y me sentí satisfecho de haberle encontrado.

Tremoulin había sido para mí, durante cuatro años, el más íntimo, el mejor de esos compañeros de colegio, que tan pronto olvidamos luego. Era entonces un muchacho larguirucho con una cabezota enorme cuyo peso parecía no poder sostener su cuerpo endeble.

Muy inteligente, dotado de una facilidad maravillosa, de una gran ductilidad de espíritu, de una especie de intuición instintiva para todos los estudios literarios, Tremoulin era quien alcanzaba todos los premios de nuestro curso.

En el colegio creíamos todos que sería un hombre ilustre, un poeta sin duda, porque hacía versos y tenía gran abundancia de ideas sentimentales. Su

Miss Harriet—5

padre, farmacéutico del barrio del Panteón, no pasaba por rico.

Al terminar el bachillerato, le perdí de vista.

—¿Qué haces aquí?—exclamé.

Contestó sonriendo:

—Soy colono.

—¡Bah! ¿Tú plantas?

—Y cosecho.

—¿Qué?

—Uvas, que convierto en vino.

—¿Y te va bien?

—Muy bien.

—Me alegro, chico.

—¿Vas á la fonda?

—Sí.

—Vente á casa.

—¡Pero!...

—Sí, hombre, sí.

Y dijo al negro que nos miraba:

—A mi casa, Ali.

Allí respondió:

—Sí, senó.

Y echó á correr, con mi maleta en el hombro, hundiendo sus pies negros en el polvo.

Tremoulin me cogió del brazo y se me llevó. Me

preguntó por mi viaje, por mis impresiones, y viendo mi entusiasmo, pareció quererme más aun.

Su vivienda era una vieja casa árabe con patio interior, sin aberturas á la calle, dominada por un terrado que dominaba á su vez los de las casas vecinas y el golfo, los bosques, el mar, las montañas.

Exclamé:

—¡Cuánto me gusta! ¡Esta habitación resume el Oriente! ¡Caramba! ¡Cuán feliz eres de poder vivir aquí! ¡Qué noches debes pasar en este terrado! ¿Duermes en él?

—En verano, sí. Ya subiremos á él por la noche. ¿Te gusta la pesca?

—¿Qué pesca?

—Con antorchas.

—¡Ya lo creo!

—Bien, iremos después de comer y luego tomaremos sorbetes en el terrado.

Después que me hube bañado, me hizo seguir la encantadora ciudad kabila, una verdadera cascada de casas blancas que bajan hasta el mar. Al anochecer volvimos á casa, y después de una comida exquisita fuimos á los muelles.

Sólo se veía los faroles de la calle y las estrellas, esas anchas estrellas fulgurantes del cielo del África.

En un rincón del puerto esperaba una barquilla. Apenas estuvimos dentro, un remero empezó á empujar la barca mientras mi amigo preparaba la fogata que iba á encender. Me dijo:

— Yo me encargo del tridente, no hay quien me aventaje.

— Te felicito.

Habíamos dado la vuelta á un enorme peñasco y estábamos ahora en una bahía de elevados peñascales cuyas sombras parecían torres edificadas en el agua. El mar era fosforescente. Los remos, que la hendían lentamente, á intervalos regulares, producían dentro de ella una luz movедiza y extraña, que nos seguía por la estela hasta que al cabo de unos momentos se extinguía. Miraba yo, inclinado, aquella claridad pálida, y admiraba ese fuego del mar, ese fuego frío que un movimiento enciende y que la inmovilidad del agua apaga. Marchábamos hacia las tinieblas, deslizándonos por aquella luz.

¿A dónde íbamos? No veía á mis compañeros, sólo veía los remolinos luminosos y las chispas de agua proyectadas por los remos. Hacía calor, mucho calor. La sombra parecía caldeada por un horno y sentía turbada mi mente por aquel viaje misterioso en la callada y negra barca.

Los perros, los flacos perros árabes de pelo rojo, nariz puntiaguda y ojos, relucientes, ladraban á lo lejos como ladran todas las noches en esa isla grande, desmesurada que se llama Africa. Las zorras, los chacales, las hienas respondían, y no muy lejos de allí, sin duda, algún león solitario debía rugir en una garganta del Atlas.

De pronto el remero se detuvo. ¿Dónde estábamos? Oí un roce y surgió la llama de una cerilla, y vi que una mano llevaba aquella llama hacia la proa de la barca donde había una parrilla de hierro atestada de leña seca.

Miraba, sorprendido, aquella operación y ví como la llamita tocaba un puñado de hierba, que ardió crepitando.

Entonces brotó de la noche, entre las tinieblas bochornosas, un gran fuego claro que iluminó la barca y á los que la tripulábamos. Un marinero viejo, amojamado, blanco y arrugado, con un pañuelo atado á la cabeza y á Tremoulin cuya barba rubia relucía.

— ¡Adelante! — dijo.

Movió los brazos el remero y de nuevo avanzó la barca, moviéndonos en una zona de luz, acompañados por las sombras que nos seguían. Tremoulin no cesaba de echar leña á la hoguera.

Me incliné de nuevo y vi el fondo del mar. A pocos pies bajo la barca, se desarrollaba lentamente, á medida que pasábamos, el dominio del agua, del agua que vivifica, como el aire, animales y plantas. La fogata hundía hasta el fondo su claridad viva, y nos deslizábamos por encima de bosques sorprendentes de hierbas rojas, rosadas, verdes y amarillas. Entre ellas y nosotros, un cristal admirable de transparencia, un cristal líquido, casi invisible, daba mayor encanto á aquel paisaje de ensueño. Aquella agua clara y límpida que no se distinguía, que más bien se adivinaba, extendía entre nosotros y aquellas raras vegetaciones algo que turbaba como la duda de la realidad, y les prestaba indecible misterio.

A veces las hierbas subían hasta la superficie, semejantes á cabellos, apenas movidas por el lento paso de la barquilla.

Entre ellas pasaban, huían peces de plata, apenas vistos y ya desaparecidos. Otros, dormidos aún, flotaban suspendidos entre aquellas hierbas de agua, relucientes y finos, incogibles. A menudo un cangrejo se dirigía á un agujero para ocultarse, ó una medusa azulada y transparente, apenas visible, flor de azul pálido, una verdadera flor de mar,

dejaba arrastrar su cuerpo por nuestro ligero remolino. Luego, de repente, el fondo desaparecía, hundiéndose mucho, haciéndose profundo, oculto por una niebla de cristal, cada vez más grueso. Entonces se veía vagamente grandes rocas y algas sombrías, apenas iluminadas por la luz.

Tremoulin, de pie en la proa, con el cuerpo inclinado, tenía en la mano el tridente de agudas púas y escudriñaba las rocas, las hierbas, el fondo cambiante del mar con esa mirada ardiente de un animal que caza.

De súbito dejó deslizarse hasta el agua, con movimiento suave y vivo, la cabeza de su arma puntiaguda, luego la lanzó como una flecha, con tal prontitud que cogió entre sus púas un gran pez que huía delante de nosotros.

Sólo había visto el ademán de Tremoulin, pero le oí una exclamación de alegría, y al levantar su tridente la claridad de la fogata me permitió ver un animal que se retorció, atravesado por las puntas de hierro. Era un congrio. Después de contemplarlo y de enseñármelo paseándolo por sobre las llamas, mi amigo lo echó al fondo de la barca. La serpiente de mar, con el cuerpo herido por cinco llagas, se deslizó, se arrastró rozando mis

pies, buscando un agujero para huir, y habiendo encontrado entre las cuadernas de la barca un charco de agua salada, se hundió en él, ya casi muerto.

Entonces, á cada instante, Tremoulin empezó á coger con una destreza sorprendente, con rapidez fulminea, los raros habitantes del agua salada. Uno tras otro pasaban por delante de la hoguera, con convulsiones de agonía, salmonetes dorados, lubinas plateadas, lampreas oscuras con manchas sanguinolentas, sepias que escupían tinta y ennegrecían el agua en torno de la barca.

Creía oír de continuo gritos de pájaros en torno nuestro, y levantaba la cabeza para ver de donde provenían aquellos silbidos agudos, cercanos y lejanos, cortos y prolongados. Eran innumerables, incesantes como si una nube de alas se hubiese cernido en torno nuestro, atraídos sin duda por las llamas. A veces aquellos ruidos engañaban el oído y dijérase que salían del agua.

—¿Quién es que silba así?

—Son las ascuas que caen.

Era, en efecto, la fogata que sembraba en el mar una lluvia de chispas. Caían incandescentes ó llameantes todavía y se apagaban con queja suave, penetrante, extraña, que tan pronto parecía la char-

la de un pájaro como el grito corto de un ave migradora. Las gotas de resina caían con ruido de balas y morían bruscamente al sumergirse. Dijérase que eran voces de seres vivientes, un inexplicable y tenue rumor de vida errando por la sombra cerca de nosotros.

Tremoulin gritó de pronto:

—¡Ah... maldito!

Arrojó su arma, y al levantarla vi, envolviendo las púas del tridente, y pegado á la madera, una especie de piltrafa roja que palpitaba, se movía, arrollando y desenrollando sus largos, blandos y recios tentáculos, cubiertos de ventosas, en torno del mango del arma. Era un enorme pulpo.

Acercóme aquella presa, y distinguí los ojos del monstruo que me miraban, ojos saltones, turbios y terribles que salían de una especie de bolsa que parecía un tumor. Creyéndose libre, el animal alargó lentamente uno de sus miembros, del que vi las ventosas blancas arrastrarse hacia mí. La punta era fina como un hilo, y apenas aquella pierna devoradora hubo hecho presa en el banco, otra se desplegó para seguirla. Se adivinaba allí, en aquel cuerpo musculoso y blando, en aquella ventosa viva, rojiza y flácida, una fuerza irresistible. Tremoulin había

abierto su cuchillo, y con golpe brusco lo hundió entre los ojos del pulpo.

Se oyó un suspiro, un ruido de aire que se escapa, y el monstruo dejó de avanzar.

No estaba muerto, sin embargo, porque la vida es tenaz en esos cuerpos nerviosos; pero su vigor se había perdido y una vez reventada su bomba no podía ya chupar la sangre ni vaciar la dura corteza de los cangrejos.

Tremoulin, como para burlarse de aquel agonizante, despegaba del banco sus ventosas impotentes, y arrebatado por súbita cólera, exclamó:

— Espera; voy á calentarte los pies.

Con un movimiento del tridente levantó en alto el pulpo y le hizo pasar por las llamas, frotando contra las barras candentes del emparrillado, las finas puntas de carne de los tentáculos.

Crepitaron y se retrajeron mordidas por el fuego, y sentí una impresión dolorosísima al ver como padecía el horrible animal.

— ¡No hagas eso! — exclamé.

Contestó con gran calma:

— ¡Bah! Mucho más se merece.

Luego arrojó al fondo de la barca el pulpo reventado y mutilado que se arrastró entre mis piernas

hasta el agujero lleno de agua de mar, donde se acurrucó para morir entre los pescados muertos.

Y la pesca continuó largo rato, hasta que se acabó la provisión de madera.

Cuando ya no quedó para alimentar la hoguera, Tremoulin echó al agua todas las ascuas, y la noche, suspendida sobre nuestras cabezas por la llama deslumbradora, cayó sobre nosotros, nos envolvió de nuevo en sus tinieblas.

El viejo volvió á remar lentamente, con regularidad. ¿Dónde estaba el puerto, dónde la tierra? ¿Dónde el golfo y el ancho mar? Nada sabía. El pulpo se movía aún junto á mis pies y yo sentía daño en las uñas, como si me las hubiesen quemado también. De repente vi luces; entrábamos en el puerto.

— ¿Tienes sueño? — me preguntó mi amigo.

— No, ni pizca.

— Entonces vamos al terrado y charlaremos un rato.

— Con mucho gusto.

Cuando llegué al terrado vi que la luna surgía de detrás de las montañas. El viento cálido se deslizaba á soplos lentos, cargado de aromas ligeros, casi imperceptibles, como si hubiese barrido al pasar el

sabor de los jardines y de las ciudades de todos los países abrasados por el sol.

En torno nuestro las casas blancas de cuadradas techumbres bajaban hacia el mar, y en los terrados veíanse formas humanas tendidas ó en pie, que dormían ó soñaban bajo las estrellas, familias enteras envueltas en amplios ropajes de franela blanca, que descansaban, en el seno de aquella noche apacible, del calor del día.

Se me antojó de pronto que alentaba en mi interior el alma oriental, el alma poética y legendaria de los pueblos sencillos y de imaginación fogosa. Tenía el corazón lleno de la Biblia y de las Mil y una Noches; oía á los profetas anunciar milagros y veía pasar por las terrazas de los palacios princesas con bombachos de seda, mientras ardian en pebeteros de plata esencias y gomas cuyo humo tomaba formas de genios.

Dije á Tremoulin:

— ¡Qué dichoso eres de poder vivir aquí!

Me contestó:

— El azar es el que lo ha querido.

— ¿El azar?

— Sí, el azar y la desdicha.

— ¿Eres desdichado?

— Mucho.

Estaba en pie, delante de mí, envuelto en su albornoz, y su acento me hizo estremecer por el dolor que revelaba.

Después de un momento de silencio, añadió:

— Te puedo confiar mis pesares; quizá me sirva de alivio hablarte de ellos.

— Cuenta.

— ¿Lo quieres?

— Sí.

— Pues oye. Debes recordar que cuando estábamos en el colegio era yo una especie de poeta criado en una farmacia. Anhelaba escribir libros y lo intenté al terminar el bachillerato; pero con poco éxito. Publiqué un tomo de versos, luego una novela. Ninguno se vendió. Escribí una comedia que no se representó.

Entonces me enamoré. No he de contarte mi pasión. Junto á la tienda de mi padre había un sastre que tenía una hija. La amé. Era inteligente, vivaz, muy lista y ocurrente. Parecía tener quince años aun cuando había cumplido los veintidós. Era una mujercita fina de facciones, de cuerpo, de modales, como una acuarela delicada. Su nariz, su boca, sus ojos azules, su pelo rubio, su sonrisa, su

talle, sus manos, todo parecía formado para estar en un escaparate y no para la vida real. Sin embargo, era muy diestra y activa. Me enamoré como un tonto. Recuerdo dos ó tres paseos por el jardín del Luxemburgo, junto á la fuente de Médicis, que serán los mejores recuerdos de mi vida. Supongo que conoces ese estado de tierna locura que á veces se apodera de nosotros y que hace que sólo pensemos, que sólo podamos pensar en una mujer, como si fuera ella el eje de la existencia entera.

Pronto nos prometimos. Le confíe mis proyectos para lo porvenir. No los aprobó. No me creía poeta, ni novelista, ni autor dramático, y se le antojaba que el comercio—cuando marcha viento en popa—es lo único que puede proporcionar una dicha sólida.

Renunciando, pues, á escribir libros, me resigné á venderlos, y compré en Marsella la Librería Universal, cuyo dueño acababa de morir.

Pasé tres años dichosos. Habíamos convertido nuestro almacén en una especie de salón literario donde acudían los literatos de la ciudad. Se reunían en nuestra casa como en un casino, y hablaban de libros, de poesías, de política. Mi mujer, que estaba encargada de la venta, gozaba de gran notorie-

dad en Marsella. Yo, mientras charlaban en la tienda, trabajaba en el primer piso, que comunicaba con la librería por una escalera de caracol. Oía las voces, las risas, las discusiones, y á veces dejaba de escribir para escuchar. Había empezado, en secreto, una novela que no he terminado.

Los parroquianos más asiduos eran Montina, un mocetón moreno y guapetón, rentista; el señor Barbet, magistrado; dos comerciantes y el general Flèche, jefe del partido realista, el hombre más notable de la provincia, un viejo de sesenta y seis años.

Los negocios marchaban bien. Era feliz, muy feliz.

He ahí que un día, á las tres de la tarde, pasé por la calle de Saint-Ferreol y vi salir de un portal una mujer cuyo aspecto recordaba tanto el de la mía, que pensé: «Es ella,» á pesar de haberla dejado en casa aquejada de jaqueca. Andaba delante de mí, con paso rápido, sin volverse. La seguí á pesar mío, sorprendido, inquieto.

Me decía: «No es ella; no. Es imposible puesto que tenía jaqueca. Y, además, ¿qué hubiese ido á hacer en esa casa?»

Quise salir de dudas y apreté el paso para alcan-

zarla. ¿Me había adivinado ó reconocido mis pasos? No lo sé; pero se volvió bruscamente. ¡Era ella! Al verme se ruborizó y se detuvo. Luego, sonriente, dijo:

— ¡Toma! ¿Eres tú?

Yo tenía el corazón oprimido.

— Sí. ¿De modo que has salido? ¿Y la jaqueca?

— Me ha pasado; salí para un encargo.

— ¿A quién?

— A Lacaussade, calle Cassinelli, para la compra de unos lápices.

Me miraba á la cara. Ya no estaba colorada, sino un poco pálida. Sus ojos claros y límpidos— ¡ah, qué ojos los de las mujeres!— parecían revelar la verdad y yo comprendía vaga y dolorosamente que estaban henchidos de mentira. Permanecía ante ella más confuso, embarazado y cortado que ella misma, sin atreverme á sospechar nada, pero convencido de que mentía. ¿Por qué? No sabría decirlo.

Dije solamente:

— Has hecho bien en salir si estabas mejor.

— Sí, mucho mejor.

— ¿Vas á casa?

— Sí.

La dejé y me fui solo por las calles. ¿Qué pasaba? Había comprendido su falsedad cuando estaba frente á ella. Ahora no podía creer en tamaña catástrofe, y cuando volví á casa para comer, me acusaba por haber sospechado un momento de su sinceridad.

¿Has estado celoso alguna vez? Lo mismo da. El caso es que la primera gota de celos había caído en mi corazón. Son como gotas de fuego. No sospechaba ni creía nada; sabía sólo que había mentido. Piensa que todas las noches, cuando sallan los parroquianos, tanto si íbamos al puerto cuando hacía buen tiempo, como si nos quedábamos en casa cuando llovía, abría mi corazón á aquella mujer, le decía mis pensamientos más recónditos porque la amaba. Era una parte de mi vida, la más importante, y toda mi alegría. Tenía cautiva mi alma entre sus manecitas, toda mi alma, confiada y fiel.

Durante los primeros días, esos primeros días de duda y de tristeza, antes que la sospecha crezca y se precise, me sentía abatido y helado como cuando nos amaga una enfermedad. Tenía frío á todas horas, verdadero frío, y no comía ni dormía.

¿Por qué había mentido? ¿Qué hacía en aquella

Miss Harriet—6

casa? Entré en ella para descubrir algo. No hallé nada. El inquilino del principal, un tapicero, me dió detalles de todos los vecinos, sin que diera yo con ninguna pista. En el segundo habitaba una comadrona, en el tercero una costurera y un manicuro, en los sotabancos dos cocheros con sus familias.

¿Por qué había mentido? ¿Le hubiese sido tan fácil decir que venía de casa la costurera ó del manicuro! ¿Qué ganas tenía de interrogarles también! No lo hice por temor de que la previniesen y averiguara mis sospechas.

Sí, entré en aquella casa y me lo ocultaba. Había allí un misterio. ¿Cuál? En ocasiones pensaba que quizá se trataba de una obra de caridad, de haber ido á saber cualquier noticia que la interesaba, y entonces desechaba mis sospechas. ¿No tenemos acaso derecho todos, hombres y mujeres, á guardar inocentes secretos que forman como una segunda vida interior de que no tenemos que dar cuenta á nadie? Un hombre, porque le han dado por esposa á una joven ¿puede exigir que no piense ni haga nada sin advertírselo antes ó después? La palabra matrimonio ¿significa renuncia de toda libertad é independencia? ¿No podía ser que hubiese

ido á casa la costurera sin decírmelo ó que socorriere en secreto á la familia de uno de los cocheros? También podía darse el caso de que la visita hecha en aquella casa, sin ser de índole culpable, comprendiera ella que debía desagradarme. Me conocía á fondo y quizá temía, si no un reproche, una discusión cuando menos. Sus manos eran muy lindas y acabé por pensar que se las hacía cuidar por el manicuro, si bien no lo decía por temor á que la tachase de derrochadora. Era ordenada, económica, y confesando aquel gasto ocasionado por la coquetería quizá imaginaba que decaería en mi concepto. ¡Las mujeres tienen tantas sutilidades y astucias nativas!

Pero ninguno de mis razonamientos me tranquilizaba. Sentía celos. La sospecha me atormentaba, me devoraba. No era aún una sospecha, sino la sospecha. Sentía un dolor, una angustia horribles, y mi pensamiento, un pensamiento que á mí mismo no me confesaba, estaba como cubierto por un velo, un velo que no me atrevía á levantar por temor de lo que hallaría debajo... ¡Un amante!... ¿Tendría un amante?... Error, demencia... y, sin embargo...

El rostro de Montina se me aparecía de continuo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vea aquel mocetón de lucientes greñas y me decía: «Es él.»

Imaginaba la historia de su enredo. Habían hablado juntos de algún libro, discutido la aventura de amor, hallado algo que se parecía á uno ó á otro y de tal analogía habían hecho una realidad.

Yo les vigilaba presa del más abominable suplicio que es dable padecer. Había comprado zapatos con suelas de caucho á fin de andar sin ruido y me pasaba la vida subiendo y bajando la escalera de caracol para sorprenderlos. A menudo me deslizaba cabeza abajo para mejor sorprenderlos, y tenía que subir con gran trabajo del mismo modo, después de convencerme de que el dependiente permanecía en la tienda.

No vivía, padecía. No podía pensar en nada, ni trabajar, ni cuidar de mis asuntos. Apenas salía y había dado cien pasos, me decía: «Ya está allí,» y volvía. No estaba. Me alejaba de nuevo y otra vez pensaba: «Ahora sí que ha llegado», y tornaba á mi casa.

Esto duraba días y días.

Durante la noche padecía más, pues la sentía á mi lado, en la cama. Allí estaba, durmiendo ó fingiéndolo. ¿Dormía? No, sin duda. Aquello era una mentira más.

Permanecía inmóvil, abrasado por el calor de su cuerpo, anhelante y desesperado. ¡Oh! ¡Qué ganas, qué ganas innobles y formidables me daban de levantarme, tomar una bujía y un martillo y de un solo golpe despedazarle el cráneo para examinarlo! Sé perfectamente que sólo hubiese visto una masa de sangre y sesos, y nada más. ¡No habría sabido! Era imposible saber. ¡Y sus ojos! Cuando me miraba sentía una ciega cólera. ¡Sus ojos son transparentes, cándidos y falsos, falsos, falsos! Y no se puede saber lo que se piensa detrás de ellos. Tenía deseos de hundir un punzón en ellos, para romper aquellos espejos de falsedad.

¡Ah! ¡Qué bien comprendo la inquisición! Le hubiese retorcido las muñecas en anchas yorcas de hierro.—¡Habla! ¡Confiesa!... ¿No?... ¡Espera! —Le habría apretado suavemente la garganta... ¡Habla! ¡Confiesa!... ¿No quieres?... Y habría apretado, apretado hasta verla estertorar, sofocar, morir... O le hubiera quemado las puntas de los dedos... ¡Con qué delicia lo hiciera!...—¡Habla! ¡Habla!... ¿No?... Les hubiese dejado tostar por las puntas... y habría hablado... ¡sí!... habría hablado...

Tremoulin, de pie, con los puños apretados, gri-

taba. En torno de nosotros, en los terrados vecinos veíanse sombras que escuchaban, que se incorporaban.

Y yo, conmovido, dominado por un interés poderoso, veía delante de mí, como si la conociera, aquella mujercita rubia, viva y astuta. La veía vender los libros, hablar con los hombres, á quienes turbaba su aspecto infantil, y veía como germiaban en su cabecita de muñeca, las ideas locas, las ideas culpables, los sueños de modistilla perfumada que se enamora de todos los héroes de novela de capa y espada. Sospechaba de ella como él, la detestaba, la odiaba, le hubiese quemado los dedos para hacerla confesar.

Tremoulin añadió en tono más tranquilo:

—No sé por qué te cuento esto. Nunca he hablado á nadie. Bien es verdad que hace dos años que á nadie veo. ¡No he hablado con nadie, con nadie! Y eso hervía en mi corazón como lodo que fermenta. Lo vacío; tanto peor para ti.

Me había engañado. Era peor de lo que creía; peor que todo. Oye. Emplé el medio que se adopta siempre. Fingí ausencias. Cada vez que me alejaba, mi mujer comía fuera de casa. No es necesario que te explique cómo soborné á un camarero de restaurant para sorprenderla.

Debía abrirme la puerta de su habitación, y llegué, á la hora convenida, con la firme resolución de matarles. Desde la vispera veía la escena como si hubiese pasado ya. ¡Entrabal Una mesita cubierta de platos, botellas y copas la separaba de Montana. Su sorpresa era tan grande, al verme, que permanecían inmóviles. Yo, sin decir una palabra, pegaba con mi bastón con puño de hierro en la cabeza de él. Muerto de un solo golpe, caía al suelo. Entonces me volvía hacia ella, y le dejaba tiempo—algunos instantes—para comprender y retorcer sus brazos implorando clemencia, antes de morir á su vez. ¡Oh! Estaba dispuesto, resuelto, contento hasta la locura. Al pensar en la mirada extraviada que me lanzaría viendo mi palo levantado, en sus manos levantadas, en el grito de su garganta, en su rostro lívido y convulso, me sentía ya vengado. No la mataría del primer golpe, ¡oh, no! No puedes comprender lo que se padece. Pensar que una mujer, esposa ó querida, á quien se ama, se entrega á otro y besa sus labios como los nuestros, es una cosa horrible. Cuando se ha padecido un día tal tormento, se es capaz de todo. ¡Ah! Lo que me admira es que no se mate más á menudo, pues todos los que han sido engañados, todos sin excepción, han de-

seado matar, han gozado pensando en esa muerte soñada, y han hecho, en su casa ó en un camino, ó en una calle desierta, el ademán de herir ó de estrangular.

Llegué al restaurant, y pregunté: «¿Están ahí?» El camarero me hizo subir una escalera, y mostrándome una puerta: «Aquí», dijo. Apretaba el palo como si mis dedos fuesen de hierro. Entré.

Había escogido bien el momento. Se besaban, pero no era Montina. ¡Era el general de Fleche, el general que tenía setenta años!

Tan firme era mi convicción de hallar al otro, que quedé estupefacto.

Y luego... luego... aun no me doy cuenta ¡no! de lo que sentí. Al ver al otro, el furor me hubiese cegado... Pero delante de aquel viejo panzudo, de mejillas flácidas, sentí un asco indecible. Ella, casi una niña, que aparentaba no tener más de quince años, se había entregado á aquel hombre que casi chocheaba, porque era general, marqués, amigo y representante de los reyes destronados. No, no sé lo que sentí ni lo que pensé. Mi mano no hubiese podido herir á aquel viejo. ¡Qué vergüenza! No, ya no sentía deseos de matar á mi mujer, sino á todas las mujeres capaces de cometer tamaña abomina-

ción. Ya no estaba celoso, sino anonadado como si hubiese visto el más espantoso de los horrores.

Dígase lo que se quiera, los hombres no son tan viles. Cuando se encuentra uno que se ha vendido de tal modo se le señala con el dedo. El esposo ó el amante de una vieja es más despreciado que un ladrón. Somos más decentes. Pero ellas, ellas ¡cuán asquerosas y viles! Se entregan á todos, jóvenes ó viejos, por razones despreciables y diversas, porque tal es su vocación, su profesión, su gusto: Son las eternas inconscientes y serenas prostitutas que entregan su cuerpo sin disgusto, porque es mercancía de amor, ya lo vendan ó lo regalen, al viejo que tiene el bolsillo repleto de oro ó bien por la gloria al viejo monarca lúbrico, al viejo célebre y repugnante...

Vociferaba como un profeta antiguo, con acento furioso, anatematizando la vergüenza glorificada de las queridas de los reyes viejos, la vergüenza respetada de todas las vírgenes jóvenes que aceptan el amor de un viejo, la vergüenza tolerada de las muchachas que aceptan, sonriendo, besos de viejos. Y evocadas, llamadas por él, vela surgir, en aquella noche de Oriente, á todas las muchachas bellas, á las muchachas de alma vil que, como las bestias

que ignoran la edad del macho, se mostraron dóciles á los deseos seniles. Aparecían las criadas de los patriarcas cantadas por la Biblia, Agar, Ruth, las hijas de Loth, la morena Abigail, la virgen de Sunnam que, con sus caricias reanimaba á David agonizante, y todas las demás jóvenes, gordas, blancas, patricias ó plebeyas, irresponsables hembras de un dueño, carne de esclava sumisa, deslumbrada ó pagada.

Le pregunté:

—¿Qué hiciste?

Me contestó sencillamente:

—Me marché y aquí estoy.

Entonces permanecimos mucho rato uno junto á otro, sin hablar, reflexionando...

Guardo de aquella noche una impresión indeleble. Todo lo que había visto, sentido, oído, adivinado, la pesca, el pulpo y aquella narración lastimosa, entre fantasmas blancos de las azoteas vecinas, todo parecía expreso para producir una impresión única. Ciertos encuentros, ciertos acontecimientos, contienen, á punto fijo, aun cuando nadie ó muy pocos lo noten, mayores enseñanzas, más ciencia de la vida que las que encierra una entera vida vulgar.

ALUMA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que ignoran la edad del macho, se mostraron dóciles á los deseos seniles. Aparecían las criadas de los patriarcas cantadas por la Biblia, Agar, Ruth, las hijas de Loth, la morena Abigail, la virgen de Sunnam que, con sus caricias reanimaba á David agonizante, y todas las demás jóvenes, gordas, blancas, patricias ó plebeyas, irresponsables hembras de un dueño, carne de esclava sumisa, deslumbrada ó pagada.

Le pregunté:

—¿Qué hiciste?

Me contestó sencillamente:

—Me marché y aquí estoy.

Entonces permanecimos mucho rato uno junto á otro, sin hablar, reflexionando...

Guardo de aquella noche una impresión indeleble. Todo lo que había visto, sentido, oído, adivinado, la pesca, el pulpo y aquella narración lastimosa, entre fantasmas blancos de las azoteas vecinas, todo parecía expreso para producir una impresión única. Ciertos encuentros, ciertos acontecimientos, contienen, á punto fijo, aun cuando nadie ó muy pocos lo noten, mayores enseñanzas, más ciencia de la vida que las que encierra una entera vida vulgar.

ALUMA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALUMA

I

Me dijo uno de mis amigos: «Si por casualidad pasas por los alrededores de Bordj-Ebbaba, en tu viaje por Argelia, haz una visita á mi amigo Auballe, que es colono allí.»

Había olvidado los nombres de Auballe y de Ebbaba y no pensaba en el tal colono, cuando llegué á su casa por casualidad.

Desde un mes antes paseaba á pie por la región magnífica que se extiende de Argel á Cherchell, Orleansville y Tiaret. Es á un tiempo amplia é íntima, desolada y llena de verdura. Entre dos montañas pedregadas aparecen á veces bosques espesos de pinos, cortados por cañadas que se convierten en torrentes en invierno. Troncos caídos sirven de puente á los

árabes y de agarradero á las lianas que prestan nueva vida á los árboles muertos. En los rincones de los montes hay simas de una belleza aterradora y orillas de arroyuelos cubiertas de adelfas de una gracia inexplicable.

Pero los recuerdos más agradables de esas excursiones los debo á las marchas realizadas durante las primeras horas de la tarde á lo largo de los caminos sombreados que van por la cresta de las colinas, desde donde se descubre un panorama inmenso que abarca desde el mar hasta la cordillera de Uarsenis, que soporta el bosque de cedros de Tarniet-el-Haad.

Un día perdí el camino. Acababa de llegar á una cima desde donde vi la larga llanura de Mitidja, y más á lo lejos el extraño monumento que llaman la Tumba de la Cristiana, que es, según dicen, la sepultura de una familia de reyes de la Mauritania. Bajé, dirigiéndome al sur, descubriendo una región ondulada y agreste. A veces, entre aquellos otros se elevaba otro mayor, parecido á una monstruosa jiba de camello.

Andaba con rapidez y ligereza como sucede siempre que se sigue los atajos tortuosos de la ladera de una montaña. Nada pesa en aquellos senderos altos,

ni el aire, ni el cuerpo, ni el corazón, ni las penas. Aquel día no me atormentaba ningún pensamiento, y me entregaba con alborozo á las galas de la naturaleza. A lo lejos veía tiendas árabes, pardas, puntiagudas, pegadas al suelo como los mariscos á las rocas, y *gurbis*, barracas de ramas, de las que salía una humareda gris. Formas blancas, hombres ó mujeres, andaban lentamente y las esquilas de los rebaños tintineaban vagamente por la atmósfera clara.

Los granados me ofrecían sus frutos de púrpura, que caían al suelo. Parecían árboles mártires de los que se escapaba un sudor sangriento, pues al final de cada rama pendía un grano rojo como una gota de sangre.

El suelo estaba cubierto de esa lluvia sangrienta, y los pies, aplastando los granos, dejaba en tierra huellas del crimen.

Todos los valles se llenaban ahora de un vapor dorado, que ascendía lentamente, y sobre la cordillera de montes que cerraba el horizonte, por el lado del Sahara, fulguraba un cielo sin par. Anchas fajas de oro alternaban con fajas rojas ¡sangre y oro! ¡la historia del hombre!—y entre ellas aparecía un trozo de un azul verdoso, lejano como las visiones de un ensueño.

—¡Ah! ¡Cuán lejos estaba de todas las cosas y de todos los hombres de que se habla en los bulevares! ¡Cuán lejos de mí mismo, convertido en una especie de sér errante, sin conciencia y sin pensamiento; ojos que ven, miran y gustan de mirar, lejos también de mi camino, del que no me acordaba siquiera, pues al acercarse la noche noté que me había perdido!

La sombra caía sobre la tierra como un chaparrón de tinieblas, y no descubría ante mí más que las montañas interminables. Vi unas tiendas en un valle y traté de hacer comprender al primer árabe con quien topé la dirección que buscaba.

¿Me comprendió? No lo sé; habló mucho rato y no le entendí ni una sílaba. Desesperado iba á pasar la noche envuelto en una alfombra, junto al campamento, cuando creí oír, entre las palabras que decía, un nombre conocido: Bordj-Ebbaba.

Yo repetí:

—¿Bordj-Ebbaba?

—Sí, sí.

Le enseñé dos francos, una fortuna. Echó á andar. Le seguí. Seguí mucho rato, á través de las sombras, aquel pálido fantasma que corría delante de mí por los senderos pedregosos, que me hacían tropezar á cada paso.

De pronto brilló una luz. Llegábamos ante la puerta de una casa blanca, una especie de fortín de paredes rectas y sin aberturas exteriores. Llamé y me contestaron los ladridos furiosos de varios perros. Una voz preguntó en francés: «¿Quién va?»

Yo pregunté:

—¿Vive aquí el señor Auballe?

—Sí.

Me abrieron. Estaba delante del mismo Auballe, un mocetón rubio, con la pipa en la boca, que parecía un hércules bonachón.

Me nombré. Me tendió ambas manos y dijo:

—Está usted en su casa, caballero.

Quince minutos después comía con gran apetito delante de mi huésped, que continuaba fumando.

Sabía su historia. Después de haber gastado mucho dinero con las mujeres, había colocado el resto en tierras argelinas y plantado viñas.

Los viñedos daban buen resultado y tenía, en efecto, la expresión tranquila de un hombre satisfecho. No comprendía como aquel parisién, aquel calaverón hubiese podido acostumbrarse á aquella vida monótona, en aquella soledad. Le pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Nueve años.

Miss Harriet—7

—¿Y no siente usted una tristeza atroz?

—No; se acostumbra uno á este país y acaba por gustarle. No puede usted imaginar como se apodera de la gente por una serie de instintos que alienan en nosotros y que desconocemos antes de vivir aquí. Nos conquista primero por nuestros sentidos. El aire y el clima conquistan nuestro cuerpo, á pesar nuestro, y la luz alegre que lo inunda mantiene el alma contenta. Esa luz penetra á torrentes por los ojos y se diría que lava los rincones sombríos del espíritu.

—¿Y las mujeres?

—¡Ah!... no abundan.

—¿De modo que alguna hay?...

—Sí, alguna. Porque siempre se encuentra, aun entre las tribus, indígenas complacientes que piensan en las noches del rumí.

Se volvió hacia el árabe que me servía, un mozo moreno cuyos ojos brillaban bajo el turbán, y le dijo:

—Vete, Mohammed; ya te llamaré si te necesito.

Y luego á mí:

—Entiende el francés y voy á contarle una historia en la que juega un gran papel.

Una vez hubo salido el árabe, empezó así:

—Hacía unos cuatro años que estaba aquí, no bien acostumbrado todavía á este país, del que principiaba á balbucear la lengua, y obligado, para no romper del todo con unas pasiones que tan fatales me fueron en otro tiempo, á hacer de cuando en cuando, un viaje á Argel.

Había comprado esta granja, este bordj, antiguo fortín situado cerca del campamento indigena cuyos hombres empleo para las labores de mis viñas. En esta tribu, que es una sub-división de los Oulad-Taadja, escogí, al llegar, un muchacho para servirme, Mohammed ben Lam'har, el criado que acaba usted de ver, y que pronto se mostró muy fiel. Como no quería dormir en una casa, por no estar acostumbrado á ello, plantó la tienda junto á la puerta, para que pudiese llamarle desde la ventana.

Supongo que adivina usted cuál era mi vida. Durante el día cuidaba de las labores, cazaba á veces, comía de cuando en cuando con los oficiales de los destacamentos más próximos ó les invitaba á mi mesa.

Por lo que hace á... los placeres, ya le he dicho que Argel me ofrecía los más refinados; y de vez en cuando un árabe complaciente y compasivo me de-

tenía en mitad de mi paseo para proponerme una mujer de tribu, que pasaría la noche en mi casa. A veces aceptaba; generalmente no, por las molestias que podría originar.

Una noche, volviendo de dar un paseo, á principios de verano, necesitaba á Mohammed y entré en su tienda sin llamarle. Muchas veces me ocurría lo mismo.

En una de esas alfombras rojas de lana tupida de Djebel-Amur, blanda como un colchón, una mujer joven, casi desnuda, dormía con los brazos cruzados sobre los ojos. Su cuerpo blanco me pareció uno de los más hermosos ejemplares de la raza humana. Las mujeres son bellas en este país, altas y tienen gran armonía de facciones y líneas.

Un tanto confuso, dejé caer el lienzo de la tienda y me metí en casa.

Las mujeres me gustan. El relámpago de aquella visión me había abrasado, reanimando en mis venas el antiguo ardor que hace que esté aquí. Hacía calor, pues estábamos en Julio, y pasé casi toda la noche á la ventana mirando la mancha que formaba la tienda de mi criado.

Cuando al día siguiente entró en mi cuarto le miré á los ojos y bajó la mirada como un hombre

que se siente confuso ó culpable. ¿Adivinaba lo que yo había visto?

Le pregunté bruscamente:

—¿Te has casado, Mohammed?

—¡No, señor!

Le obligaba á hablar en francés y á darme lecciones de árabe, lo que producía á veces un lenguaje híbrido, muy incoherente.

Añadí:

—Entonces ¿por qué tienes una mujer en tu tienda?

—Es del Sur.

—¡Ahl! ¡Es del Sur! Pero esto no explica porque está en tu tienda.

Sin contestar á mi pregunta, dijo:

—Es muy linda.

—Sí. Bueno; pues otra vez, cuando recibas una mujer linda del Sur, hazla entrar en mi *gurbí* y no en el tuyo ¿estamos?

—Sí, señor—contestó con gran seriedad.

Confieso que durante todo el día permanecí bajo la emoción del recuerdo de aquella muchacha árabe tendida sobre una alfombra encarnada, y al volver á la hora de la comida me daban ganas de entrar en la tienda de Mohammed. Este cumplió su

servicio como de costumbre, y varias veces estuve tentado de preguntarle si pensaba guardar muchos días aquella señorita del Sur, que tan linda era.

A las nueve, aun encandilado por esa afición á las mujeres, que es tan tenaz en mí como el instinto de la caza en un lebre, salí para tomar el aire y dar una vuelta por cerca de la tienda, á través de la cual veía brillar una luz.

Luego me alejé para que Mohammed no me sorprendiera junto á su tienda.

Al volver una hora después, vi perfectamente el perfil de mi criado bajo la tela. Saqué la llave y me metí en mi bordj, donde dormían mi intendente, dos campesinos franceses y una vieja cocinera que traje una vez de Argel.

Subí la escalera y me sorprendió ver luz en mi cuarto. Abrí y vi sentada en una silla, junto á la mesa donde ardía una vela, una muchacha cuyo rostro parecía el de un ídolo, que parecía aguardarme con calma, adornada con todas las joyas de plata que las mujeres del Sur llevan en las piernas, brazos y garganta. Sus ojos, agrandados por el khol, me lanzaban una mirada viva. Sus brazos, cargados de ajorcas, descansaban en los muslos, tapados, como el resto del cuerpo, por una especie de gebba de seda escarlata.

Viéndome entrar se levantó y quedó ante mí, cubierta de sus joyas salvajes, en una actitud de altiva sumisión.

—¿Qué haces aquí?— le dije en árabe.

—Estoy aquí porque me han mandado venir.

—¿Quién?

—Mohammed.

—Bueno, siéntate.

Se sentó, bajó los ojos, y permaneció ante ella, examinándola.

La cara era rara, regular, fina y un tanto bestial; pero mística como la de un Budha. Los labios, gruesos y de un encarnado obscuro, indicaban una ligera mezcla de sangre negra por más que las manos y los brazos fueran de una blancura irreprochable.

Vacilaba acerca de lo que debía hacer, turbado, tentado y confuso. Para ganar tiempo y poder reflexionar, le hice varias preguntas acerca de su familia, de su presencia en este país, de sus relaciones con Mohammed. Pero sólo contestó á las que menos me interesaban y me fué imposible saber por qué había venido, con qué intención, desde cuándo, y lo que había pasado entre ella y mi criado.

Cuando iba á decirle: «Vuelve á la tienda de Mohammed,» lo adivinó quizá, porque se levantó bruscamente y, levantando los brazos, cruzó sus manos detrás de mi cuello, atrayéndome con una expresión de voluntad suplicante é irresistible.

Sus ojos, encendidos por el deseo de agradar, por esa necesidad de vencer al hombre que hace fascinadora como la de los felinos la mirada impura de las mujeres, me quitaban toda fuerza de resistencia y despertaban en mí un ardor impetuoso. Fué una lucha corta, sin palabras, violenta entre los ojos solos, la eterna lucha entre los dos brutos humanos, el macho y la hembra, en la que el macho queda siempre vencido.

Sus manos me atraían con presión cada vez más fuerte, irresistible, hacia la sonrisa bestial de sus labios rojos, donde de pronto pegué los míos enlazando aquel cuerpo casi desnudo y cargado de aros de plata que resonaron, desde el cuello á los pies, bajo mi abrazo.

Era nerviosa, ágil y sana como un animal, con movimientos y una especie de olor de gacela, que hicieron hallar en sus besos un sabor desconocido, extraño á mis sentidos como el gusto de una fruta de los trópicos.

Poco después... digo poco después y quizá fué á la madrugada, quise alejarla, pensando que se iría como había venido, y no pensando aún en lo que haría de ella ó en lo que ella haría de mí.

Pero apenas hubo comprendido mi intención, murmuró:

—Si me echas ¿dónde quieres que vaya ahora? Tendré que dormir en el suelo. Deja que me acueste en la alfombra, al pie de tu cama.

¿Qué podía contestar? ¿Qué podía hacer? Pensé que Mohammed miraba á su vez la ventana iluminada de mi habitación y dejé que se quedara.

—Bien, quédate, vamos á hablar.

En un momento tomé la resolución de guardar junto á mí á aquella muchacha que el azar echaba en mis brazos. Haría de ella una especie de amante esclava, oculta en mi casa como las mujeres de los harems. Cuando dejara de gustarme me desharia de ella de un modo ú otro, pues esas mujeres africanas nos pertenecen casi en cuerpo y alma.

Le dije:

—Quiero ser bueno contigo. Te trataré de modo que no seas desgraciada; pero quiero saber quién eres y de dónde vienes.

Comprendió que era necesario hablar y contó su

historia, ó mejor dicho, una historia, porque debió mentir desde el principio hasta el fin, como mienten los árabes: siempre y con motivo ó sin él.

Es uno de los aspectos más sorprendentes é incomprensibles del carácter indígena: la mentira. Esos hombres en quienes el islamismo ha encarnado hasta el punto de formar parte de ellos, de modelar sus instintos, hasta modificar la raza entera y á diferenciarla de las otras en lo moral, como un negro se diferencia del blanco por el color, son embusteros hasta el extremo de no poder fiar jamás en sus palabras. ¿Es culpa de su religión? Lo ignoro. Pero hay que haber vivido entre ellos para saber que la mentira forma parte de su sér, de su corazón, de su alma y se ha convertido para ellos en una segunda naturaleza, en una necesidad de la vida.

Me contó que era hija de un caid de los Uled Sidi Cheik y de una mujer arrebatada por él en una razzia contra los tuaregs. Aquella mujer debía tener sangre negra en las venas ó provenir de un primer cruce de árabe y negra.

Pero sólo era visible tal origen en el color purpúreo de los labios y en las fresas oscuras de sus pechos firmes y resistentes, como si tuviesen resor-

tes. Pero todo lo demás pertenecía á esa bella raza del Sur blanca, esbelta, cuyo rostro tiene líneas finas y rectas como la cabeza de una imagen india. Los ojos, muy separados, aumentaban aún la expresión mística de esa vagabunda del desierto.

De su existencia verdadera nada supe. Me la contó á trozos, por detalles incoherentes que brotaban de su memoria desordenada. Mezclaba á sus relatos observaciones deliciosamente pueriles, toda una visión del mundo nómada surgida de un cerebro de ardilla que ha saltado de tienda en tienda, de campamento en campamento, de tribu en tribu.

Y me contaba todo esto con expresión muy seria, con esa gravedad de los árabes, que tantas veces resulta cómica.

Cuando acabó advertí que no recordaba nada de tan larga historia llena de acontecimientos insignificantes, almacenados en su cabeza alocada, y me preguntaba á mí mismo si no se entretuvo en burlarse de mí con tal charla descosida, que nada en definitiva me explicaba de su existencia ni de la de los demás.

Y pensaba en ese pueblo vencido entre cuyos habitantes vivimos, del que empezamos á hablar la

lengua, que vemos de continuo á través de sus tiendas, al cual imponemos nuestras leyes, y del que no sabemos nada, absolutamente nada á pesar de que hace ya sesenta años que le estudiamos. Y lo propio que sucede con los árabes nómadas ocurre con los que habitan en las ciudades. La tela de las tiendas, las ramas del gurbi, la pared encalada de la casa, encierra hombres desconocidos para nosotros, misteriosos, sumisos, sonrientes, impenetrables.

A veces, mirando con mis gemelos el campamento cercano, adivino que tienen supersticiones y ceremonias que ignoramos, que no sospechamos siquiera. Quizá jamás un pueblo conquistado á viva fuerza ha sabido substraerse tan por completo á la dominación real, á la influencia moral y á la investigación tan sostenida como inútil de su vencedor.

Esta infranqueable y secreta barrera que la naturaleza ha levantado entre las razas, la sentía de pronto entre esa muchacha y yo, entre esa mujer que acababa de entregar su cuerpo á mis caricias y yo que la había poseído.

Le pregunté pensando en ello:

—¿Cómo te llamas?

Había estado unos minutos sin hablar y la vi estremecerse como si hubiese olvidado que yo estaba junto á ella. Entonces adiviné en sus ojos que me miraba, que aquel breve espacio había bastado para que se apoderase de ella un sueño brusco é irresistible, casi fulmíneo, como todo lo que se apodera de los sentidos de las mujeres.

Contestó perezosamente, conteniendo un bostezo:

—Atuma.

Añadí:

—¿Tienes sueño?

—Sí.

—¡Duerme!

Se tendió tranquilamente á mi lado, de bruces, con la frente descansando sobre sus brazos cruzados, y casi en seguida sentí que su pensamiento alocado de salvaje se había extinguido en el descanso.

Yo empecé á reflexionar. ¿Por qué me la cedía Mohammed? ¿Había obrado á fuer de servidor magnánimo cediéndome la mujer que para él conquistara, ó bien obedeció á un pensamiento más complejo, más práctico y menos generoso echando en mi cama aquella mujer que me había gustado? El

árabe, en materia de mujeres, tiene todos los pudores y todas las complacencias, así es que tampoco hay modo de entender su moral. Quizá al entrar en su tienda no hice más que descubrir una mujer que aquel criado previsor me destinaba.

A fuerza de pensar me cansé y poco á poco quedé dormido.

Me despertó el chirrido de la puerta; Mohammed entraba, como cada mañana, para despertarme. Abrió la ventana, por la que entró un chorro de luz que alumbró el cuerpo de Aluma, que aun dormía; luego recogió el pantalón, el chaleco y la chaqueta para cepillarlos. No dirigió ni una mirada á la mujer que estaba tendida á mi lado, como si no advirtiera que estaba allí, y tenía el mismo aspecto, igual gravedad que de costumbre. Pero la luz, el movimiento, el ligero ruido de pasos del criado, la sensación del aire en su piel y en sus pulmones, sacaron á Aluma de su modorra. Estiró los brazos, se volvió, abrió los ojos, me miró, miró á Mohammed con igual indiferencia y se sentó. Luego dijo:

—Tengo apetito.

—¿Qué quieres comer?—le pregunté.

—Kahuá.

—¿Café y pan con manteca?

—Sí.

Mohammed, cerca de la cama, con mi traje en el brazo, esperaba órdenes.

—Trae almuerzo para Aluma y para mí, le dije.

Y salió sin que su cara revelase el menor asombro ó la más leve contrariedad.

Cuando hubo salido pregunté á la joven mora:

—¿Quieres vivir conmigo?

—Sí.

—Te daré una habitación para ti sola y una mujer para servirte.

—Eres generoso y te doy gracias.

—Pero si no te portas bien te arrojaré de aquí.

—Haré lo que de mí exijas.

Me tomó la mano y me la besó en señal de sumisión.

Mohammed entraba el almuerzo en una bandeja.

Le dije:

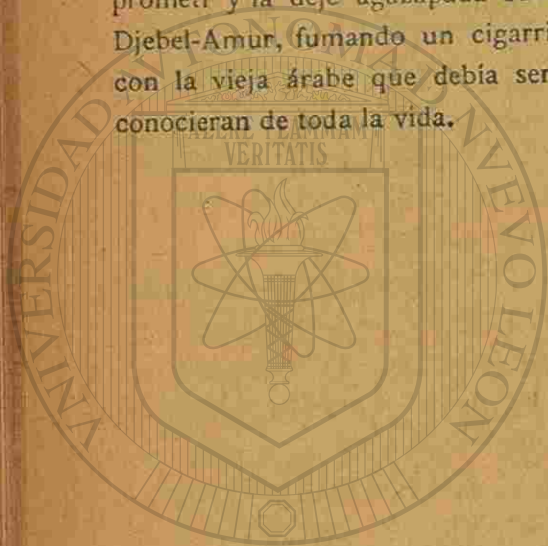
—Aluma se queda en casa. Pon alfombras en la habitación del final del corredor y haz venir, para servirla, la mujer de Abd-el-Kader-el-Hadara.

—Sí, señor.

Y no hubo más.

Una hora después mi linda árabe estaba instalada en un gran cuarto claro, y al entrar yo para ente-

rarme de si faltaba algo, me pidió, en tono suplicante, que le regalara un armario de luna. Se lo prometí y la dejé agazapada sobre una tapiz de Djebel-Amur, fumando un cigarrillo y charlando con la vieja árabe que debía servirla, como si se conocieran de toda la vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

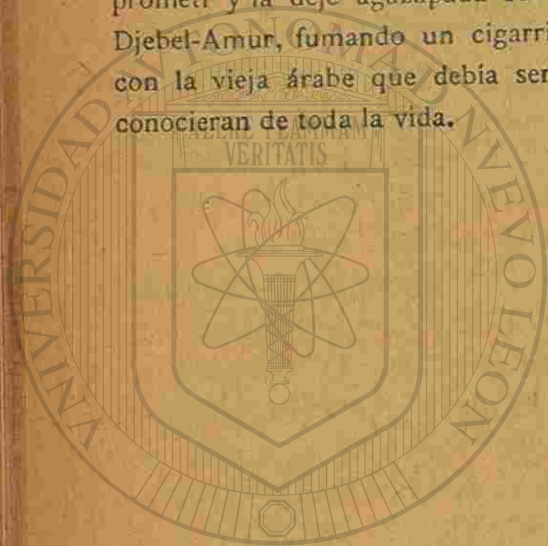
II

Durante un mes fui muy feliz con ella y me encapriché por aquella mujer de otra raza, que casi me parecía de otra especie, como si hubiese nacido en un planeta vecino.

No la amaba, porque no puede amarse á las hijas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, ni aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, no se abre nunca la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón harto rudimentario, una sensibilidad demasiado poco afinada para despertar en nuestras almas la exaltación sentimental que es la poesía del amor. Rada intelectual, ninguna embriaguez del pensamiento se mezcla á la embriaguez sensual que provocan en nosotros esos seres encantadores y nulos.

Miss Harriet—8

rarme de si faltaba algo, me pidió, en tono suplicante, que le regalara un armario de luna. Se lo prometí y la dejé agazapada sobre una tapiz de Djebel-Amur, fumando un cigarrillo y charlando con la vieja árabe que debía servirla, como si se conocieran de toda la vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Durante un mes fui muy feliz con ella y me encapriché por aquella mujer de otra raza, que casi me parecía de otra especie, como si hubiese nacido en un planeta vecino.

No la amaba, porque no puede amarse á las hijas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, ni aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, no se abre nunca la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón harto rudimentario, una sensibilidad demasiado poco afinada para despertar en nuestras almas la exaltación sentimental que es la poesía del amor. Rada intelectual, ninguna embriaguez del pensamiento se mezcla á la embriaguez sensual que provocan en nosotros esos seres encantadores y nulos.

Miss Harriet—8

Se apoderan de nosotros, sin embargo; pero de un modo menos tenaz, menos completo, menos doloroso que las otras mujeres.

Lo que experimenté por Aluma no lo sabría explicar de un modo preciso. Le decía no hace mucho que este país, esta Africa desolada, nos seduce por un encanto oculto y poderoso, por la belleza constante de las auroras y de las noches, por su luz deliciosa, por el bienestar discreto que otorga á nuestros cuerpos. Pues bien, Aluma me enamoró por mil atractivos ocultos, puramente físicos, por la seducción penetrante, si no de sus abrazos, porque tenía una pasividad oriental, de sus dulces abandonos.

La dejaba enteramente libre de hacer lo que le viniera en gana, y se pasaba muchas tardes en el campamento vecino, con las mujeres de mis labradores indígenas. A veces se pasaba casi todo un día mirándose en el espejo del armario. Se admiraba á sí misma, y seguía con gran atención en el cristal todos sus movimientos. Andaba, se volvía; se detenta, se alejaba, se acercaba, y cuando al cabo parecía cansada de tantas idas y venidas, se sentaba en un almohadón y permanecía horas y horas ante sí misma.

Noté en una ocasión que desaparecía después de almorzar y que no volvía hasta la hora de la comida.

Un tanto inquieto, pregunté á Mohammed qué podía hacer Aluma durante aquellas horas.

—No le haga caso; se acerca Ramadán; debe rezar.

A Mohammed le encantaba también la presencia de Aluma en la casa; pero nunca descubrí entre ellos ninguna señal de inteligencia ni la menor turbación si llegaba de improviso y estaban juntos.

Aceptaba, pues, la situación tal como era, sin comprenderla.

A menudo, después de inspeccionar mis viñedos, daba yo largos paseos por el campo, pues si ha seguido usted alguna de las comarcas de esta tierra, debe saber que en ninguna parte es posible encontrar paisajes tan originales y bellos. En el curso de esos paseos hallaba á veces la blanca cúpula de una kubba que guardaba los restos de un humilde marabut, apenas visitado por algunos fieles que llevaban consigo una vela para encenderla en honor del santo.

Una tarde, al volver á casa, vi una de esas capillas moras, y mirando por la puerta, siempre abierta, vi

á una joven que rezaba ante la reliquia. Era un cuadro encantador, ver aquella mora sentada en el suelo, cubierto aquí y allá de montones de hojarasca.

Me acerqué para ver mejor y reconocí á Aluma. No me vió ni me oyó, absorta como estaba en sus devociones. Hablaba á media voz con el santo, creyéndose bien sola, contando al siervo de Dios todas sus preocupaciones. A veces callaba un momento como para recordar lo que tenía que decir, y á veces se animaba como si el marabut le hubiese contestado, aconsejándole algo que ella no quería hacer y que rechazaba á fuerza de razones.

Me alejé sin ruido y me fuí á casa á comer.

Por la noche la hice venir, y vi que tenía un aspecto preocupado que no le era habitual.

—Siéntate aquí —le dije indicándole un sitio á mi lado.

Se sentó, y como yo me inclinase para besarla, apartóse con viveza.

Quedé estupefacto.

—¿Qué te pasa?

—Es Ramadán.

Me eché á reír.

—¿Y el marabut te ha prohibido dejarte besar en Ramadán?

—Sí, yo soy una mora y tú eres un rumí.

—¿Y sería gran pecado?

—¡Ya lo creol

—¿De modo que no has comido nada hasta la puesta del sol?

—No, nada.

—Pero una vez puesto el sol ¿has comido?

—Sí.

—Bueno; puesto que ya es de noche, no puedes ser más severa para lo demás que para la boca.

Parecía crispada, ofendida, y dijo con una alternería que no noté jamás en ella:

—Si una muchacha mora se dejaba tocar por un rumí durante el Ramadán, quedaría maldita para siempre.

—¿Y esto durará un mes?

Contestó con firmeza:

—Sí, todo el Ramadán.

Cogió mis manos y poniéndolas sobre su corazón, dijo:

—No seas malo; ya verás qué cariñosa seré. Haremos juntos el Ramadán. ¿Quieres? Te cuidaré, te mimaré; pero no seas malo.

No pude menos de sonreírme por lo desolada que estaba y la envié á dormir á su habitación.

Una hora después, cuando iba ya á acostarme, of unos golpecitos suaves.

Dije: «Adelante», y vi á Aluma que traía una gran bandeja cargada de dulces árabes, á cual más estrafalario.

Ella reía, enseñando los blancos dientes, y decía:

—Haremos el Ramadán juntos.

Supongo que sabe usted que el ayuno, empezado al amanecer, termina al ponerse el sol. Entonces es cuando se hacen las comidas íntimas. Y resulta de ello que los indígenas de la manga ancha se limitan, durante el Ramadán, á hacer de la noche día. Pero Aluma era más escrupulosa. Instaló su bandeja entre los dos en el diván y tomando una bolita azucarada, me la puso en la boca diciendo:

—Es bueno, come.

Comí el dulce que era muy bueno, en efecto, y le pregunté:

—¿Eres tú quién ha hecho esto?

—Sí, yo.

—¿Para mí?

—Sí, para ti.

—¿Para hacerme sufrir el Ramadán?

—Sí, no seas malo. Te traeré dulces cada día.

¡Qué mes tan tremendo! Un mes azucarado, du-

zón, aburrido, un mes de mimos y tentaciones, de cóleras y de esfuerzos vanos contra una resistencia invencible.

Luego, cuando llegaron los tres días del Beirám los celebré á mi manera y se olvidó la cuaresma.

Pasó el verano, que fué muy riguroso. Al empezar el otoño Aluma me pareció preocupada, distraída, aburrida de todo.

Una noche, al hacerla llamar no la hallaron en su cuarto. Pensé que estaría por la casa y mandé que la buscaran. No había vuelto. Abrí la ventana y llamé:

—¡Mohammed!

Me contestó la voz de mi criado:

—¡Señor!

—¿Sabes dónde está Aluma?

—No, señor, no es posible. ¿Aluma perdida?

Algunos instantes después entraba el árabe en mi cuarto muy trastornado. Me preguntó:

—¿Aluma perdida?

—Sí, no parece.

—¿Es posible?

—Busca, hombre.

Permanecía en pie reflexionando, pensando, buscando. Luego entró en el cuarto de Aluma, cuyos

vestidos estaban tirados por el suelo. Examinó todo como un policía y después, incapaz de un esfuerzo prolongado, murmuró con resignación:

—¡Marchado, ha marchado!

Yo temía un accidente, una caída, é hice que los hombres todos de la tribu la buscasen por el campo y por los bosques.

La buscaron toda la noche y el día siguiente y durante toda la semana. No se descubrió ninguna huella que nos revelara su pista. Yo padecía; sentía que aquella mujer me era necesaria. Mi casa se me antojaba vacía y mi existencia desierta. Temía que la hubiesen arrebatado ó asesinado. Y cuando hablaba de esto á Mohammed, siempre obtenía la misma respuesta:

—No, marchado.

Luego añadía la palabra árabe «r'ezale» que quiere decir gacela, como para expresar que corría aprisa y que estaba lejos.

Pasaron tres semanas y ya no esperaba volver á ver á mi querida mora, cuando una mañana entró Mohammed muy alborozado y me dijo:

—Señor, Aluma vuelto.

Salté de la cama y pregunté:

—¿Dónde está?

—¡No se atreve á venir! ¡Allá, bajo el árbol!
Y con el brazo tendido señalaba una forma blanca junto á un olivo.

Me levanté y salí. Cuando me aproximé á aquel fardo de ropa que parecía tirado al pie del árbol, reconocí los ojos oscuros y la cara ovalada y regular de la muchacha salvaje que me había seducido. A medida que avanzaba, sentía ganas de pegarla, de hacerla padecer. Desde lejos grité:

—¿De dónde vienes?

No contestó y permanecía inmóvil, inerte, resignada á sufrir mis violencias, mis golpes.

Estaba ya junto á ella y miraba con estupor los andrajos que la cubrían, aquellos harapos de seda y lana, sucios de polvo, desgarrados, sórdidos.

Repetí, levantando la mano como si se tratase de un perro:

—¿De dónde vienes?

Ella murmuró:

—De allá bajo.

—¿De dónde?

—De la tribu.

—¿De qué tribu?

—De la mía.

—¿Por qué marchaste?

Viendo que no la pegaba, cobró ánimo y dijo á media voz:

—Era preciso... era preciso... no podía vivir más en la casa.

Vi lágrimas en sus ojos y me estremecí como un tonto. Me incliné hacia ella y al sentarme vi á Mohammed que nos espiaba desde lejos.

Añadí con cariño:

—Ea, dime por qué marchaste.

Entonces me contó que desde mucho tiempo antes experimentaba en su corazón de nómada el deseo irresistible de volver á las tiendas, de dormir, correr y revolcarse por la arena, de correr de llanura en llanura con el ganado y de no sentir sobre su cabeza más que la delgada tela de la tienda recomendada, á través de cuyos agujeros se ven los luceros cuando uno se despierta durante la noche.

Me explicó todo esto en términos sencillos y convincentes. Vi que no mentía y me inspiró lástima.

—¿Por qué no me has dicho que deseabas irte unas semanas?

—Porque no hubieses querido...

—Si me hubieses prometido volver, te lo consentía.

—No me habrías creído.

Viendo que no estaba enfadado, se refa, y añadió:

—¿Ves? Se acabó. He ido á mi casa y ya estoy de vuelta. Ya estoy saciada, ya estoy curada. He vuelto y ya estoy bien. Estoy muy contenta. Veo que no eres malo.

—Ven á casa—le dije.

Se levantó. Tomé su mano de dedos afilados, y triunfante bajo sus pingajos, sonando todos sus collares y ajorcas, se dirigió gravemente hacia nuestra morada, donde nos aguardaba Mohammed.

Antes de entrar dije:

—Aluma, cada vez que tengas ganas de volver á tu casa me lo dices y te dejaré marchar.

Me preguntó con desconfianza:

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Yo también te lo prometo. Cada vez que sienta la tristeza—y llevó ambas manos á la frente con ademán magnífico—te diré: «Necesito marcharme,» y tú me dejarás partir.

La acompañé á su cuarto, seguido de Mohammed que traía agua, porque no se había avisado aún la criada vieja que la servía.

Al entrar vió el espejo del armario y corrió hacia

él como se corre hacia una madre. Se miró algunos instantes, hizo un visaje, y luego dijo al cristal:

— Espera, tengo vestidos de seda en el armario. Dentro de poco ya seré guapa.

Y la dejé sola, coqueteando consigo misma.

Empezó de nuevo la existencia de antes y continuó el imperio puramente físico que sobre mí ejercía aquella chica, por la que experimentaba una especie de desdén paternal.

Durante seis meses todo salió á pedir de boca; luego vi que de nuevo estaba nerviosa, un tanto triste. Le dije un día:

— ¿Quieres volver á tu casa?

— Sí, lo quiero.

— ¿No te atrevías á decírmelo?

— No.

— Vete: te lo permito.

Cogió mis manos y me las besó, como hacía en todos sus impulsos de reconocimiento, y al día siguiente había desaparecido.

Volvió, como la primera vez, al cabo de tres semanas, llena de polvo, astrosa, con la tez quemada por el sol. En dos años fué cuatro veces á su casa.

Volví yo á tomarla alegremente, sin celos, pues

los celos nacen del otro amor. Quizá la matara si la sorprendiese engañándome; pero la matara por pura violencia, como se mata un perro que no obedece. Pero no hubiese sentido el fuego devorador, los tormentos de los celos del norte. Digo que quizá la matara como á un perro mal mandado. La amaba, en efecto, como se ama á un animal muy raro, perro ó caballo, imposible de reemplazar. Era un animal admirable, sensual, que tenía cuerpo de mujer.

No podría decirle qué distancia inconmensurable separaba nuestras almas, aun cuando nuestros corazones habían latido al unísono. Era algo indispensable para mí, una costumbre muy agradable á la que no podía renunciar el hombre carnal, el que tiene ojos y sentidos.

Y he ahí que una mañana Mohamme dentro en mi habitación con la cara trastornada, como si ocurriese una catástrofe.

Yo le dije, al notar lo:

— ¿Eh? ¿Qué pasa?

— Aluma marchado. Me eché á reír.

— ¿Adónde?

— Marchado del todo.

—¡Cómo!

—Sí, señor.

—Estás loco, muchacho.

—No, señor.

—¿Por qué ha marchado? ¡Explícate!

Permanecía inmóvil, sin querer hablar; luego, de pronto, tuvo una de aquellas explosiones de cólera árabe que nos hacen detener en las ciudades orientales ante dos energúmenos que, perdida su gravedad y mesura, vociferan y manotean.

Pude sacar en limpio que Aluma se había marchado con mi pastor.

Tuve que calmar á Mohammed y arrancarle los detalles uno á uno.

Mucho tardé, y supe por fin que desde ocho días antes espiaba á mi querida que daba citas, en un torrente cubierto de adelfas, á un vagabundo que el mes antes había alquilado como pastor mi intendente.

La noche última Mohammed la había visto salir, pero no volver, y repetía exasperado:

—¡Marchado, señor, marchado!

No sé por qué, pero lo cierto es que no dudé un momento, que creí en seguida en su fuga con el vagabundo. Era absurdo, inverosímil y cierto, sin em-

bargo, por virtud de que lo irracional es la única lógica de las mujeres.

Angustiado, colérico, trataba de recordar las facciones de aquel hombre y me acordé, de repente, que le había visto la semana anterior, rodeado de su rebaño y mirándome. Era una especie de beduino cuyo color se confundía con el de los guiñapos que le cubrían, un tipo de bruto bárbaro, de pómulos salientes, nariz picuda, barba pequeña, piernas descarnadas y una mirada falsa de chacal.

No dudaba de que hubiese huído con aquel miserable. ¿Por qué? Porque era Aluma, la hija del desierto. Otra, en París, hija del arroyo, hubiese huído con mi cochero ó con un ratero.

—Bueno—dije á Mohammed.—Si ha marchado, tanto peor para ella. Tengo que escribir. Déjame solo.

Se fué, sorprendido de mi calma. Yo me levanté, abrí la ventana y respiré el aire cálido del Sur, pues soplabá el sirocco.

Luego pensé:

—Dios mío, es una... una mujer como las otras. ¿Se sabe acaso jamás lo que las mueve á dejar un hombre para tomar otro?

Sí, á veces se sabe—casi siempre se ignora—en ocasiones se duda.

¿Por qué desapareció con aquel bruto repugnante? Quizá porque el viento soplaba del Sur hacía un mes.

¡Esto basta: un soplo! ¿Sabe ella, saben las otras, aun las más listas y afinadas, el por qué de sus actos? Ni más ni menos que una veleta que gira según sopla el viento. Una brisa insensible hace dar vueltas á la flecha de hierro, lo propio que una influencia imperceptible, una impresión ligerísima impulsan el corazón variable de las mujeres, ya sean de las ciudades, del campo, de los arrabales ó del desierto.

Pueden saber luego, si razonan y comprenden, por qué hicieron esto ó lo otro; pero de momento lo ignoran, pues son juguete de su sensibilidad, esclavas aturdidas de los acontecimientos, del ambiente, de las emociones, de los encuentros y de los roces que estremecen su alma y su carne.

El señor Auballe se había levantado. Dió algunos pasos, me miró y dijo sonriendo:

— Este es un amor del desierto.

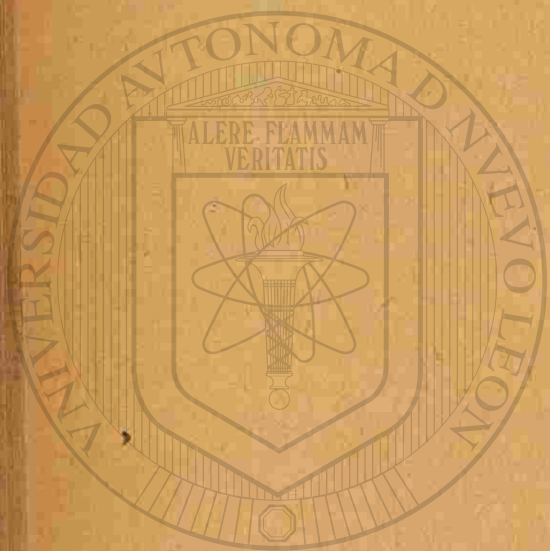
Yo pregunté:

— ¿Y si volviera?

— Aunque es una estúpida... me alegraría.

— ¿Y le perdonaría usted el pastor?

— Sí. Con las mujeres es preciso perdonar siempre... ó ignorar.



HAUTOT PADRE É HIJO

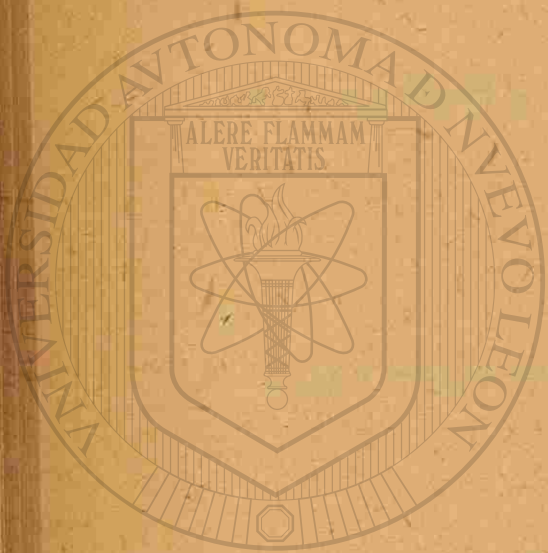
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

CAPILLA ALFONSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hautot padre é hijo

Ante la puerta de la casa, medio granja, medio castillo, una de esas habitaciones rurales mixtas que fueron casi señoriales y que ahora pertenecen á ricos labradores, ladraban y aullaban los perros al ver las escopetas y morrales que traían el guarda y los muchachos. En el gran comedor-cocina, Hautot padre, Hautot hijo, el señor Bermont, maestro de escuela, y el señor Mondaru, notario, tomaban un bocado y echaban un trago antes de salir á caza, pues aquel día terminaba la veda.

Hautot padre, orgulloso de cuanto poseía, ponderaba por adelantado la caza que los invitados cobrarían en sus tierras. Era un normando, uno de esos hombres sanguíneos, huesudos, que levanta-

tan con la espalda un carro cargado de manzanas. Medio labrador, medio caballero, rico, respetado, influyente, autoritario, había hecho estudiar el bachillerato á su hijo César para que fuese instruído; pero allí hizo que terminasen sus estudios para evitar que se convirtiese en un ciudadano y despreciara el campo.

César Hautot, casi tan alto como su padre, pero de complexión menos recia, era un buen muchacho, alegre, contento de todo y lleno de admiración, respeto y deferencia por cuanto hacia ó decia su padre.

El señor Bermónt, el maestro, un hombrecillo rechoncho, y que tenía en las mejillas una red de finas venas violáceas, parecida á los afluentes de un río en un mapa, preguntaba:

—¿Y liebres? ¿Encontraremos liebres?

Hautot respondió:

—Tantas como quiera, sobre todo en el fondo de Puysatier.

—¿Por dónde empezaremos?—interrogó el notario, gordo y barrigudo, enfundado en un traje de caza comprado la semana anterior.

—Por la hondonada, precisamente. Echaremos las perdices á la llanura, y allí las cazaremos.

Hautot se levantó. Todos le imitaron, tomaron las escopetas, examinaron los gatillos, dieron con el pie en el suelo para afirmar mejor los zapatos, y salieron. Los perros, levantándose en el extremo de las traillas, lanzaron agudos aullidos, y batieron el aire con las patas.

Tomaron el camino de la hondonada. Era un vallecito, ó, por mejor decir, una ondulación de tierras de mala calidad, que por lo mismo, estaban incultas y cuajadas de jarales y monte bajo.

Los cazadores se pusieron en línea, Hautot padre á la derecha, su hijo á la izquierda, y los dos invitados en el centro. El guarda y los que llevaban los morrales seguían detrás. Era el instante solemne en que se espera el primer tiro, y los dedos, nerviosos, tocan á cada instante los gatillos.

De pronto sonó ese tiro. Hautot padre había disparado. Todos se detuvieron, y vieron una perdiz que se separaba de una bandada y caía en una torrentera. El cazador, excitado, echó á correr salvando las plantas que le estorbaban el paso, y desapareció á su vez en busca de la pieza.

Casi en seguida resonó otro disparo.

—¡Ah, pillastre!—gritó el maestro;—habrá encontrado alguna liebre.

El notario, haciendo portavoz con las manos, vociferó: «¿Las ha cobrado usted?» Hautot no respondió. Entonces César, volviéndose hacia el guarda, dijo:

—Vé á ayudarle, José. Hay que adelantar en línea. Esperaremos.

José, que era un hombre amojamado, gran andarín, bajó á la torrentera sin apresurarse, buscando el mejor camino con precauciones de raposa. De pronto gritó:

—¡Venid! ¡Venid! Ha ocurrido una desgracia.

Todos acudieron, hundiéndose entre los zarzales. Hautot, caído de lado, desmayado, tenía ambas manos en el vientre, de donde se escapaban, á través de la tela de su blusa desgarrada por el plomo, varios hilos de sangre. Soltando el fusil para coger la perdiz, lo dejó caer y se disparó, con tan mala suerte, que toda la carga del otro cañón le dió en las entrañas.

Le sacaron de la torrentera y al desnudarle vieron una gran herida, por la cual se escapaban los intestinos. Entonces, después de detener, como mejor supieron, la hemorragia, le llevaron á su casa, y esperaron al médico y al cura.

Quando llegó el doctor, movió gravemente la cabeza y dijo á César:

—Esto presenta mal aspecto, muchacho.

Quando estuvo terminada la cura, el herido movió los dedos, abrió la boca, luego los ojos, lanzó miradas extraviadas, pareció querer recordar, comprender, y murmuró:

—¡Voto val Ya tengo mi cuenta.

El médico le sostenía la mano.

—No, no; con unos días de reposo se arregla todo.

Hautot replicó:

—Sé lo que me digo. Tengo el vientre destrozado.

Y añadió:

—Quiero hablar á mi hijo si tengo tiempo.

César lloraba como un niño y repetía:

—¡Papá, papá, pobre papá!

Pero su padre dijo en tono firme:

—No llores; no es hora de llorar. Te he de hablar. Acércate; más. Pronto estaré listo y luego quedaré tranquilo. Salgan ustedes un minuto, si gustan.

Todos salieron dejando al hijo frente á su padre. Apenas estuvieron solos:

—Oye, hijo; ya tienes veinticuatro años y se te puede hablar como á un hombre. Además, es pre-

ciso. Sabes que tu madre murió hace siete años y que yo no tengo más de cuarenta y cinco, pues me casé á diecinueve ¿verdad?

Su hijo balbuceó:

—Sí, es verdad.

Su padre, anhelante, pálido y con el rostro contraído, continuó:

—¡Qué dolor! ¡Ya! ¿Comprendes? El hombre no ha de vivir solo, pero no quería darte una madrastra porque le prometí á tu madre que no lo haría. ¿Comprendes?

—Sí, padre.

—Pues bien, tengo una muchacha en Ruán, calle del Eperlán, 18, tercer piso, segunda puerta; no lo olvides; una muchacha que me ha sido adicta, cariñosa, buena, como una esposa... ¿Comprendes, hijo?

—Sí, padre.

—Así, si muero, le debo algo, algo que la ponga al abrigo de toda necesidad. ¿Entiendes?

—Sí, padre.

—Te digo que es una buena muchacha; buena del todo. A no ser por ti, y por el recuerdo de tu madre, y por esta casa en que hemos vivido los tres, la habría traído aquí y me hubiese casado con

ella... ¡Oye... oye, hijo mío... hubiese podido hacer un testamento... no lo he hecho! ¡No lo he hecho... no hay que escribir estas cosas... causan demasiado daño á los legítimos... y luego lo embrolla todo y arruina á todos! No hay que emplear jamás el papel sellado. Si soy rico es porque jamás he firmado uno. ¿Comprendes, hijo?

—Sí, padre.

—Escucha, escucha bien... No he querido hacer testamento... Sé que no eres avaro, que tienes buen corazón. Pensaba hablarte de ello al morir y recomendarte la muchacha: Carolina Donet, calle de Eperlán, 18, tercero, segunda puerta; no lo olvides. Oye aún. Vé en seguida que muera y haz que no se queje de mi memoria. Puedes hacerlo... Te dejo bastante... Oye... Durante la semana no se la encuentra en casa; trabaja en el taller de madame Moreau, calle Beauvoisine. Vé el jueves. Es mi día. Hace seis años que voy los jueves; me espera. ¡Cuánto llorará, pobrecilla!... Te digo esto porque te conozco bien, hijo mío; estas cosas no se cuentan á nadie, ni al notario, ni al cura. Esto se hace, todo el mundo lo sabe, pero no se dice á menos de ser necesario. Sólo debes saberlo tú que eres toda mi familia. ¿Comprendes?

—Sí, padre.

—¿Me lo prometes?

—Sí, padre.

—¿Lo juras?

—Sí, padre.

—Te lo ruego, te lo suplico, hijo mío, no lo olvides.

—No, padre.

—Irás tú mismo. Quiero que lo arregles tú todo.

—Sí, padre.

—Y luego verás... verás lo que te dirá; yo no te puedo decir más. Está jurado.

—Sí, padre.

—Bien, hijo mío; abrázame. Adiós. Voy a morir, estoy seguro. Diles que entren.

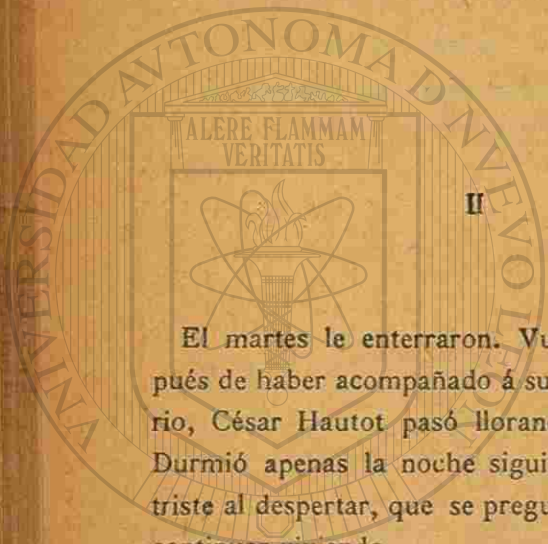
Hautot hijo besó a su padre llorando y luego, siempre dócil, abrió la puerta y entró el cura con sobrepelliz blanco, llevando los Santos Óleos.

Pero el moribundo había cerrado los ojos y rehusó abrirlos, rehusó contestar y hasta, por una señal, demostrar que oía.

Había hablado bastante y ya no podía más. Sentía, por otra parte, aliviado su corazón y quería morir en paz. ¿Qué necesidad tenía de confesarse al ministro de Dios cuando acababa de confesarse a su hijo?

Fue administrado, purificado, absuelto, entre sus amigos y servidores arrodillados, sin que un solo movimiento de su cara revelase que vivía aún.

Murió a media noche, después de cuatro horas de estremecimientos que revelaban horribles padecimientos.



El martes le enterraron. Vuelto á su casa después de haber acompañado á su padre al cementerio, César Hautot pasó llorando el resto del día. Durmió apenas la noche siguiente, y se sintió tan triste al despertar, que se preguntaba cómo podría continuar viviendo.

Peró pensó que para cumplir la última voluntad paternal debía ir á Ruán al otro día y ver á Catalina Donet que vivía en la calle del Eperlán, 18, tercero, segunda puerta. Había repetido en voz baja este nombre y dirección, un número incalculable de veces para no olvidarlos y ahora los balbuceaba de continuo, sin pensar en otra cosa, pues su lengua y su mente parecían no saber más que aquellas palabras.

El jueves, á las ocho, ordenó que enganchasen el tilbury y partió al trote largo del caballo por la carretera de Ainville á Ruán. Llevaba levita negra y sombrero de copa, y no quiso ponerse la blusa azul que evita el polvo y las manchas y que se deja al saltar del coche.

Entró en Ruán cuando daban las diez, se detuvo, como de costumbre, en el hotel de los Bons-Enfants en la calle de las Trois-Mares, sufrió los pésames del patrón, de la patrona y de cinco hijos, pues ya sabían la triste nueva; luego tuvo que relatar los detalles del incidente, lo cual le hizo llorar y rechazar los servicios de aquella gente que le atendían porque sabían que era rico, y rehusar hasta su almuerzo, lo cual les enojó.

Después de limpiar el sombrero y cepillar la levita y las botas, fué en busca de la calle del Eperlán, sin atreverse á preguntar á nadie, por temor á ser reconocido y á despertar sospechas.

Por fin, no hallándola y viendo á un cura se dirigió á él, confiando en la discreción profesional de la gente de iglesia, y le preguntó por la calle.

Precisamente estaba cerca. Apenas tenía que andar cien pasos.

Entonces vaciló. Hasta aquel momento había

cumplido la voluntad del muerto. Ahora se sentía confuso, agitado, humillado al pensar que iba á encontrarse delante de aquella mujer que fuera la querida de su padre. Toda la moral que duerme en el fondo de nuestra alma por siglos enteros de enseñanza hereditaria, todo lo que supo acerca de las muchachas de mala vida, el desprecio instintivo que todo hombre siente por ellas, aun cuando se case con una, toda su honradez ignorante y limitada de campesino, todo aquello se agitaba en él, le contenta y le producía vergüenza y rubor.

Pero pensó: «He prometido á mi padre. No es posible faltar.» Entonces empujó la puerta entreabierta de la casa señalada con el número 18, vió una escalera sombría, subió tres pisos, llegó á la segunda puerta, encontró un cordón de campanilla y tiró de él.

El ruido que produjo dentro de la habitación le hizo estremecer. Se abrió la puerta y se halló en frente de una señora joven muy bien vestida, morena, de buenos colores, que le miraba asombrada.

No sabía qué decirle, y ella, que no sospechaba lo ocurrido y que esperaba al otro, no le invitaba á entrar. Así se contemplaron medio minuto y por fin ella preguntó:

—¿Qué desea usted, caballero?

El murmuró:

—Soy el hijo de Hautot.

Ella se estremeció, se puso pálida y balbuceó, como si le conociera de tiempo atrás:

—¿Don César?

—Sí.

—¿Qué desea?

—He de hablarle de parte de mi padre.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó ella, apartándose para dejarle pasar. El cerró la puerta y la siguió.

Entonces advirtió que había allí un niño de cuatro ó cinco años que jugaba con un gato, sentado en el suelo ante un hornillo donde había varios platos que humeaban.

— Siéntese usted—dijo la joven.

Se sentó. Ella preguntó:

—¿Deseaba usted...?

César no se atrevía á hablar. Miraba la mesa puesta en el centro de la habitación. Tenía tres cubiertos, uno de ellos de niño. Miraba la silla de espaldas á la lumbre, los platos, la servilleta, la botella de vino tinto empezada, la de vino blanco intacta. ¡Era el sitio de su padre, de espaldas al fuego! ¡Le esperaban! Aquel pan era el suyo; lo

veña porque era casi todo miga, ya que habían quitado la corteza dura por los malos dientes de Hautot. Luego, levantando los ojos vió su retrato, la gran fotografía hecha en París el año de la Exposición, la misma que había en el dormitorio de Ainville.

La joven añadió:

—¿Y bien, don César?

La miró. La angustia la había hecho palidecer y esperaba, temblándole de susto las manos.

Entonces se atrevió.

—Pues bien, señorita, papá murió el domingo, yendo de caza.

Quedó tan trastornada que no se movió. Después de unos instantes de silencio murmuró con voz apagada:

—¡Oh! Es imposible.

Luego, de pronto, se le llenaron los ojos de lágrimas y levantando las manos se cubrió la cara y sollozó.

El niño volvió la cabeza y al ver llorar á su madre, chilló. Después, comprendiendo que aquella pena súbita la había causado el desconocido, se abalanzó á César y cogiéndole con una mano el pantalón le aporreaba el muslo con toda su fuerza.

Y César estaba asombrado y enternecido entre aquella mujer que lloraba á su padre y aquel niño que defendía á su madre. Sentíase él mismo conmovido y á punto de llorar. Para no hacerlo, se puso á hablar.

—Sí,—decía—la desgracia ocurrió el domingo á las ocho...

Y contaba, como si ella le escuchara, la tremenda escena, sin olvidar ningún detalle, con la minuciosidad de los campesinos. Y el niño continuaba pegándole donde podía.

Cuando llegó al momento en que Hautot le habló de ella, oyó su nombre, descubrió la cara y dijo:

—Dispense usted, no le atendía... Quisiera saber... ¿Quiere decirme otra vez...?

César lo repitió en los mismos términos: «La desgracia ocurrió el domingo á las ocho»...

Y lo detalló todo, haciendo pausas, formulando reflexiones de cuando en cuando. Ella le escuchaba con ayidez, percibiendo con su sensibilidad nerviosa de mujer todas las peripecias que él contaba y lanzando á veces exclamaciones de horror. El niño, creyéndola calmada había dejado en paz á César y escuchaba también, como si comprendiera.

Cuando terminó el relato, dijo César:

—Ahora vamos á arreglarnos juntos conforme á su deseo. Oiga usted. Yo estoy acomodado; me dejó bienes. No quiero que usted pueda quejarse...

Ella le interrumpió con viveza:

—¡Oh, don César, hoy no! Tengo el corazón destrozado... otra vez, otro día... No, ahora no... Si acepto, oiga... no es por mí... no, no, se lo juro. Es por el niño. Y pondremos la cantidad á su nombre.

Entonces César, asustado, adivinó, y dijo:

—¿Es de él... el niño?

—Sí—contestó ella.

Y César miró á su hermano con una emoción confusa, fuerte y penosa.

Después de un largo silencio, pues ella lloraba de nuevo, César dijo:

—Bien, entonces, señorita Donet, me marcho.

¿Cuándo quiere usted que hablemos de eso?

Ella exclamó:

—¡Oh, no! ¡No se marche usted, no me deje sola con Emilio! Me moriría de pena. No tengo á nadie, á nadie más que el niño. ¡Oh! ¡Qué desgracia, don César, qué desgracia! Siéntese usted. Hábleme. Me contará usted lo que hacía en el pueblo toda la semana.

César se sentó.

Entonces acercó la joven una silla para ella, ante el hornillo, tomó á Emilio en brazos y preguntó á César mil cosas acerca de su padre, cosas íntimas que denotaban que había amado á Hautot de todo corazón.

Y por encadenamiento natural de ideas, volvió á hablar del accidente, que contó de nuevo con todos sus detalles.

Cuando dijo: «Tenía un agujero en el vientre en el que hubieran cabido los dos puños,» ella lanzó un alarido y volvió á sollozar. Entonces, contagiado, César se echó á llorar también, y como las lágrimas enternecen siempre el corazón, se inclinó hacia Emilio y le besó en la frente.

Su madre murmuró:

—¡Pobrecillo! Ya es huérfano.

—Yo también—replicó César.

Y no hablaron más.

Pero de pronto se despertó en Catalina el instinto práctico de las mujeres caseras.

—¿Quizá no ha almorzado usted, don César?

—No, señorita.

—Debe usted sentir hambre. Coma usted un bocado.

—Gracias, no tengo apetito; he padecido demasiado.

Ella replicó:

—A pesar de las penas es necesario vivir; no rehuse usted. Así permanecerá usted más tiempo aquí. Cuando se vaya sufrirá más.

Cedió después de alguna resistencia y sentándose de espaldas al fuego y frente á ella comió un plato de callos y bebió un vaso de vino tinto; pero no quiso que descorcharan el blanco.

Muchas veces limpió la cara del niño que se había ensuciado la barba con la salsa.

Cuando se levantaba para marcharse, preguntó:

—¿Cuándo quiere usted que arreglemos eso, señorita?

—Si le viene bien el jueves próximo. Así no perderé tiempo, porque tengo libres los jueves.

—Bien, vendré ese día.

—¿Almorzará usted, verdad?

—¡Oh! Esto no puedo prometérselo.

—Se habla mejor comiendo, y se tiene más espacio.

—Bien; pues al mediodía.

Y se fué después de besar á Emilio y estrechar la mano á la señorita Donet.

III

La semana pareció larga á César Hautot. Jamás había vivido solo y el aislamiento le parecía insostenible. Hasta entonces había vivido al lado de su padre, como su sombra. Le seguía al campo, vigilaba si se cumplían sus órdenes, y cuando le había dejado unas horas, volvía á verle á la de la comida. Pasaban las veladas hablando y fumando, y los cultivos, las vacas, los carneros les daban materia inagotable para su charla. Y el apretón de manos que se daban al levantarse parecía la expresión de un cariño familiar y profundo.

Ahora César estaba solo. Erraba por los campos, esperando siempre ver aparecer la alta estatura, la robusta persona de su padre. Para matar el tiempo entraba en casa de los vecinos y relataba el acci-

dente á los que no lo sabían y lo repetía á otros. Luego, sin saber qué hacer, se sentaba junto á un camino, preguntándose si aquella vida duraría mucho tiempo.

Pensó á menudo en la señorita Donet. Le había gustado. Se veía que era una buena muchacha, no cabía duda. Su padre no se equivocaba al decirse lo. Estaba decidido á mostrarse generoso. Le aseguraría dos mil francos de renta, poniendo el capital á nombre del hijo. Hasta sentía un placer pensando que iba á verla el jueves siguiente y arreglar aquel asunto con ella. Y luego, al recordar que tenía un hermanito, se enternecía y al mismo tiempo se enfadaba. Aquella era una especie de familia para él; podía tomarla ó dejarla á voluntad; pero con ella le era dable hablar de su padre.

Así, cuando estuvo en la carretera, corriendo al trote largo y sonoro de su caballo, se sintió con el corazón más ligero que desde que ocurrió la desgracia.

Entrando en la habitación de la señorita Donet, yió la mesa puesta como el jueves anterior, con la única variante de que no habían quitado la corteza al pan.

Estrechó la mano á la joven, besó á Emilio y se

sentó, sintiéndose casi en su casa, aunque estaba triste. La joven le pareció más flaca y más pálida. Debía de haber llorado mucho. Ahora parecía confusa delante de él, como si comprendiera lo que el primer día no experimentó á consecuencia del gran dolor imprevisto; y le trataba con atenciones excesivas, con humildad dolorosa, como para pagarle en cuidados y en afección la bondad de que daba muestra hacia ella. Almorzaron y hablaron del asunto pendiente. Ella no quería tanto dinero. Era mucho, demasiado. Ya ganaba para vivir; sólo deseaba que Emilio tuviese algún capital al ser hombre. César no quiso transigir y aun añadió mil francos de regalo para ella, para su luto.

Al terminar el café, ella le preguntó:

—¿No fuma usted?

—Sí, debo tener mi pipa.

Palpó el bolsillo. ¡Diablo! La había olvidado. Se desolaba, cuando la joven le ofreció la pipa de su padre, encerrada en un armario. La aceptó, la tomó, la reconoció, la olió y proclamó que era excelente, con gran emoción en la voz, cuando la hubo encendido.

Luego jugó un rato con Emilio, al que sentó sobre sus rodillas, mientras la joven quitaba el servicio de la mesa.

A las tres se levantó de mala gana, sintiendo tener que marchar.

—¡Bueno! Tenga usted muy buenas tardes, señorita Donet, y celebro mucho haberla conocido.

Ella permanecía ante él ruborizada y conmovida, pensando en el otro.

—¿No nos veremos ya más?— preguntó.

César dijo:

—Sí, señorita, si no la molesto.

—De ninguna manera, don César. ¿Le parece bien el jueves próximo?

—Sí, señorita Donet.

—Almorzará usted, ¿verdad?

—Sí, si no la molesto, con mucho gusto.

—Así, pues, el jueves al mediodía, como hoy.

—¡Sí, el jueves al mediodía, señorita Donet!

EL CONEJO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A las tres se levantó de mala gana, sintiendo tener que marchar.

—¡Bueno! Tenga usted muy buenas tardes, señorita Donet, y celebro mucho haberla conocido.

Ella permanecía ante él ruborizada y conmovida, pensando en el otro.

—¿No nos veremos ya más?— preguntó.

César dijo:

—Sí, señorita, si no la molesto.

—De ninguna manera, don César. ¿Le parece bien el jueves próximo?

—Sí, señorita Donet.

—Almorzará usted, ¿verdad?

—Sí, si no la molesto, con mucho gusto.

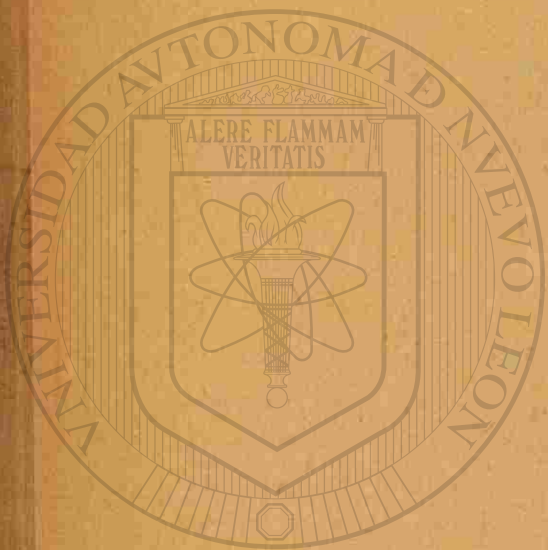
—Así, pues, el jueves al mediodía, como hoy.

—¡Sí, el jueves al mediodía, señorita Donet!

EL CONEJO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CONEJO

Maese Lecacheur salió á la puerta de su casa á la hora de costumbre, entre cinco y cinco y cuarto de la mañana, para vigilar á los mozos de labranza que iban al trabajo.

Colorado, medio dormido, el ojo derecho abierto y el izquierdo casi cerrado, abrochaba sus tirantes mirando de paso todos los rincones de la granja. El sol lanzaba sus rayos oblicuos á través de las hojas de las hayas y manzanos, hacía cantar á los gallos y arrullar á las palomas. El olor de la pocilga se mezclaba, en el aire fresco de la mañana, al acre olor del establo donde relinchaban los caballos, con la cabeza vuelta hacia la luz.

Apenas tuvo el pantalón bien sostenido, maese

Lecacheur se dirigió hacia el gallinero, para contar los huevos ya puestos, porque desde algún tiempo hacia se le antojaba que alguien merodeaba por la granja.

La criada corrió hacia él gritando y levantando los brazos: «Maese Cacheux, maese Cacheux, nos han robado un conejo esta noche.»

—¿Un conejo?

—Sí, mi amo, el gris, aquel gordo, de la jaula de la derecha.

El labriego abrió del todo el ojo izquierdo y dijo:

—Hay que ver eso.

Fué á verlo.

La jaula estaba rota y el conejo ausente.

Entonces nuestro hombre quedó pensativo, cerró el ojo derecho y se rascó la nariz. Luego, después de reflexionar, ordenó á la criada que avisase á los gendarmes.

—Anda; avísales. Diles que les espero en seguida.

Maese Lecacheur era alcalde de su aldea, Pavigny-le-Gras, y mandaba como dueño, por su fortuna y su posición.

Apenas la criada hubo desaparecido, corriendo hacia el pueblo, el labrador entró en su casa para hacer el café y hablar de la cosa á su mujer.

La encontró soplando el fuego con la boca, de rodillas ante el hogar.

Desde la puerta exclamó:

—Nos han robado un conejo; el gris, aquel tan gordo.

Se volvió tan aprisa que quedó sentada en el suelo, mirando con desolación á su marido.

—¿Qué dices, Cacheux? ¿Que han robado un conejo?

—El gris.

—¿El gris?

Suspiró.

—¡Qué lástima! ¿Y quién lo ha robado?

Era una mujercita flaca y vivaracha, limpia, muy cuidadosa y lista.

Lecacheur tenía una idea.

—Debe haber sido ese buena pieza de Hipólito.

La granjera se levantó furiosa como ante una revelación y exclamó:

—¡Es él! ¡Es él! ¡No hay que pensar en otro! ¡Es él! ¡Lo has adivinado, Cacheux!

En su cara flaca é irritada aparecían en la contracción de la boca, en las arrugas de las mejillas y de la frente todo su furor de campesina, toda su avaricia, toda su rabia de mujer económica contra el gañán de quien siempre sospechara.

—¿Y qué has hecho?—preguntó.

—He enviado á buscar á los gendarmes.

Hipólito era un gañán que habla pasado unos días en la granja y á quien Lecacheur despidiera por una contestación insolente. Antiguo soldado, tenía fama de haber guardado de sus campañas de Africa un gusto pronunciado por la rapiña y el libertinaje. Sabía todos los oficios y ninguno. Albañil, labrador, carretero, segador, podador; era holgazán ante todo, y esto hacía que no pudiese trabajar quince días en un mismo punto y que á veces tuviese que cambiar de aldea para encontrar trabajo.

Desde el primer día que entrara en la granja le odió el ama, y ahora estaba segura de que era el quien cometió el robo.

Al cabo de una media hora llegaron los gendarmes. El cabo Senateur, alto y flaco, el guardia Lénient, bajo y rechoncho.

Lecacheur les hizo sentar y les explicó el caso. Luego fueron al sitio del robo para comprobar la fractura de la jaula y recoger pruebas. Cuando volvieron á la cocina, la granjera trajo vino, llenó los vasos y preguntó:

—¿Le cogerán ustedes?

El cabo, con el sable entre piernas, parecía preocupado. Estaba seguro de cogerlo si le decían quién era; pero no respondía del éxito si le tocaba averiguar cual fuese el culpable. Después de reflexionar largo rato, preguntó:

—¿Conocen ustedes al ladrón?

La boca de maese Lecacheur tomó una expresión socarrona.

—Conocerle, no le conozco; no, no le he visto robar. Si lo hubiera visto, se lo hago tragar con piel y todo y sin darle un sorbo de sidra. No diré, pues, quien es, no; pero se me antoja que se trata de ese gandul de Hipólito.

Entonces contó con todos sus pelos y señales lo que le ocurriera con Hipólito, la salida del gañán, su mala mirada, sus amenazas, y acumuló pruebas insignificantes y minuciosas.

El cabo, que habia escuchado con gran atención vaciando el vaso y llenándolo de nuevo, como abstraído, se volvió hacia su compañero.

—Habrà que ver la casa de la mujer de Severino, el pastor.

El guardia sonrió y aprobó con un movimiento de cabeza.

Entonces la señora Lecacheur se acercó y como

quien no hace la cosa interrogó á los gendarmes acerca de la mujer del pastor.

Severino era un simple, una especie de bruto, criado en un hato de carneros, que creció en las montañas entre sus ovejas, conociendo sólo á ellas; pero que, á pesar de ello, llevaba en el alma el instinto de ahorro de los labriegos. De cierto que, durante años y años ocultó en el tronco de los árboles ó en los agujeros de los peñascos todo el dinero que ganaba guardando ganado, porque un día, con gran admiración de cuantos le conocían, compró en una subasta un lote de tierra y una casucha por tres mil francos.

Algunos meses después se supo que se casaba. Lo hacía con una maritornes conocida por sus malas costumbres, la criada del posadero. Los mozos contaban que aquella chica, sabedora de que tenía algún dinero, le había ido á encontrar en su barraca noche tras noche hasta que le arrancó promesa de matrimonio.

Luego, después de pasar por la alcaldía y la iglesia, fué á habitar la casa comprada por su marido, en tanto que éste continuaba guardando carneros noche y día á través de montes y colinas.

El cabo añadió:

—Hace ya tres semanas que Hipólito duerme con ella, pues carece de techo.

El guardia soltó una cuchufleta.

La señora Lecacheur, movida de un nuevo acceso de ira, motivada por la cólera de una mujer casada contra una perdida, exclamó:

—¡Sí, sí! ¡Ellos son! ¡Ah, ladrones!

El cabo dijo:

—Hemos de aguardar á mediodía, puesto que comen juntos. Les pillaremos comiendo.

El guardia sonreía, encantado del plan de su jefe, y Lecacheur sonreía también porque la aventura del pastor le parecía cómica, como todas las que se refieren á maridos engañados.

Acababa de dar mediodía cuando el cabo Senateur llamó á la puerta de una casita aislada, puesta á la linde de un bosque, á medio kilómetro del pueblo.

Los gendarmes se habían pegado á la pared para no ser vistos de dentro y esperaban. Al cabo de un par de minutos, viendo que nadie contestaba, el gendarme llamó otra vez. La casa parecía desierta; pero el guardia Lenient, que tenía muy buen oído, dijo que había gente en el interior.

Entonces Senateur se enfadó. No admitía que se resistiese á la autoridad y pegando en la pared con el puño del sable, gritó:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

Como la tal orden resultaba inútil, vociferó:

—Si no obedecen ustedes hago saltar la cerradura. Soy el cabo de gendarmes, ¡voto val! ¡Atención, Lenient!

Aun no acababa de hablar cuando la puerta se abrió y el cabo Senateur veía una mujerona muy encarnada, rechoncha, mal encarada, barriguda, de anchas caderas, una especie de hembra sanguínea y bestial, la mujer del pastor Severino.

El cabo entró en la casa.

—Vengo para hacerle unas preguntas—dijo.

Miraba en torno. En la mesa había un plato, un jarro de sidra y un vaso á medio vaciar, que indicaban una comida empezada. Dos cuchillos estaban uno junto á otro. El gendarme, malicioso, guiñó el ojo á su superior.

—Bien huele—dijo éste.

—Diríase que es conejo salteado—añadió Lenient muy alegre.

—¿Quieren ustedes un vaso de sidra?—preguntó la moza.

—No, gracias. Quisiera sólo la piel del conejo que comían.

Se hizo la idiota; pero temblaba.

—¿Qué conejo?

El cabo se había sentado y se enjugaba el sudor de la frente.

—Ea, ea, patrona, no nos hará usted creer que come cañamones. ¿Qué comía usted cuando hemos llegado?

—Nada; un poco de pan con manteca.

—Vaya, vaya; me parece que usted se equivoca. Será manteca con conejo. Y debe ser buena la manteca, porque huele bien, manteca fina, superior; no es manteca de pobre.

El guardia reventaba de risa y repetía:

—No es manteca de pobre.

Como el cabo era bromista, todos los guardias le seguían el humor.

Añadió:

—¿Dónde tiene usted la manteca?

—¿La manteca?

—Sí.

—En un cacharro.

—Y ¿dónde está el cacharro?

—¿Cuál?

—El de la manteca ¡pardiez!

—Aquí está.

Trajo una taza desportillada en el fondo de la cual había una chispa de manteca rancia y salada.

El cabo la olió y dijo moviendo la cabeza:

—No es la misma. Quiero la que huele á conejo salteado. Ea, Lenient, ojo; tú mira en el aparador; yo voy á ver debajo de la cama.

Después de cerrar la puerta se acercó á la cama y quiso apartarla; pero no lo logró, porque parecía pegada al suelo. Entonces el cabo se bajó, lo cual hizo crujir el uniforme, del que saltó un botón.

—Lenient.

—Mi cabo.

—Ven, muchacho: ven aquí; soy demasiado alto para mirar debajo de la cama; me encargo del buffet.

Se enderezó y esperó que el guardia hubiese cumplido su orden.

Lenient, bajo y rechoncho, se quitó el kepis, se echó de bruces y miró bajo la cama. Luego, de pronto, gritó:

—¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo!

El cabo Senateur preguntó:

—¿Qué tienes, el conejo?

—¡No, el ladrón!

—¿El ladrón? ¡Sácalo!

Los dos brazos del gendarme, metidos bajo la cama, habían cogido algo, y tiraba con toda su fuerza. Apareció por fin un pie metido en un zapato herrado.

El cabo lo cogió: «¡Duro! ¡Duro! ¡Tiral!»

Lenient, de rodillas, tiraba de la otra pierna. Pero la tarea era ruda porque el cautivo resistía con furor.

—¡Firmes! ¡Firmes!—exclamó Senateur.

Y tiraban con tanto empuje, que por fin apareció la cabeza del hombre.

Y aquella cabeza tenía una cara, la cara furiosa y consternada de Hipólito, cuyos brazos permanecían aún debajo de la cama.

—¡Tiral—gritó el cabo.

Entonces ocurrió una cosa curiosa. Los brazos siguieron el impulso del cuerpo y aparecieron las manos, y en pos de éstas un mango de hierro y al final del mango una cacerola con el conejo salteado. ®

—¡Voto á Dios! ¡Voto á Dios! ¡Voto á Dios!—gritaba el cabo, loco de alegría, mientras Lenient se apoderaba del gañán.

La piel del conejo, prueba abrumadora, se descubrió dentro del jergón.

Entonces los gendarmes entraron triunfantes en la aldea, con el preso y las pruebas.

Ocho días después, maese Lecacheur, al entrar en la alcaldía para conferenciar con el maestro de escuela, supo que Severino le aguardaba hacia rato.

Estaba sentado en una silla, con el palo entre piernas. Al ver al alcalde se levantó, se quitó la gorra y dijo:

— Buenos días, maese Cacheux.

Y permaneció en pie, como temeroso y cortado.

— ¿Qué desea usted? — preguntó el alcalde.

— Se lo diré. ¿Es verdad que robaron un conejo de su casa la semana pasada?

— Sí, es verdad.

— ¡Ah, ya! ¿De modo, que es verdad?

— Sí, hombre.

— Y ¿quién robó ese conejo?

— Hipólito Ancás, el bracero.

— Bien, bien. De modo ¿que es verdad que le hallaron bajo mi cama?

— ¿Qué? ¿El conejo?

— El conejo y Hipólito; los dos.

— Sí, Severino; es verdad.

— De modo ¿que es verdad?

— Sí. ¿Quién le ha contado esto?

— Muchos. Yo me entiendo. Pues... Usted debe saber mucho sobre los matrimonios, pues es usted quien casa.

— ¿Qué quiere decir?

— Sí, debe saber los derechos.

— ¿Qué derechos?

— Los del hombre y los de la mujer.

— Sí.

— Pues, dígame: ¿mi mujer tiene derecho á acostarse con Hipólito?

— ¿Cómo, de acostarse con él?

— Sí; quiero saber si la ley le permite que se acueste con Hipólito.

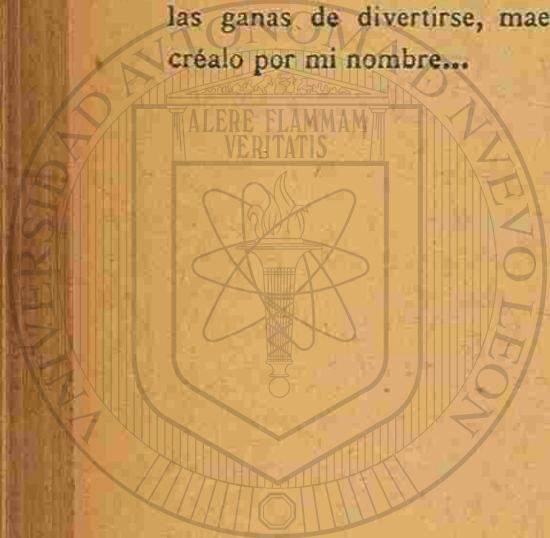
— No, hombre, no; no tiene tal derecho.

— Si les cojo ¿tengo derecho á pegarles, á ella y á él?

— Pues... pues... pues sí.

— Bien, me alegro. Le diré. Una noche de la otra semana fui á casa y les encontré acostados, y no dándose la espalda. Eché á Hipólito; pero no les pegué, porque no sabía mi derecho. Ahora me han

dicho los del pueblo lo del conejo. Bueno... yo no les vi. No hablemos más de ello. Pero si les atrapo... ¡voto val ¡si les atrapo! Ya haré que les pasen las ganas de divertirse, maese Cacheux, créalo; créalo por mi nombre...

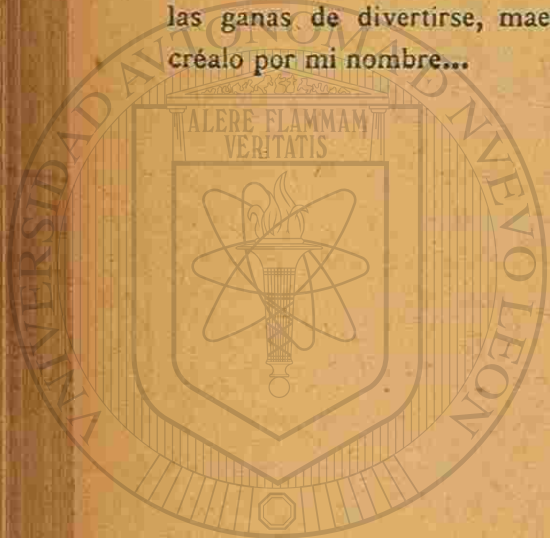


LA CITA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

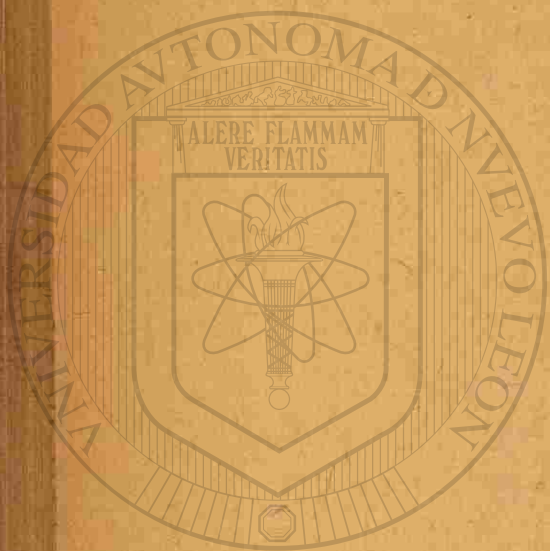
dicho los del pueblo lo del conejo. Bueno... yo no les vi. No hablemos más de ello. Pero si les atrapo... ¡voto val ¡si les atrapo! Ya haré que les pasen las ganas de divertirse, maese Cacheux, créalo; créalo por mi nombre...



LA CITA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CITA

Cubiertos con una capa los hombros, con un sombrero la cabeza, con un velo la cara y llevando otro de repuesto en el bolsillo para ponerlo sobre el primero una vez hubiese subido al simón criminal, golpeaba con el extremo de la sombrilla la bota, y permanecía sentada en su habitación sin decidirse á acudir aquella cita.

Muchas veces, sin embargo, se había vestido de aquel modo durante las horas de Bolsa de su marido, para acudir al entresuelo de soltero de su amante, el guapo vizconde de Martelet.

A su espalda marcaba el péndulo los segundos; un libro abierto mostraba sus hojas en un mueble de palo de rosa, entre dos ventanas, y al perfume de violetas exhalado por dos ramilletes que había en

dos búcaros de porcelana de Sajonia, se mezclaba un vago olor á verbena, que provenía del cuarto tocador.

Dió la hora, las tres, y se puso en pie. Se volvió para mirar la esfera y sonrió pensando: «Ya me espera; va á enfadarse.» Entonces salió, diciendo al ayuda de cámara que volvería al cabo de una hora, una mentira, bajó la escalera y echó á andar.

Era uno de los últimos días de mayo, esa estación deliciosa en que la primavera del campo parece sitiar á París y conquistarlo por los tejados, invadiendo las casas á través de las paredes y hacer florecer la ciudad y esparcir tonos alegres por la piedra de las fachadas, el asfalto de las aceras y el adoquinado de los arroyos, y bañarla y embriagarla de savia como un bosque que reverdece.

La señora Haggan dió algunos pasos hacia la derecha con la intención de seguir la calle de Provenza, donde tomaría un coche: pero la caricia del aire, esa emoción que despierta en nosotros el primer soplo del verano, penetró tan bruscamente en ella que, cambiando de idea, tomó la calle de la Chaussée d'Antin, sin saber por qué, movida de un confuso deseo de ver árboles en la plaza de la Trinidad. Pensaba: «¡Bah! me esperará diez minutos

más.» Aquel pensamiento la regocijaba y en tanto que iba despacio á través de la multitud, creía verlo como se impacientaba, mirar el reloj, abrir la ventana, escuchar á la puerta, sentarse unos momentos, levantarse de nuevo y echar miradas desesperadas á la petaca, porque le había prohibido fumar los días de cita.

Andaba lentamente, distraída por cuanto veía, por gentes y tiendas, acortando más y más el paso y con tan pocas ganas de llegar, que se detenía ante todos los escaparates.

Al final de la calle, ante la iglesia, la atrajo la verdura del jardincito, y atravesó la plaza, entró en el jardín, jaula de niños, y dió dos vueltas por el verde césped, entre las nodrizas llenas de cintajos y regordetas, sanotas, alegres. Tomó una silla, se sentó y miró la esfera del reloj del campanario, fijándose en la marcha de las agujas.

En aquel instante dió la media y se regocijó en extremo. Había ganado media hora, tardaría un cuarto en llegar á la calle de Miromesnil, y contando con unos minutos que se entretuviera por el camino, había acortado la cita de una hora. Duraría sólo cuarenta minutos y bastante era.

¡Cuánto la aburría ir allí! Como un paciente al

subir á casa del dentista, recordaba el aburrimiento intolerable de las otras citas á que acudiera semanalmente durante dos años, y al pensar en que se iba á repetir la escena, se le crispaban los nervios. No es que fuera la cita dolorosa como una visita al dentista; pero era tan aburrida, tanto, tan complicada, tan larga, tan penosa, que todo, todo, hasta una operación, le parecía preferible. Y, sin embargo, acudía á ella, pasito á paso, deteniéndose; pero acudía. De buena gana hubiese faltado; pero ya había hecho esperar dos veces en vano al pobre vizconde, y no se atrevía á repetir la suerte. ¿Por qué volvía? ¿Por qué? Porque ya había contraído la costumbre y no sabía como excusarse cuando el pobre Martelet le preguntara el motivo de su abandono. ¿Por qué empezó? ¿Por qué? Ya no lo recordaba. ¿Le había amado? Quizá sí; pero no mucho: Era guapo, elegante, discreto y representaba á primera vista el amante ideal de una señora de sociedad. La corte había durado tres meses—tiempo normal, lucha honrosa, resistencia suficiente—y luego había consentido ¡con qué angustia, con qué delicioso miedo! á la primera cita en aquel entresuelo de la calle Miromesnil. ¿Su corazón? Ya no recordaba lo que sintió al entrar por primera vez

en aquel entresuelo. Lo había olvidado. Se recuerda una fecha, un hecho, un dato, un nombre; pero no se recuerda, al cabo de dos años una emoción que duró muy poco porque era muy ligera. Pero no había olvidado las otras citas, aquel via-crucis del amor de estaciones tan fatigosas, tan monótonas, tan iguales, que le producían arcadas al pensar en la que se acercaba por momentos.

Los coches que alquilaba para ir allí eran distintos de los demás, de los que se alquila para otros objetos. Los cocheros adivinaban. Lo sentía en el modo de mirarla. ¡Los ojos de los cocheros de París son terribles! Cuando se reflexiona que al cabo de muchos años, reconocen á un criminal que subió á su vehículo de noche, una sola vez, y que recuerdan hasta los menores detalles de aquella carrera ¿no hay para estremecerse pensando en lo que arriesga una joven yendo á una cita, confiando su reputación á uno de esos cocheros? En dos años había alquilado más de ciento en sus viajes semanales á la calle de Miromesnil. Eran otros tantos testigos que podían declarar contra ella en un momento crítico.

Apenas estaba en el coche, se ponía el otro velo, espeso y negro como un artífaz. Así ocultaba el

rostro, sí, pero ¿y lo demás? El vestido, el sombrero, la sombrilla ¿no podían reconocerse? ¡Y qué suplicio en la calle Miromesnil! Creía reconocer á los transeuntes, á los criados, á los tenderos. Apenas se detenía el coche, saltaba y pasaba corriendo por delante del portero. Este debía saberlo todo, todo; su dirección, su nombre, la profesión de su marido, pues los porteros son más listos que un polizonte. Hacía dos años que quería sobornarlo, darle, echarle un billete de banco de cien francos al pasar por la portería. Pero ni una vez siquiera se había atrevido á ello. ¿Y si no comprendía? ¿Si la llamaba? ¿Si se enteraban los vecinos? Pocos escalones había hasta el entresuelo; pero se le antojaba alto como la columna de Vendôme. Apenas había pasado el portal parecía haber caído en una ratonera y el menor ruido la hacía estremecer. Era imposible volverse; el portero y la calle le cortaban la retirada; y si alguien bajaba en aquel instante, no se atrevía á llamar á la puerta del vizconde y continuaba subiendo, como si fuese á otra habitación. Subía, subía, subía. Hubiese subido cuarenta pisos. Luego, cuando ya no se oía ruido, bajaba corriendo y temía equivocarse de puerta.

Allí estaba Martelet, esperando, con un terno de

terciopelo forrado de seda, muy elegante, pero un tanto ridículo. Desde el primer día no había cambiado un ademán ni una palabra en la manera de acogerla.

Apenas cerraba la puerta, decía: «Permitame que le bese las manos, querida amiga.» Luego la seguía y entraba con ella en el cuarto donde, invierno y verano, estaban cerradas las ventanas y maderas y encendidas las luces, sin duda como un refinamiento de elegancia. Se arrodillaba entonces delante de ella y la miraba de abajo arriba con muda adoración. El primer día aquel movimiento le pareció muy oportuno y rendido. Pero ahora se le antojaba ver á un galán joven representar por centésima vez el quinto acto de una comedia. Debiera variar algo sus ademanes y frases.

Y luego, ¡oh! luego ¡gran Dios! Aquello era lo más penoso. Decididamente el pobre chico no tenía inventiva. Un buen muchacho, pero sin originalidad...

¡Cuán difícil es desnudarse sin camarera! Por una vez, pase aún; pero cada semana resulta aburrido. No, un hombre no debiera exigir tamaño sacrificio de una mujer. Y si era difícil desnudarse ¡ayúdeme á sentir para vestirse! Ganas le daban de abofetear

al caballero que, dando vueltas en torno de ella con aire embarazado, le decía: «¿Quiere que la ayude?» ¡Ayudarla! ¡Ah! ¡sí! ¿A qué? Bastaba ver con qué torpeza sostenía un alfiler para quedar satisfecha.

Quizá á causa de esto no le podía tragar. Cuando le decía: «¿Quiere que la ayude?» le hubiese matado. ¿Y es acaso posible que una mujer no deteste á un hombre que la ha obligado más de cien veces á vestirse sin la ayuda de una camarera?

Verdad es que habla pocos hombres tan torpes como él. ¡Ah! El baroncito de Grimbal no le hubiese dicho con aquel aire de papanatas: «¿Quiere usted que la ayude?» El, vivo, listo, ocurrente, la habría ayudado. Sí; era un diplomático, un hombre que habla seguido mucho mundo y que de fijo que había ayudado á desnudarse y vestirse á mujeres de todas las partes del mundo...

El reloj de la torre dió los tres cuartos. Se levantó, miró la esfera, sonrió y pensó: «Debe estar impaciente.» Y echó á andar aprisa, salió de la plaza.

Aun no había dado diez pasos cuando topó con un caballero que la saludó profundamente.

—¿Es usted, barón?—preguntó sorprendida por la coincidencia de haber pensado en él.

—Sí, señora.

Luego le preguntó por la salud, y al cabo de unos momentos, dijo:

—¿Sabe usted que es usted la única, permite que la llame así, verdad, la única de mis amigas que aun no ha visitado mis colecciones japonesas?

—Pero, querido barón, una señora no puede ir á casa de un soltero...

—¡Cómo! ¡cómo! Eso es un error, cuando se trata de examinar una colección rara.

—En todo caso, no va sola.

—¿Por qué no? Crea usted que he recibido á muchas mujeres solas que venían sólo para ver mis colecciones. Cada día viene alguna. ¿Quiere usted que se las nombre? No, no lo haré. Hay que ser discreto hasta para lo que no es culpable. En principio no tiene nada de particular ir á la casa de un hombre serio, conocido, que ocupa cierta posición, sino cuando se acude allí por una causa que no puede confesarse.

—En el fondo tiene usted razón.

—Entonces venga á ver mis colecciones.

—¿Cuándo?

—En seguida.

—Imposible, llevo prisa.

—¡Bah! Hace media hora que está usted sentada en el jardín.

—¿Me acechaba usted?

—La miraba.

—Le aseguro que llevo prisa.

—Estoy seguro de lo contrario. Vamós; confíeselo usted.

La señora Haggán se echó á reír.

—No... no... no me corre mucha prisa.

Un simón pasaba en aquel momento. El barón gritó: «¡Cochero!» Y el vehículo se detuvo. Luego, abriendo la portezuela:

—Suba usted, señora.

—Es imposible, barón; hoy no puedo.

—¡Señora, lo que hace usted es imprudente, suba! Ya empiezan á mirarnos. Se formará un grupo; creerán que se trata de un rapto y nos detendrán á los dos. Suba, se lo ruego.

Ella subió, asustada, asombrada. Entonces el barón dijo al cochero:

—Calle de Provenza.

Pero de pronto, la señora Haggán exclamó:

—¡Ah, Dios mío! Olvidaba un despacho urgente. ¿Quiere usted llevarme, primeramente, á un despacho de telégrafos?

El coche se detuvo en la calle de Châteaudun, y la joven dijo al barón:

—¿Quiere usted comprarme una tarjeta de cincuenta céntimos? He prometido á mi esposo que invitaría á Martelet á comer mañana, y me había olvidado de ello.

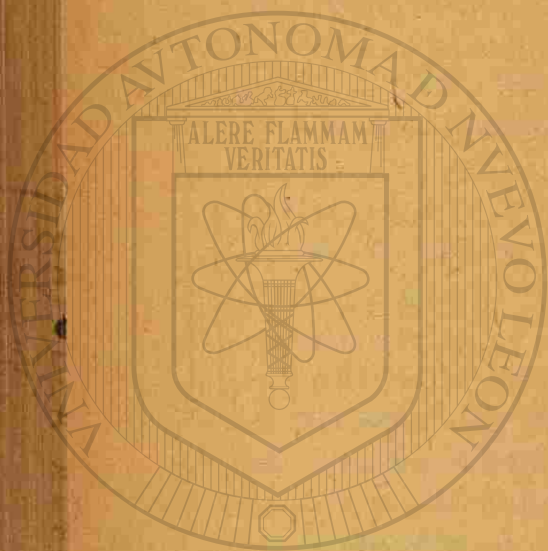
Cuando el barón volvió con la tarjeta azul en el bolsillo, escribió con lápiz:

«Querido amigo, estoy mala; una neurálgia atroz me hace guardar cama. No puedo salir. Venga á comer mañana para perdonarme

JUANA».

Cerró cuidadosamente la tarjeta, puso la dirección: «Vizconde de Martelet, 240, calle Miromesnil, y dijo al barón:

—Ahora, ¿quiere usted echar esto al buzón de los telegramas?

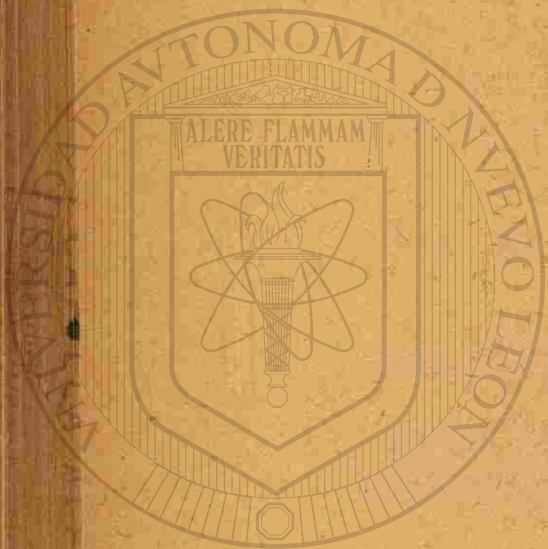


LOS ALFILERES
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LOS ALFILERES

—¡Ah, querido! ¡Qué calamidad son las mujeres!

—¿A cuenta de qué lo dices?

—Porque me han hecho una jugarreta abominable.

—¿A ti?

—Sí, á mí.

—¿Las mujeres ó una mujer?

—Dos mujeres.

—¿Dos á un tiempo?

—Sí.

—¿Qué jugarreta?

Los dos jóvenes estaban sentados en uno de los grandes cafés del boulevard y tomaban uno de esos aperitivos que tienen no uno, sino varios colores á la vez.

Tenían poco más ó menos la misma edad: de veinticinco á treinta años. Uno era rubio, el otro moreno. Tenían esa elegancia de los agentes de negocios que van á la Bolsa y acuden á las reuniones y viven y aman donde pueden, en todas partes. El moreno añadió:

—Creo que te conté mis amores con esa burguesita que conocí en Dieppe.

—Sí.

—Pues bien. Tenía una querida en París, una á la cual quiero mucho, una antigua y buena amiga, una costumbre que me gusta.

—¿La costumbre?

—La costumbre y ella. Está casada con un buen sujeto á quien quiero mucho también, un buen muchacho, un camarada muy cordial. En fin, es una casa en la cual había yo construido mi nido.

—¿Y qué?

—Que como este matrimonio no puede abandonar París, me hallé viudo en Dieppe.

—Y ¿á qué fuiste á Dieppe?

—Para variar de aire. No puede uno pasarse toda la vida en el boulevard.

—Y ¿qué más?

—Entonces hallé la burguesita de quien te he hablado.

—¿La mujer del jefe de negociado?

—Sí, se aburría mucho. Su marido sólo comparecía los domingos y es más feo que Picío. Compadezco á la pobre. Reimos, pues, y bailamos juntos.

—¿Y otras hierbas?...

—Sí, luego. En fin, nos vimos, nos gustamos; yo se lo dije, ella me lo hizo repetir para comprenderlo mejor, y no hizo gran resistencia.

—¿La amabas?

—Un poquillo; es muy graciosa.

—¿Y la otra?

—Estaba en París. En fin, durante seis semanas nos divertimos en grande y al volver aquí continuábamos siendo buenos amigos. ¿Acaso comprendes que se rompa con una mujer sin motivo? ¿Sabes hacerlo?

—¡Ya lo creo!

—¿Cómo?

—La dejo.

—Y ¿cómo te las compones para dejarla?

—No voy á su casa.

—¿Y si ella viene á la tuya?

—No estoy en casa.

—¿Y si vuelve?

—Le digo que estoy indispuerto.

—¿Y si te cuida?

—Le hago una perrería.

—¿Y si la tolera?

—Escribo cartas anónimas á su marido diciendo que la vigile los días que ella ha de venir á verme.

—No me gusta tal sistema. Yo no sé romper. Las colecciono. Algunas hay á las que veo una vez al año, otras cada seis meses, otras cada tres. Las que ya se acostumbran á las visitas de cuando en cuando no me molestan; pero las nuevas son más exigentes.

—De modo...

—De modo que la burócrata era ardorosa y no me había dado motivo ninguno de queja. Como su marido se pasa el día en el Ministerio, acudía de continuo á mi casa y por dos veces estuvo á pique de tropezar con la otra.

—¡Diablo!

—Sí. Entonces señalé á cada una de ellas días fijos para evitar tropiezos. A la antigua, lunes y sábados. A la nueva, martes, jueves y domingos.

—¿Por qué tal preferencia?

—Es más joven.

—¡Ya! Pero sólo te dejaban dos días de descanso por semana.

—Me bastan.

—Te felicito.

—Sí. Imagínate, pues, que todo salía á pedir de boca. Así pasé cuatro meses sin temor á ningún percance, cuando de pronto todo se desmorona.

Esperaba á la más antigua á la hora de costumbre, á la una y cuarto, fumando un cigarro.

Pensaba en las musarañas, muy contento de mí mismo, cuando advertí que había pasado la hora. Lo extrañé, porque es muy puntual. Creí que habría retardado involuntariamente. Pero pasó media hora, una luego y pensé que algo le habría ocurrido. Me fastidian lo indecible esas horas de espera. Me decidí á salir y, no sabiendo qué hacer, fui á su casa. Me la encontré leyendo una novela.

—¿Qué ha pasado?—pregunté.

Y ella me respondió con gran pachorra:

—Querido, no pude ir.

—¿Por qué?

—Por... otras ocupaciones.

—¿Cuáles?

—Una visita muy fastidiosa.

Creí que no quería revelarme el verdadero motivo, y como la vi muy tranquila, no me preocupé más por ello. Pensaba que al día siguiente me indemnizaría con la otra.

El martes, pues, estaba muy entusiasmado esperando á la burócrata, extrañando que no se hubiese anticipado á la hora convenida. Miraba el reloj á menudo. Pasaron diez, veinte, treinta minutos, una hora. Escuchaba á la puerta, miraba por el balcón. Nada. Mi amiga no parecía.

A las tres tomé el sombrero y fui á su casa. ¡Leía una novela!

—¿Qué ha ocurrido?—pregunté con ansiedad.

Y contestó con tanta flemma como la otra:

—No pude ir, querido.

—¿Por qué?

—Por... otras ocupaciones.

—¿Cuáles?

—Una visita fastidiosa.

Supuse inmediatamente que lo sabían todo; pero parecía tan plácida, que acabé por desechar mi sospecha y pensar que se trataba de una coincidencia no pudiendo imaginar semejante disimulo. Y después de una hora de amigable conversación, interrumpida veinte veces por las inoportunas entradas de su hijita, me marché fastidiado. Y figúrate que el jueves...

—¿Ocurrió lo mismo?

—Exactamente, y lo propio los demás días. Y

así durante tres semanas, sin una explicación de aquella conducta rarísima, de la cual sospechaba el motivo.

—¿Lo sabían todo?

—¡Ya lo creo! Pero ¿cómo? No puedes figurarte lo que me costó saberlo.

—¿Cómo lo supiste?

—Por cartas. Me dieron el mismo día y en iguales términos mi despido.

—¿Y...?

—Ya sabes que las mujeres traen siempre un regimiento de alfileres. Desconfío de las horquillas y las vigilo, las arrojo; pero parece que son mucho más temibles esos malditos alfileres de cabeza negra que á nosotros nos parecen todos iguales, pero que ellas distinguen á la primera mirada, como nosotros distinguimos un caballo de un perro.

Parece ser que un día mi burócrata dejó clavado uno de esos alfileres reveladores cerca del espejo.

La otra, la antigua, advirtió á la primera mirada aquel puntito negro, no mayor que una pulga; tomó el alfiler y dejó en el mismo sitio otro de igual especie pero de un modelo distinto.

Al día siguiente, la burócrata quiso recuperar su propiedad y advirtió la substitución. Se le ocurrió

una sospecha y en vez de un alfiler dejó dos, cruzados.

La otra contestó á aquel lenguaje telegráfico con tres bolas negras agrupadas.

Entonces, sin conocerse, continuaron aquel juego para espiarse, y por fin parece que la antigua se atrevió á enrollar en uno de los alfileres una estrecha tira de papel que decía: «Lista de correos. Boulevard Malesherbes, C. D.»

Entonces se escribieron. Estaba perdido. Después de unas cuantas cartas acabaron por darse una cita. No sé lo que se dijeron; pero sé que hablaron de mí.

—¿Y nada más?

—¿Te parece poco?

—¿Ya no las visitas?

—Como amigo; porque no hemos roto del todo.

—¿Y ellas se han vuelto á ver?

—Sí, son íntimas ahora.

—¡Toma! ¿Y esto no te ha dado una idea?

—No. ¿Cuál?

—¡La de hacerlas clavar alfileres juntas, tonto!

DUCHOUX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
FACULTAD DE CIENCIAS
BOULEVARD MALESHERBES, MEXICO

una sospecha y en vez de un alfiler dejó dos, cruzados.

La otra contestó á aquel lenguaje telegráfico con tres bolas negras agrupadas.

Entonces, sin conocerse, continuaron aquel juego para espiarse, y por fin parece que la antigua se atrevió á enrollar en uno de los alfileres una estrecha tira de papel que decía: «Lista de correos. Boulevard Malesherbes, C. D.»

Entonces se escribieron. Estaba perdido. Después de unas cuantas cartas acabaron por darse una cita. No sé lo que se dijeron; pero sé que hablaron de mí.

—¿Y nada más?

—¿Te parece poco?

—¿Ya no las visitas?

—Como amigo; porque no hemos roto del todo.

—¿Y ellas se han vuelto á ver?

—Sí, son íntimas ahora.

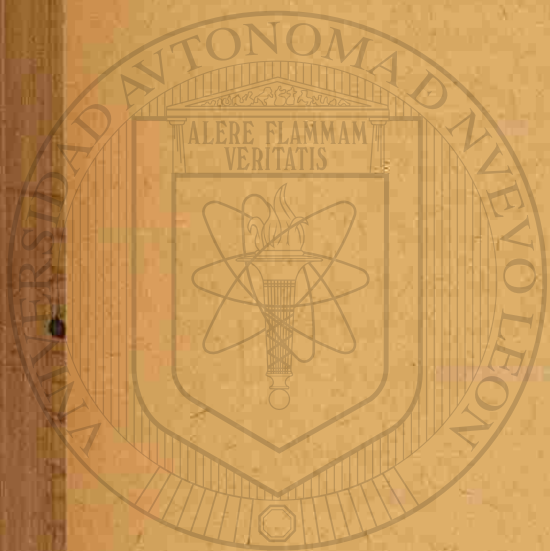
—¡Toma! ¿Y esto no te ha dado una idea?

—No. ¿Cuál?

—¡La de hacerlas clavar alfileres juntas, tonto!

DUCHOUX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
FACULTAD DE LETRAS
BOULEVARD MALESHERBES, MEXICO



DUCHOUX.

Bajando la escalera del casino, calentado como un invernadero, el barón de Mordiane no se había abrochado el gabón de pieles, así es que cuando llegó á la puerta de la calle sintió un estremecimiento desagradable, uno de esos estremecimientos de frío, bruscos y penosos. Había perdido algún dinero y, por otra parte, su estómago digería mal desde algún tiempo antes y no podía comer los guisos que más apetecía.

Iba hacia su casa, y de pronto, pensando en sus habitaciones vacías, con el ayuda de cámara durmiendo en el recibidor, en su cama antigua y solemne como un lecho mortuorio, le hizo penetrar hasta el fondo del corazón y de la carne, un estremecimiento más doloroso todavía que el del aire helado.

Desde años atrás sentía pesar sobre él aquel peso de la soledad que algunas veces abruma á los solterones. En otro tiempo era robusto y consumía los días en diversos sports y las noches en francachelas. Pero ahora sentíase fatigado y nada le divertía. El ejercicio le fatigaba; las cenas y aun las comidas se le indigestaban, y las mujeres le aburrían tanto como le gustaran cuando joven.

La monotonía de las veladas siempre iguales, en el casino, de la misma partida, con iguales compañeros, de las mismas palabras sobre las mismas cosas, de los mismos chistes en las mismas bocas, de iguales bromas sobre iguales temas, de parecidas murmuraciones sobre las mismas mujeres, le aburría hasta el punto de hacerle pensar en el suicidio. No podía ya llevar aquella vida regular y monótona, ligera y pesada á un tiempo, que durante tantos años llevara, y anhelaba algo tranquilo, descansado, confortable, sin saber qué, á punto fijo.

No pensaba en casarse, pues no tenía el valor necesario para condenarse á la melancolía, á la servidumbre de esa odiosa vida de dos seres que, siempre juntos, se conocen hasta el punto de no decir una palabra que el otro no adivine antes de pronunciarla, á no hacer un ademán que no sea es-

perado, á no tener un pensamiento, un deseo que no sea previsto. Pensaba que una persona sólo puede resultar agradable cuando se la conoce poco, cuando aun queda en ella algún misterio, algún secreto, algo velado y oculto. Así, pues, necesitaba una familia especial, y de nuevo le asaltó el recuerdo de su hijo.

Desde un año antes pensaba en él sin cesar y sentía crecer el deseo de verle y conocerle. Nació cuando él era muy joven, en circunstancias dramáticas y tiernas. El niño, enviado al Mediodía, fué criado cerca de Marsella, sin conocer jamás el nombre de su padre.

Este había pagado la nodriza, luego el colegio, después los gastos del joven y por fin una dote regular cuando se casó su hijo. Un notario discreto arregló todo aquello con discreción absoluta.

El barón de Mordiane sabía, pues, que un hijo suyo vivía en las cercanías de Marsella, que pasaba por inteligente y bien educado, que se casó con la hija de un arquitecto contratista, á quien sucediera en sus empresas industriales. Sabía, además, que ganaba mucho dinero.

¿Por qué no ir á ver á aquel hijo desconocido, sin nombrarse, para estudiarlo previamente y saber si

podría hallar un refugio agradable en el seno de aquella familia?

Se había portado regiamente, dando una crecida dote aceptada con reconocimiento. Estaba, pues, seguro de no tener que chocar con los prejuicios de un orgullo excesivo; y el deseo de marchar á Marsella y de conocer á su hijo y á su familia, era cada vez más vivo y no le daba punto de reposo. Un extraño enternecimiento de egoísta le señoreaba, pensando en aquella casa alegre y sonriente, junto al mar, donde hallaría á su nuera joven y linda, á sus nietecitos, y á su hijo que le recordaría el amor breve y apasionado de la juventud lejana. Sólo sentía haber dado tanto dinero y que ese dinero hubiese prosperado tanto en manos del joven, porque así no podría presentarse como un bienhechor.

Iba pensando en ello mientras se dirigía á su casa, y, de pronto, tomó una resolución. Llamó á un coche, se hizo llevar á su domicilio, y dijo al criado:

—Luis, mañana marchamos á Marsella. Quizá pasemos allí una quincena. Prepare todo lo necesario.

Rodaba el tren á lo largo del Ródano arenoso, luego atravesaba llanuras amarillas, claras aldeas, una amplia comarca cerrada por montes pelados.

El barón de Mordiane, despertado después de una noche de wagón-cama, se miraba con melancolía en el espejo de su neceser. La luz cruda del Mediodía le mostraba arrugas que no conocía aún en la semi-obscuridad de las habitaciones parisien-ses. Y examinando las comisuras de los labios y la pata de gallo, pensaba:

—¡Diablo! No sólo no estoy rozagante, sino que estoy manido.

Y su deseo de descanso aumentó aún más si cabe, y anheló sentir el peso de sus nietecitos sobre las rodillas.

A la una de la tarde llegó, en un coche que alquilara en Marsella, á una de esas quintas meridio-

nales tan blancas que deslumbran y hacen cerrar los ojos. Sonrió, siguiendo una avenida de plátanos, y pensó:

—¡Diantre, es bonito!

De repente, un muchacho de cinco ó seis años salió de entre unos arbustos y quedó inmóvil, mirando al forastero con ojos de asombro.

Mordiane se acercó:

—Buenos días, muchacho.

El arrapiezo no respondió.

El barón, inclinándose, le tomó en brazos para besarle, pero quedó casi sofocado por un horrible olor á ajos que exhalaba el chiquillo. Lo soltó y pensó:

—Es el hijo del jardinero.

Y fué hacia la casa.

Frente á la puerta estaba secándose mucha ropa blanca, camisas, servilletas, rodillas, delantales, y un poco más lejos, delante de una ventana, en muchas filas superpuestas, había una colección de medias y calcetines, que parecía una especie de muestra.

El barón llamó.

Apareció una maritornes, una verdadera criada del Mediodía, sucia y despeinada, cuyos cabellos

casi le tapaban la cara, y cuyas sayas, á causa de las innumerables manchas que ostentaban, no podía saberse qué color tuvieron.

Preguntó:

—¿Vive aquí el señor Duchoux?

La criada respondió:

—¿Pregunta usted por el señor Duchoux?

—Sí.

—Está en la sala, dibujando planos.

—Dígale que el señor Merlín desea hablarle.

Ella replicó, asombrada:

—Entre usted, si quiere verle.

Y gritó:

—¡Señor Duchoux, una visita!

El barón entró, y en una gran sala, casi oscura para evitar el exceso de luz, vió indistintamente cosas y personas que le parecieron poco limpias.

De pie ante una mesa que contenía diversos objetos, estaba un hombrecito calvo, que trazaba líneas en un papel.

Interrumpió su trabajo y dió dos pasos.

Su chaleco desabrochado, la camisa arremangada, demostraban que sentía gran calor, y las botas llenas de barro patentizaban que había llovido unos días antes.

Preguntó con pronunciado acento meridional:

—¿A quién tengo el honor?...

—Me llamo Merlin... Vengo á consultarle para la compra de unos terrenos para edificar.

—¡Ah! ¡Ah! Muy bien.

Y Duchoux, volviéndose hacia su mujer:

—Da una silla al señor, Josefina.

Mordiane vió entonces una mujer joven, que ya parecía vieja, como se es viejo en provincias á los veinticinco años, por falta de cuidados, de lavatorios repetidos, de todas esas nimias limpiezas y cuidados y atenciones del tocador femenino que inmovilizan la frescura y conservan, hasta cerca de los cincuenta años, el encanto y la belleza. Con un pañuelo en los hombros, el pelo peinado de cualquier modo, un pelo negro y hermoso, pero poco limpio, alargó una silla con sus manos que parecían las de una criada, después de quitar de ella un traje de niño, un cuchillo, un cordelito, una maceta vacía y un plato grasiento.

Se sentó entonces y advirtió que en la mesa escritorio de Duchoux había, además de muchos libros y papeles, dos matas de lechuga, un cepillo, una servilleta, un revólver y muchas tazas sucias.

El arquitecto vió aquella mirada y dijo sonriendo:

—Dispense usted; los chiquillos lo enredan todo. Y acercó su silla para hablar con el cliente.

—¿De modo que busca usted un terreno en los alrededores de Marsella?

Su aliento, aunque llegaba de lejos, llevó al barón aquel olor á ajos que exhalan la gente del Mediodía como las flores sus perfumes.

Mordiane preguntó:

—¿Es hijo suyo el niño que he visto en la avenida?

—Sí, el segundo.

—¿Tiene usted dos?

—Tres, caballero, uno cada año.

Y Duchoux parecía orgulloso de ello.

El barón pensaba: «Si todos huelen lo mismo, su cuarto debe parecer un jardín.»

Y añadió:

—Sí, quisiera un terreno bien situado, cerca de una playa desierta...

Entonces Duchoux se explicó. Había diez, veinte, cincuenta lotes de tales condiciones; de todos los precios, para todos los gustos. Hablaba como mana una fuente, sonriente, contento de sí mismo, moviendo su cabeza calva y redonda.

Y Mordiane recordaba una mujercita rubia, es-

belta, melancólica que decía con ternura: «Amor mío», y cuyo solo recuerdo le estremecía. Le había amado con pasión, con locura, durante tres meses; luego, en cinta durante la ausencia de su marido, que era gobernador de una colonia, había huido, se había ocultado hasta que nació un niño, que Mordiane se llevó, y al que ninguno de los dos volvió á ver.

Murió tísica tres años después, en la colonia donde estaba su marido, á quien había ido á encontrar.

Y ahora tenía enfrente de él á su hijo que decía, haciendo resonar las finales como notas de metal:

—Ese terreno, caballero, crea usted que es una verdadera ganga.

Y Mordiane recordaba la otra voz, ligera como un soplo de brisa, murmurando:

—Amado mío, no nos separaremos jamás...

Y recordaba aquella mirada azul, cariñosa, profunda, contemplando los ojos, también azules, de aquel hombrecillo ridículo, y que, sin embargo, se parecía á su madre...

Sí, se le parecía más á cada instante que pasaba; se le parecía por la entonación, por el ademán, por el aspecto general; se le parecía como el mono se

parece al hombre; pero tenía de ella facciones deformadas, irrecusables, irritantes. El barón padecía ante aquella semejanza, que se le antojaba una pesadilla, un remordimiento.

Balbuocé:

—¿Cuándo podremos ver juntos ese terreno?

—Mañana, si usted quiere.

—¿A qué hora?

—A la una.

—Bien.

El niño que encontrara el barón al entrar apareció en el umbral de la puerta, y gritó:

—¡Paire!

No le contestaron.

Mordiane, sentía ganas de apretar á correr. Aquel *paire* le había herido como un balazo. Se dirigía á él, era para él aquel *paire* al ajo, aquel *paire* del Mediodía.

¡Oh! ¡Qué perfumado era el aliento de su antigua amiga!

Duchoux le acompañó.

—¿Es de usted esta casa?—preguntó el barón.

—Sí, señor. La compré hace poco. Y me enorgullezco de ello. Soy expósito, caballero, no lo oculto; no me avergüenzo. No debo nada á nadie.

Soy hijo de mis obras; todo me lo debo á mí mismo.

El niño gritaba de nuevo:

—¡Pairel

Mordiane estremecido, aterrado, hula como se huye ante un gran peligro.

—Va á reconocerme; lo adivinará todo—pensaba.

—Me echará los brazos al cuello y me gritará:

«¡Pairel!» dándome un beso perfumado de ajo.

—Hasta mañana, caballero.

—Hasta mañana, á la una.

El coche corría por la carretera blanca.

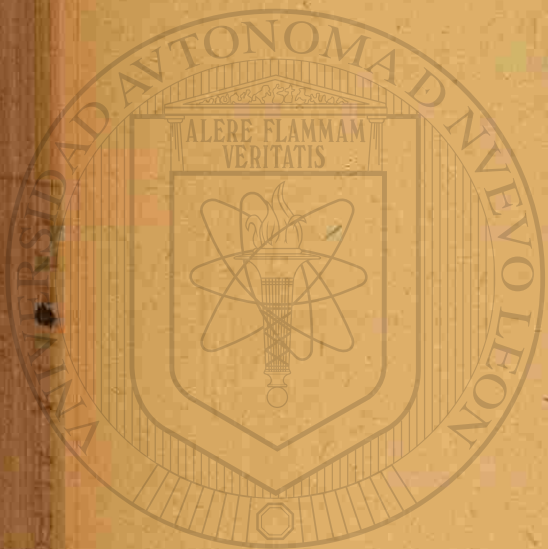
—¡Cochero, á la estación!

Y oía dos voces, una lejana y cariñosa, la voz débil y triste de los muertos, que decía: «Amado mío.» Y la otra sonora, cantante, aterradora, que gritaba: «*Paire,*» como se grita: «¡Al ladrón!» cuando uno corre por la calle.

Al día siguiente por la noche, al entrar en el casino, el conde de Etreillis le dijo:

—Hace tres días que no se le ve á usted. ¿Ha estado enfermo?

—Sí, delicado. De cuando en cuando tengo una jaqueca atroz.



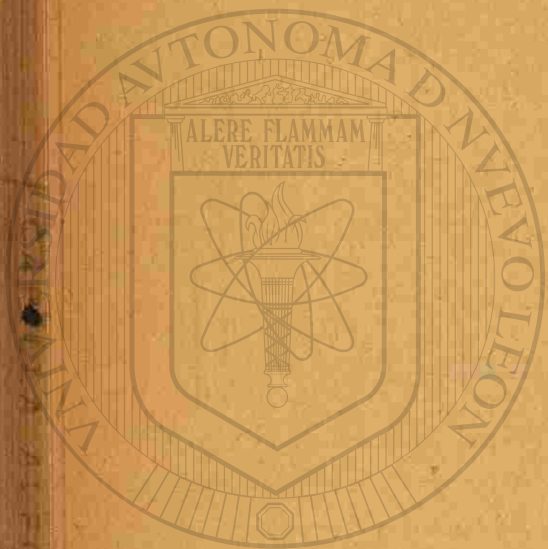
LA MUERTA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CALLE DEL LIBRO
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN



LA MUERTA

¡La había amado con el alma entera! ¿Por qué se ha de amar? Es bien raro no ver en el mundo más que una sola persona, no tener en la mente más que un pensamiento, un deseo en el corazón, un nombre en la boca: un nombre que sube incessantemente, que sube, como el agua de un manantial, de las profundidades del alma, que sube á los labios y que se pronuncia, se murmura sin cesar, en todas partes, como una oración.

No contaré nuestra historia. El amor sólo tiene una, siempre igual. La había visto y amado. Durante un año viví entre sus brazos, envuelto en sus caricias, acostumbrado á su cariño, á sus miradas, á sus palabras, á toda su persona; viví como pri-

sionero de ella, bendiciendo mi cautiverio y tan absorto en su ternura que no sabía si era de día ó de noche, si estaba vivo ó muerto, si en la tierra ó en otra parte.

De pronto murió. ¿Cómo? No sé, ya no sé.

Entró mojada un día de lluvia, y al día siguiente tosía. Tosió cosa de una semana y se quedó en cama.

¿Qué ocurrió? No me acuerdo.

Acudían médicos, recetaban, se iban. Traían medicinas; una mujer se las hacía beber. Sus manos ardían; su frente estaba siempre húmeda de sudor; tenía los ojos brillantes y tristes. Le hablaba y me respondía. ¿Qué nos dijimos? No sé. ¡Todo lo he olvidado, todo, todo! Murió. Recuerdo perfectamente su débil suspiro, el último. La enfermera, exclamó: «¡Ah!» Comprendí, comprendí.

No me acuerdo de más. Vi un cura que dijo: «Su amante.» Me pareció que la insultaban. Ya que había muerto no había derecho á hablar de ello. Le arrojé de casa. Vino otro, muy bueno, muy cariñoso. Lloré cuando me habló de ella.

Me consultaron mil detalles del entierro. No me acuerdo bien. Sólo recuerdo el féretro; los martillazos de cuando la clavaron dentro. ¡Ah, Dios mío!

¡La enterraron! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel agujero! Asistieron algunos amigos. Huí. Corrí. Anduve muchas horas por las calles. Luego volví á casa. Al día siguiente emprendí un viaje.

Ayer volví á París.

Cuando volví á ver mi cuarto, nuestro cuarto, nuestra cama, nuestros muebles, toda aquella casa en la que quedara todo lo que resta de la vida de un sér después de su muerte, sentí un pesar tan intenso que poco faltó para arrojarme por la ventana. No pudiendo permanecer en aquel sitio, entre aquellas paredes que la habían abrigado, encerrado y que debían guardar en sus invisibles resquicios mil átomos de ella, de su carne y de su aliento, tomé el sombrero y huí.

De pronto, cuando iba á pasar la puerta, me fijé en el gran espejo del recibidor, el espejo que ella había mandado colocar allí para verse de pies á cabeza al salir, para ver si el vestido le sentaba bien, si estaba linda y correcta desde las botas al sombrero.

Me detuve ante el espejo, que tantas veces la reflejara, tantas, que era natural que hubiese guardado su imagen.

Permanecía allí en pie, estremecido, fijos los ojos en el cristal, en el cristal plano, profundo, vacío, pero que la había contenido por completo, poseído tanto como yo, tanto como mi mirada apasionada. Me pareció que amaba aquel espejo, lo toqué. ¡Estaba frío! ¡Oh! ¡el recuerdo! ¡El recuerdo! Espejo doloroso, espejo ardiente, espejo vivo, espejo horrible que hace padecer tantos tormentos! Dichosos los hombres cuyo corazón, semejante á un espejo donde se desliza y borran los reflejos, olvida cuanto ha contenido, todo lo que pasó ante él, cuanto se ha mirado, contemplado en su afección, en su amor! ¡Cómo padezco!

Salí y á mi pesar, sin quererlo, sin pensarlo, fui al cementerio. Hallé su tumba, muy sencilla, y la lápida que decía: «Amó, la amaron y murió.»

¡Estaba allí, allí debajo, descompuesta! ¡Qué horror! Sollozaba con la frente hundida en el polvo.

Permanecí mucho, mucho rato. Luego noté que anocheecía. Entonces un deseo extraño, loco, un deseo de amante desesperado se apoderó de mí. Quise pasar la noche, una última noche, llorando so-

bre su tumba. Pero me iban á ver, á echarme. ¿Cómo evitarlo? Fui astuto. Me levanté y empecé á errar por aquella ciudad de los desaparecidos. Andaba, andaba. ¡Cuán pequeña es esta ciudad comparada con la de los vivos! Y, sin embargo, son mucho más numerosos que los vivos, los muertos. Necesitamos casas altas, calles, mucho sitio para las tres generaciones que viven á un tiempo, beben el agua de las fuentes, el vino de las viñas y comen el pan de las llanuras. Y para muchas generaciones de difuntos, para toda la escala de la humanidad que ha llegado hasta nosotros, un campo, casi nada. La tierra se los traga, el olvido los borra. ¡Adiós!

Al extremo del cementerio habitado—si vale la frase—advertí de repente el cementerio abandonado, aquel donde los viejos difuntos acaban de mezclarse á la tierra, donde hasta las cruces se pudren, donde irán á parar, andando el tiempo, nuevas generaciones de muertos. Está lleno de rosales, de ciprés vigorosos y negros, un jardín triste y soberbio, alimentado con carne humana.

Estaba solo, bien solo. Me oculté entre las ramas de un árbol. Sus hojas me ocultaron del todo.

Y esperé, agarrado al tronco como un naufrago á una tabla.

Cuando hubo cerrado la noche, abandoné mi refugio y eché á andar despacito, á pasos lentos, sordos, sobre aquella tierra repleta de muertos.

Anduve mucho, mucho, mucho. No encontraba la tumba de ella. Andaba con los brazos extendidos, dilatados los ojos, topando contra las tumbas con las manós, con el pecho, con la cabeza, y no la encontraba. Tocaba, palpaba, como un ciego que busca el camino; palpaba piedras, cruces, verjas de hierro, coronas de cuentas de vidrio, coronas de flores mustias. Leía los nombres con los dedos, pasándolos por las letras. ¡Qué noche! ¡Qué noche! ¡No la encontraba!

¡No hacía luna! ¡Qué noche! ¡Tenía miedo, un miedo cerval en aquellos senderos formados por dos filas de tumbas. ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Siempre tumbas! ¡A derecha, á izquierda, delante de mí, por todas partes tumbas! Me senté sobre una de ellas porque no podía andar; flaqueábame las rodillas. Oía latir mi corazón. ¡Y oía

otra cosa además! ¿Qué? Un ruido confuso, sin nombre. ¿Provenía de mi cerebro enloquecido, de la noche impenetrable, ó del suelo misterioso, del suelo sembrado de muertos? ¡Miraba en torno aterrorizado!

¿Cuánto tiempo permanecí allí? No lo sé. Me sentía paralizado de terror, loco de espanto, próximo á gritar, próximo á morir.

De súbito me pareció que se movía la lápida de mármol en que estaba sentado. Sí, se movía, como si trataran de levantarla. De un salto me puse en pie y vi, vaya si lo vi, que la piedra se levantaba; y apareció el difunto, un esqueleto que la empujaba con la espalda. Veía, veía muy bien, por más que la noche era muy oscura. En la cruz pude leer:

«Aquí descansa Jaime Olivand, muerto á los cincuenta y un años. Amaba á su familia, fué honrado y bueno y murió en la paz del Señor.»

El difunto leía también el epitafio de su tumba. Luego recogió una piedrecita, una piedrecita puntiaguda y rascó con cuidado aquellas palabras. Las borró del todo, mirando con sus ojos vacíos el sitio en que estuvieron, y con el extremo del dedo que había sido su índice, escribió en letras luminosas como esas líneas que se trazan en la pared con un fósforo:

«Aquí descansa Jaime Olivand, muerto á los cincuenta y un años. Apresuró con sus malos tratos la muerte de su padre á quien anhelaba heredar, atormentó á su mujer, á sus hijos, engañó á sus vecinos, robó cuanto pudo y murió miserable.»

Al acabar de escribir, el muerto contempló inmóvil su obra. Y noté, volviéndome, que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los cadáveres habían salido, que todos habían borrado lo que escribieron sus parientes y puesto en su lugar la verdad.

Y advertía que todos fueron los verdugos de sus allegados, envidiosos, hipócritas, embusteros, calumniadores, perversos; que habían robado, engañado, realizado toda suerte de actos abominables. ¡Y se les llamaba buenos padres, esposas fieles, hijos cariñosos, jóvenes castas, comerciantes probos!

Y todos escribían al mismo tiempo en el umbral de su morada eterna, la cruel, la terrible, la santa verdad que todo el mundo ignora ó finje ignorar en la tierra.

Pensé que también *ella* la habría escrito en su tumba. Y ya sin miedo, corriendo entre los féretros entreabiertos, los cadáveres, las losas, fui hacia ella, seguro de hallarla en seguida.

La reconocí de lejos, sin ver el rostro tapado por el sudario.

Y en la cruz de mármol donde antes leyera:

«Amó, fué amada y murió,»

vi que había escrito:

«Salió un día para engañar á su amante, la caló un chubasco y murió.»

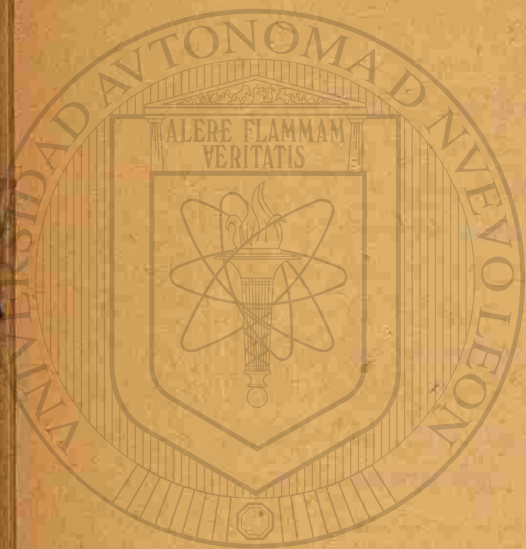
Parece que me recogieron inanimado, al amanecer, junto á una tumba.

.....

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Miss Harriet.	7
La tía Sauvage.. . . .	47
Una noche.	66
Aluma	93
Hautot padre é hijo	133
El conejo.	157
La cita	173
Los alfileres	187
Duchoux	197
La muerta	213

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



